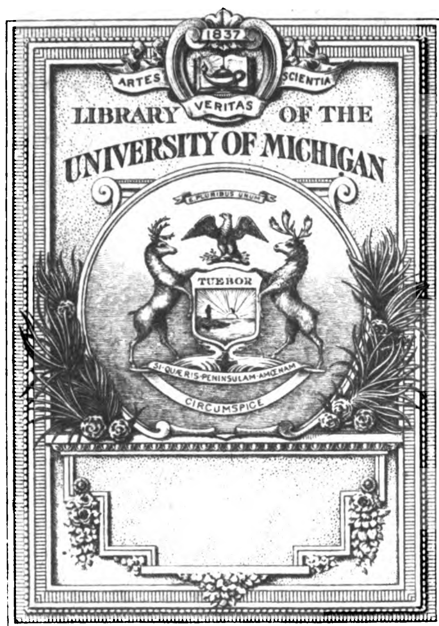
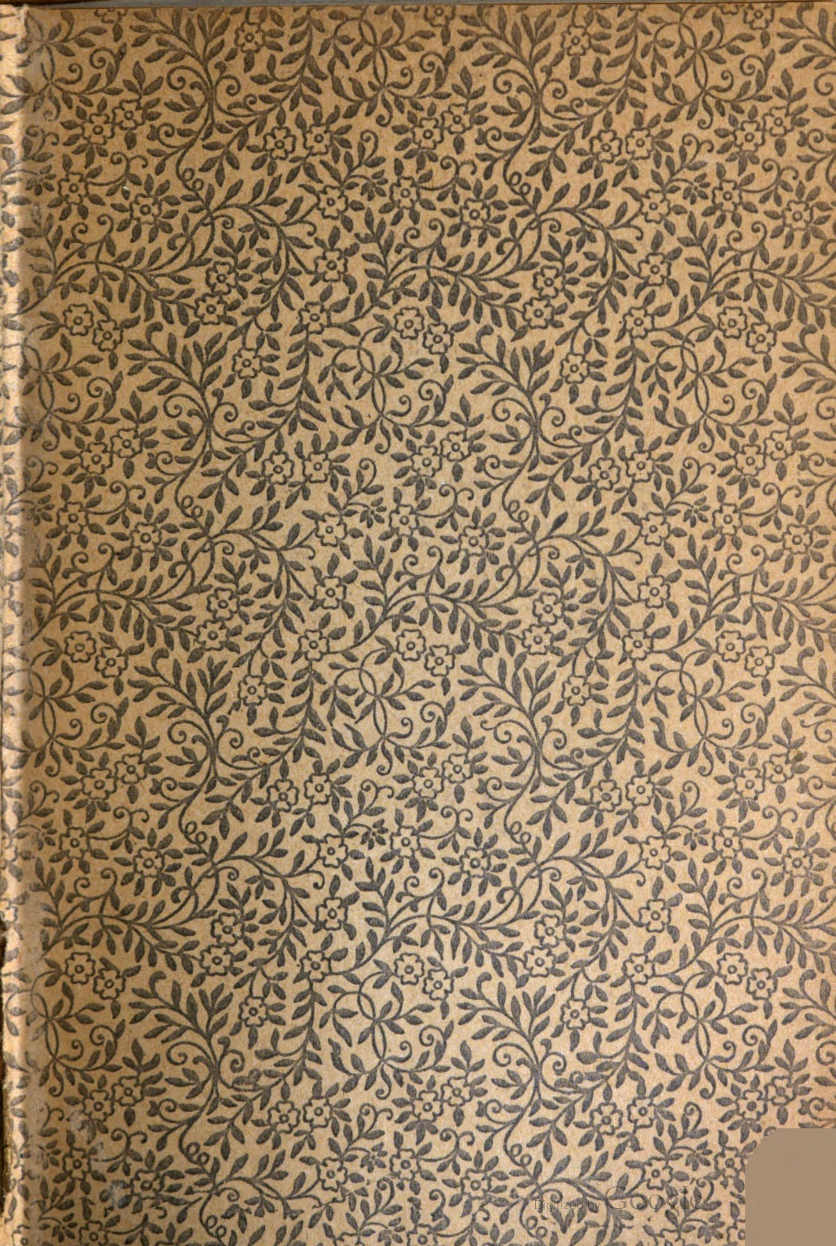



1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUÆRIS PENINSULAM AMŒNAM
CIRCUMSPICE



OBRAS COMPLETAS

DE

AZORÍN

LOS PUEBLOS

Establecimiento tipográfico de Rafael Caro Raggio.

AZORIN

Obras completas



Tomo VI

LOS PUEBLOS

(Ensayos sobre la vida provinciana)



1 9 1 9

Rafael Caro Raggio: Editor
Ventura Rodríguez, 18
M A D R I D



Yo dedico este libro a Lolita, a doña Isabel, a don Pedro, a Rosarito, a Conchita, a don Joaquín, a doña María, a don Juan, a doña Asunción, a Carmencita, a don Luis, a doña Teresa, a Enriqueta, a don Fernando, a Clarita, a doña Magdalena, a don Francisco, a Pepita.

Todos ellos viven en la pequeña y clara ciudad en que hay palmeras, almendros, granados y laureles; a flourishing town built on a slope, *dice la vieja Guía Murray: un pueblo floreciente construído en una ladera...*

AZORÍN.

LA FIESTA

He aquí cómo el poeta vuelve viejo a su patria.

Don Joaquín se detiene un momento en el umbral; le acompaña un criado.

—¿Cómo está usted, don Joaquín?—le dice doña Juana.

—¿Qué tal le va a usted, don Joaquín?—le dice don Antonio—. Sabíamos que había llegado usted esta mañana; pero, ¿cómo habíamos de sospechar que viniese usted por aquí esta tarde!

—¿Y ustedes?... ¿Y ustedes?... ¿Cómo se encuentran? ¡Caramba! La verdad es que hace tiempo que no nos veíamos. Y ahora tampoco nos vemos... Digo, yo soy el que no puedo ver a ustedes.

Doña Juana ha acercado un sillón.

—Siéntese usted aquí, don Joaquín.

Don Antonio coge de la mano a don Joaquín y lo lleva hasta el sillón. Don Joaquín se sienta con cuidado, lentamente. La puerta está abierta de par en par; aparece el ancho zaguán limpio, embaldosado con losetas blancas y negras; por la calle discurre un hormiguero rumoroso de gente.

—¿Está usted parando en su casa, don Joaquín?—pregunta doña Juana.

—Estoy en casa de mi hermana—dice don Joaquín—. Mi casa estará hecha un corral; todos los muebles estarán llenos de cucarachas, de arañas y de polvo. Hace veinte años que no se ha abierto... desde que yo me fuí. Virginia me escribe en las cartas que la limpia dos o tres veces al año; pero yo no lo creo... Además, no quiero entrar en ella; yo no puedo ver nada, y me daría tristeza el tocar, para reconocerlos, aquellos muebles que vieron mi juventud.

—De modo—dice don Antonio—que usted se ha acordado este año del pueblo y ha querido venir a ver la fiesta.

—Sí—contesta don Joaquín—sí; he queri-

do venir este año. Me he dicho: «Puesto que ya quizá no pueda tener otra ocasión, aprovecharemos ésta, que tal vez será la última.» Y he venido a ver, es decir, a sentir el pueblo, a saludar a los buenos amigos, como ustedes...

Se oye un lejano campaneo, estrepitoso, jovial; estallan cohetes en el aire; el cielo se va poniendo de un azul pálido.

Doña Juana se levanta de pronto.

—Pero usted, don Joaquín, ¿no conocerá a Lola, ni a Clara, ni a Conchita, la que apadrinó usted en Madrid?

Doña Juana se acerca al hueco de la escalera y grita:

—¡Clara, Lola, Concha!... ¡Bajad, que está aquí don Joaquín!

—Estarán en el balcón—dice don Antonio.

Y se asoma a la calle y exclama, mirando hacia arriba:

—Bajad, que está aquí don Joaquín.

Se oye en el techo ruido precipitado de tacones finos y menuditos; luego, en la escalera, un rumor de faldas, de voces, de risas alocadas. Y, de repente, como una aparición mágica, las tres se hallan en la entrada, serias,

derechas, mirando a don Joaquín, con sus grandes ojos azules, grises, negros.

—¿Vosotras no conocéis a don Joaquín?—les dice don Antonio.

Las tres callan.

—Clara, ¿tú no te acuerdas que, cuando eras pequeñita, él te llevaba al jardín?

—No, no—dice don Joaquín, sonriendo—; ella no se acordará. ¡Hace ya tantos años!

—Tú, Lola, sí que no te acuerdas—le dice don Antonio a Lola—; tú tenías dos años cuando él se marchó.

—Yo sí que me acuerdo de ella—dice don Joaquín—; Lola tenía los ojos azules. ¿Es verdad que los tiene azules?

Lola se pone un poco roja.

—Sí, don Joaquín; los tiene azules—afirma doña Juana.

—¿Y Conchita?—preguntó don Joaquín—. ¿Está aquí?

—Aquí está, delante de usted—contesta don Antonio.

—Conchita—dice don Joaquín—, yo soy el que te tuvo en la pila del bautismo, hace quince años.

—Sí, don Joaquín—dice Conchita—; ya sé que es usted mi padrino.

—Ella me pregunta muchas veces por usted—dice doña Juana.

—Yo no puedo verte, Conchita—dice don Joaquín—. ¿Cómo eres? ¿Cómo es Conchita?

—Es alta y delgada—contesta doña Juana.

—¿Cómo tiene el pelo?

—El pelo es rubio y largo.

Las mejillas de Concha se encienden con vivos carmines.

—¿Y los ojos? ¿De qué color son los ojos?

—Los ojos son entre grises y verdes; unas veces parecen grises y otras verdes.

—¿Y la boca?

—La boca es pequeña y con los labios rojos.

—Conchita—exclama don Joaquín—eres una linda muchacha y yo estoy contento por haberte tenido en mis brazos cuando contabas ocho días... Y vosotras también lo sois, Lola y Clara; pero yo no puedo veros a ninguna...

Una criada entra, llevando en las manos una ancha bandeja llena de flores.

—Ya están aquí las flores—dice Lola.

—¿Han traído flores?—pregunta don Joaquín.

—Son las flores que hemos de tirar cuando pase la Virgen—contesta Clara.

—¿Qué flores son?—torna a preguntar don Joaquín.

—Son rosas, claveles y jazmines—contesta Lola.

—Toque usted, don Joaquín, toque usted—dice Conchita, poniéndole la bandeja delante.

—Conchita—dice don Joaquín, extendiendo sus manos blancas, sutiles, y pasándolas con cuidado sobre las rosas, los claveles y los jazmines—. Conchita, has hecho cuanto puede apetecer para su consuelo un viejo poeta que ha amado las flores y que ya no puede verlas...

Prosigue a lo lejos el volteo loco y jovial de las campanas; estallan cohetes; se oye una música; el cielo diáfano se ha tornado obscuro y parpadean las primeras estrellas.

Don Antonio se levanta de pronto y grita:

—¡Rafael! ¡Rafael!

Rafael se acerca y entra en el zaguán. Es un labriego; es el mayoral que don Antonio tiene en la Umbría.

—Rafael—le pregunta don Antonio—, ¿os vais esta noche, después de la procesión, a la Umbría, o mañana por la mañana?

—Esta noche queremos ver los fuegos—contesta Rafael—; nos iremos mañana.

—Oye—observa don Antonio—. Esta semana tendréis que labrar todas las piezas de la Herrada... meted bien las rejas en los cornijales. Y tendréis también que acabar de recoger toda la almendra que queda.

—Este Rafael—pregunta don Joaquín—, ¿será el hijo del tío Rafael, el mayoral que ustedes tenían antes?

—Sí, es el hijo—contesta don Antonio.

—Rafael—le dice don Joaquín—, ¿tú no te acordarás de mí? ¿No te acuerdas de don Joaquín, verdad?

—No, señor, no—contesta Rafael con aire confuso, rascándose la cabeza.

—Eras tú un mozuelo cuando yo iba a la Umbría... Dime, ¿hay aún delante de la casa aquéllos olmos grandes? ¿Están hermosos? ¿Están verdes?

—Sí, aún están—contesta don Antonio.

—Y ¿hay en ellos muchas cigarras? ¿Unas cigarras que cantan mucho? ¿No es cierto?

—¡Ya lo creo que cantan!—exclama Rafael—. Todo el día se lo pasan cantando. Los chicos les tiran piedras para que callen; pero yo les digo que las dejen, que ya vendrá el invierno y se morirán.

—Es verdad—replica don Joaquín—. Ya vendrá el invierno y se morirán...

Y para sí piensa: «Nosotros, los poetas, somos como las cigarras: si las calamidades y desgracias de la vida nos dejan, cantamos, cantamos sin parar; luego viene el invierno, es decir, la vejez, y morimos olvidados, desvalidos.»

Resuenan los estallidos de los cohetes; la procesión se acerca. Pasan bailando unos enanos; la dulzaina hace: «ti, tirí, ti»; el tambor hace: «tan, tarán, tan»...

SARRIÓ

Los amigos y admiradores del hombre ilustre quedarán consternados cuando pasen la vista por estas líneas. Sarrió está enfermo; Sarrió desaparece... Yo he llegado a media mañana a este pueblecillo sosegado y claro; el sol iluminaba la ancha plaza; unas sombras azules, frescas, caían en un ángulo de los aleros de las casas y bañaban las puertas; la iglesia, con sus dos achatadas torres de piedra, torres viejas, torres doradas, se levantaba en el fondo, destacando sobre el cielo limpio, luminoso. Y en el medio, la fuente deja caer sus cuatro caños, con un son rumoroso, en la taza labrada. Yo me he detenido un instante, gozando de las sombras azules, de las ventanas cerradas, del silencio profun-

do, del ruido manso del agua, de las torres, del revolar de una golondrina, de las campanadas rítmicas y largas del vetusto reloj. Y luego he llamado en la casa del grande hombre: «tan, tan». La puerta estaba entreabierta; no era indiscreción el entrar. El zaguán se hallaba desierto; sobre una mesa he visto una palmatoria, con la vela a medio consumir, un vaso vacío—tal vez de algún medicamento— y un rimero de periódicos de la provincia, con las fajas intactas. Un profundo silencio reina en toda la casa; los muebles están llenos de polvo; una o dos sillas tienen el asiento desfondado. Y flota en el aire y se ve en todos los detalles algo como un profundo abandono, como una honda laxitud, como una irremediable desesperanza. «Es extraño»—pienso yo, y me siento un momento junto a la mesa, ya un poco triste, ya embargado por esa melancolía indefinible que nos hace presentir las grandes catástrofes. «Es extraño»—torno a pensar. Y me levanto; en el fondo aparece la ancha puerta del huerto, y columbro por ella el verde claro de los naranjos y el verde obscuro de los granados. Pero nadie aparece, ni se percibe el más ligero ruido en la casa. Yo

entonces hago sonar unas fuertes palmadas, y pregunto, gritando, a uso de pueblo:

—¿Quién está aquí?

Y nadie sale. Yo ya conozco estas casas extrañas, que parecen abandonadas, en que vive uno de esos misántropos de pueblo; estas casas, con los muebles rotos, viejos, con las salas cerradas y polvorientas, con la cocina apagada siempre, con el pequeño huerto lleno de plantas silvestres; estas casas, en que no hay nadie jamás y en que, de tarde en tarde, se oye el chirrido de una puerta y se ve la silueta negra, sigilosa, de su único morador, que pasa. Yo conozco estas casas, pero la casa de Sarrió no era de estas casas. Un presentimiento doloroso comienza a entrar en mi espíritu. Yo doy otras recias y sonoras palmadas. Y entonces, al cabo de un breve rato, veo salir un criado por la puerta del huerto. ¿No habéis reparado en el aire especial que tienen los criados de estas casas extrañas? Son como hombres que esperan y que temen algo al mismo tiempo; llevan en su cara los signos de una preocupación, de una displicencia, de un recelo misterioso; diríase que husmean por todos los escondrijos tesoros ocul-

tos, que piensan en mandas, en legados, y que se sienten secretamente exasperados por algo que no llega.

Yo le pregunto a este criado:

—¿Y don Lorenzo?

El me contesta:

—Está durmiendo.

Son las once de la mañana; estas sencillas palabras producen en mí una estupefacción profunda.

—Pero, ¿está enfermo?—torno yo a preguntar.

Él no contesta directamente a mi pregunta.

—Se levanta a las tres de la madrugada—me dice—y después se vuelve a acostar.

Yo estoy asombrado. ¿Sarrió se levanta a las tres y después se vuelve a acostar? Esto es inaudito, absurdo. Y entonces, cuando mi admiración ha pasado un tanto, me acuerdo de las tres lindas hijas de mi ilustre amigo: de Carmen, de Lola y de Pepita. Carmen era menuda y tenía el pelo castaño y los ojos azules.

—¿Y la señorita Carmen?—pregunto.

—Se casó—me contesta el criado.

Yo siento una tenue desilusión. Y pregunto

por Lola. Lola era alta y tenía el cabello rubio y los dientes menuditos y blancos.

—¿Y la señorita Lola?

—Se casó también.

Yo vuelvo a experimentar otra decepción vaga. Y deseo saber qué se ha hecho de Pepita. Pepita era la más linda de las tres. Pepita era mi amiga predilecta. Pepita tocaba en el piano, con gesto lento y melancólico, «La Priere des Bardes». Pepita tenía hermosas dos cosas que prestan a la mujer un encanto irresistible, avasallador: Pepita tenía hermosas las manos y la voz. De la voz ha dicho un filósofo griego—Zenón—que «es la flor de la belleza»; de las manos, no recuerdo ahora sentencia ninguna de ningún filósofo; pero no es necesario acudir a filosofías antiguas o modernas, para sentirse subyugado por unos dedos largos, finos, blancos, sedosos, puntiagudos, guarnecidos de simétricas uñas, combadas y rosadas.

—¿Y la señorita Pepita?—vuelvo yo a preguntar, un poco indeciso, temeroso.

—Se murió—contesta el criado.

Y yo oigo estas palabras lleno de una intensa e indescriptible emoción. Ya, todo el

misterio de este ambiente, que flota en la casa abandonada, aparece claro ante mí. ¿Cómo los seres que hemos amado tanto pueden desaparecer de este modo tan rápido y brutal? ¿No habrá nada fijo, inconmovible, en el mundo de nuestros amores y de nuestras predilecciones? Yo miro inconscientemente, anonadado por la tristeza, la bujía a medio consumir, el vaso vacío, el rimero de los periódicos intactos. Y, de pronto, oigo unos pasos sordos en el piso de arriba, y percibo una voz ronca, una voz apagada, una voz doliente que llama al criado. Es la voz de Sarrió. Transcurren unos minutos; el grande hombre aparece en el rellano de la escalera. ¿Es él? ¿No es él? Sarrió camina con los pies arrastrando. Antes iba pulcramente afeitado; ahora lleva una larga barba intensa, descuidada. Antes llevaba una estupenda cadena de plata, con una gruesa muletilla; ahora ya no la usa. Antes llevaba siempre, indefectiblemente, una refulgente camisa planchada, que hacía sobre el pecho un bombeo gallardo; ahora trae una camisa blanda. Yo he dicho ya en otra ocasión que un hombre que no lleva camisa nítida y acerada no puede tener talento ni energía; cuando esta

proposición se publicó, algunas estimadas amigas mías se escandalizaron. Una mujer no puede persuadirse de que un hombre desprovisto de esta indispensable prenda deje de tener energía y talento. Algunas, sin embargo, llegan a convencerse; pero es ya un poco tarde...

Sarrió, siempre tan atildado, no usa camisa. ¿Queréis un detalle que revele mejor toda su lamentable decadencia? Yo he sentido ante él una honda tristeza, que ha venido a juntarse a la tristeza ya sentida. Sarrió va bajando, lentamente, apoyado en la barandilla, los peldaños de la escalera. Yo le miro absorto. Hay cn los pueblos hombres y mujeres vulgares, anodinos, insignificantes, que os han encantado con su afabilidad, con sus palabras sencillas, y cuya desaparición os causa tanto pesar como la de un héroe o la de un gran artista. ¿Dónde está don Pedro, don Antonio, don Luis, don Rafael, don Alberto, don Leandro, a quienes conocimos en nuestra niñez o en nuestra adolescencia? Tal vez todos han muerto mientras vosotros estábais ausentes, olvidados de sus figuras amables; tal vez alguno de ellos—como este Sarrió—sobrevive a

la ruina de su casa, a la muerte de sus amigos, a la desaparición de todo lo que constituía el ambiente de su época. Y entonces veis estas existencias trágicas, dolorosas, solitarias, que en los caserones de los pueblos van oscilando durante dos, tres, seis años, entre la vida y la muerte. Ya la ponderación y el equilibrio se han perdido; acaso esta dolencia ha comenzado por una ligera indisposición; luego, las catástrofes morales, los disgustos, las calamidades, han venido a abrumar el espíritu. Y, poco a poco, como acontece en las pesadillas, sentimos que vamos deslizándonos por un precipicio, del que queremos salir y del que, con todo, no podemos librarnos. Así, un día es la indumentaria lo que descuidamos; otro, es la limpieza de la casa; otro, es el desorden de las comidas; otro, nuestras diversiones favoritas—la caza, la música—que vamos olvidando... Y la neurastenia va creciendo, creciendo, formidable, en el desorden de la casa, en el abandono de nuestra persona, y nosotros, ya perdidos, nos dejamos llevar, anonadados, de la corriente fatal que nos conduce a la anulación definitiva. Acaso los amigos, los parientes, intentan un supremo es-

fuerzo; se hace un viaje para consultar a un médico famoso; se ponen en práctica tales o cuales medios curativos... Pero todo es inútil; los años han ido pasando; las energías de la juventud se han perdido: el ambiente que nos ha de tragar está ya formado, y son vanos y estériles cuantos esfuerzos hacemos por apartarnos de él.

¿Comprendéis ahora la tragedia de Sarrió? Cuando ha acabado de bajar la escalera, ha pasado junto a mí sin conocerme. Yo me he puesto ante él.

—¡Sarrió, Sarrió!—le ha gritado.

Entonces él ha permanecido un momento absorto, mirándome con sus ojos apagados, blandos; después ha abierto la boca como para decir algo que no acertaba a decir, y, al fin, ha exclamado, con voz opaca, fría:

—¡Ah, sí! Azorín...

Y de nuevo ha caído, terrible, un silencio denso en el zaguán. No podíamos decirnos nada. ¿Qué íbamos a decirnos? No había necesidad de que habláramos nada. Hay instantes en la vida—cuando os halláis, por ejemplo, al cabo de muchos años, ante una persona que habéis querido—, hay instantes en la

vida en que creéis que vais a decir muchas cosas, que vais a expresar multitud de sentimientos tumultuosos, y en que, sin embargo, os encontráis con que no se os ocurre ni aun la más vulgar de las palabras...

Yo he guardado silencio, triste y anonadado, ante el gran hombre. Y, cuando he salido de la casa, he vuelto a ver en la plaza sosegada las sombras gratas y azules, las torres achatadas, los balcones cerrados; y he vuelto a oir el susurro del agua, los gritos de las golondrinas que cruzan raudas por el cielo, las campanadas del viejo reloj, que marca sus horas, rítmico, eterno, indiferente a los dolores de los hombres...

LA NOVIA DE CERVANTES

I

SUENA precipitadamente un timbre lejos, con un tintineo vibrante, persistente; luego otro, más cerca, responde con un repiqueteo sonoro, clamoroso. Los grandes y redondos focos eléctricos parpadean de tarde en tarde; un momento parece que van a apagarse; después recobran de pronto su luminosidad blancuzca. Retumban, bajo la ancha cubierta de cristales, los resoplidos formidables de las máquinas; se oyen sones apagados de bocinas lejanas; las carretillas pasan con estruendo de chirridos y golpes; la voz de un vendedor de periódicos canta una dolorida melopea; vuelven a sonar los silbidos largos

o breves de las locomotoras; en la lejanía, sobre el cielo negro, resaltan inmóviles los puntos rojos de los faros. Y de cuando en cuando, los grandes focos blancos, redondos, tornan a parpadear en silencio, con su luz fría...

Va a partir el tren; en mi coche sube una señora enlutada; suben también con ella dos chicos, tres chicos, cuatro chicos, seis chicos. Todos son menuditos, rubios o morenos, con sus melenas cortas y sedosas, con sus mejillas encendidas. Va a partir el tren. A mi derecha, sentado, muy grave, muy modoso, está un pequeño señor de cuatro años; a mi izquierda, una pequeña dama de tres; sobre mis rodillas tengo a otro diminuto caballero de dos. Va a partir el tren; el vagón rebosa de gente. Todos charlamos; todos reímos. De pronto rasga los aires un estridente silbato; la locomotora resopla; el convoy se pone en movimiento... Atrás quedan los millares de salpicaduras áureas que iluminan la gran ciudad; una bocanada de aire tibio entra por las ventanillas abiertas. El campo está negro, silencioso; brillan en lo infinito las estrellas con titileos misteriosos.

Yo soy un pequeño burgués, grueso, jovial,

paternal; el chico que llevo sobre mis rodillas me da palmadas en la cara con sus menudas manos carnositas. Los que van a mi derecha y a mi izquierda me preguntan cosas a gritos. Yo les cuento a todos historias extraordinarias y río; me siento satisfecho y alegre. El aire es puro y templado; las estrellas fulguran.

Yo soy un pequeño burgués que vive en un pueblo de la costa, que tiene una gran casa con salas desniveladas y una solana ancha; que cultiva un huerto umbrío con parrales y pilares blancos, que posee unos pocos libros llenos de polvo, que viaja rodeado de dos, de cuatro, de seis chicos, menuditos, rubios o morenos, reidores, curiosos, con melenitas sedosas, con manos diminutas que todo lo piden y todo lo destrozan. La vida es fácil y dulce. Yo chillo también como estos chicos; todos gritamos. Y, de pronto, entre la baraunda, surge una voz que entona una vieja canción infantil, y todos, en coro disonante y estrepitoso, cantamos:

«La viudita, la viudita,
la viudita se quiere casar
con el conde, conde de Cabra,
conde de Cabra se le dará.»

El estrépito del convoy acompaña nuestra tonada. El coche, sobre la línea desnivelada, cabecea marcadamente a un lado y a otro; viajamos en un barco. Nuestras voces se enardecen por momentos; las estaciones cruzan rápidas. Yo paso y repaso la mano por la melena suave del minúsculo señor, posado en mis rodillas. Una vaga ternura satura mi espíritu ante este hombre diminuto que puede ser un héroe de la patria; por el bolsillo de mi gabán asoma formidable una botella. La vida es fácil; las estrellas fulguran en la inmensidad negra...

Y cuando más estruendoso es el bullicio, el tren para; una voz grita furiosa: «¡Yeles, un minuto!», y un profundo y doloroso estupor se apodera de mí. He de bajar. Ya no sé ni adonde voy, ni lo que quiero. ¿Por qué he bajado? ¿Por qué no he seguido? ¿Cuáles son mis propósitos? ¿Qué voy a hacer yo en esta estación solitaria? El tren se ha puesto otra vez en marcha, y se aleja con un sordo fragor por la campiña tenebrosa; un momento me quedo inmóvil, absorto, y contemplo en la lejanía cómo va perdiéndose, perdiéndose, el ojo rojo, encendido, del furgón de cola. Y en-

tonces, algo como una vocecilla irónica, insidiosa, dice dentro de mí: «Pequeño burgués, ¿tú has dicho que la vida es fácil? Pues ahora vas a verlo». El andén está solitario; un mozo acaba de apagar los faroles, con un gesto hosco y despiadado.

Y en este momento yo resuelvo interiormente proseguir mi peregrinación a Esquivias. Pero yo lo he resuelto muy pronto: un hombre sencillo me comunica que Esquivias dista de aquí una hora. «Pero ¿habrá carruaje para ir?», pregunto. No, no hay carruaje a estas horas. «Pero, entonces—torno a preguntar—, ¿podré quedarme en Yeles?» No, no puedo quedarme en Yeles. ¿Cómo se me ha ocurrido a mí este absurdo enorme de pernoctar en Yeles? Son las nueve; todos los vecinos están durmiendo; no sería posible tampoco, aunque estuvieran despiertos, encontrar posada entre ellos... Las estrellan refulgen; a lo lejos, en los confines del horizonte, aparece una claridad pálida y difusa. La luna va a surgir. Yo hago que me señalen el camino de Esquivias. Y, lentamente, me dirijo por él. Ya no soy el pequeño burgués que tiene un huerto con parrales y viaja con dos, con cuatro, con seis

chicos rubios o morenos: ahora soy el pequeño filósofo que acepta resignado los designios ocultos e inexorables de las cosas. El camino es estrecho y de hondos relejes: serpentea a través de campos llanos, rasgados por largos surcos paralelos. A trechos aparecen los manchones hoscos de los olivos. Todo está en silencio. La luna llena asoma, tras un terreno, su faz ancha y amarillenta. Yo ando y ando. Un cuclillo canta lejano—«cú-cú»; otro cuclillo canta más cerca—«cú-cú». Estas aves irónicas y terribles, ¿se mofan acaso de mi pequeña filosofía? Yo ando y ando. A los sembrados suceden las viñas; a las viñas suceden los olivares. Los cuclillos tocan sus flautas melancólicas; la luna va descendiendo en el cielo sereno. Yo ando y ando a través de viñedos, sembrados y olivares.

Y de pronto, en el silencio de la noche, oigo aullar perros. Ante mí tengo una gradería de piedra, en la que asienta una columna: es un antiguo rollo. Más lejos aparece la masa enorme de un edificio anchuroso. Estoy en Esquivias. Las calles están desiertas; las tapias de los corrales se alejan formando callejuelas angostas; los anchos colgadizos ensombrecen

las puertas. Llega la canción lejana de una ronda de mozos. ¿Dónde está la posada? ¿Cómo encontrarla? Unos sencillos labriegos trasnochadores—son las diez—hacen la buena obra de guiar a un filósofo. Yo llamo a la puerta: «tan, tan». Y heme aquí, tras breves explicaciones, en un blanco zaguán sentado en un estrecho banco de pino, charlando sencillamente—con la sencillez con que lo haría Cervantes en su tiempo—con este mesonero. Sobre un mostrador lucen cacharros y botellas; en un alto vasar aparecen alineadas jarrillas, en cuyas panzas vidriadas pone: «Encarnación», «Consuelo», «Petra», «Carmen», «Emilia», «Rosalía»... La posada es, a la vez, taberna; y ¿de qué se ha de hablar en Esquivias, con un tabernero, sino de vinos? Ya no soy un pequeño burgués con dos, con cuatro, con seis chicos rubios o morenos: ni soy un pequeño filósofo que sabe mostrar resignación ante el hado fatal: ahora soy un pequeño comisionista en vinos. ¿De qué queréis que se hable en Esquivias, y con un tabernero, sino de vinos?—Don Hilario los tiene buenos; pero acaso no quiera venderlos—me dice el posadero—. Don Andrés el Mayorazgo

los tiene mejores; pero tal vez los quiera caros. Lo indudable es que no debo ir yo en persona a hacer los tratos: Don Andrés el Mayorazgo, «que es un poco logrero», vería, desde luego—claro está—mi afán de compra y subiría los precios; lo mejor es que él, posadero, entre en arreglos, como quien no hace la cosa... Once campanadas suenan cercanas con graves vibraciones. Yo cojo un velón y el mesonero me guía a mi cuarto: está en el piso principal; se llega a él después de pasar por una ancha galería llena de montones de rubia. Dejo el velón sobre la mesa: la estancia es de paredes blancas, enjabelgadas; la puerta es ancha, de cuarterones cuadrados y cuadrilongos; una mesita de pino está junto a la cama. Abro la ventana: la luna ilumina suavemente los tejados próximos y la campiña lejana: aullan los perros, cerca, lejos, plañideros, furiosos; una lechuza, a intervalos, resopla...

II

...Unas campanas me despiertan; son tres campanas: dos hacen un «tan, tan» sonoro y ruidoso, y la tercera, como sobrecogida, temerosa, canta, por bajo de este acompañamiento, una melodía larga, suave, melancólica. Cervantes oiría entre sueños, todas las madrugadas, como yo ahora, estas campanas melodiosas. Aún es de noche; todavía la luz del alba no clarea en las rendijas de la puerta y de la ventana. Y me torno a dormir. Y luego, las mismas campanas, al mismo acompañamiento clamoroso y la misma melopea suave me tornan a despertar. Ya la luz del nuevo día pinta rayas y puntos vivos en las maderas de las puertas. Unas palomas ronronean en el piso de arriba y andan con golpes menuditos sobre el techo; los gorriones pían furiosos; silva un mirlo a lo lejos... El campo está verde; en la lejanía, cuando he abierto la ventana, veo una casa blanca, nítida, perdida

en la llanura: cerca, a la izquierda, un vetusto caserón, uno de esos típicos caserones manchegos, cerrados siempre, muestra sus tres balcones viejos, con las maderas despintadas, misteriosas, inquietadoras.

He salido de la estancia a la galería; he bajado luego la angosta escalerilla, y me he detenido en el patio un momento; la posada es una antigua casa de ladrillo, ruinosa; se levanta en la calle del Rosario, esquina a la del Ave María, dos calles netamente españolas. Tal vez en esta mansión habitaba un hidalgo terrible; los balcones están también cerrados, y las maderas están también alabeadas y ennegrecidas. Un elevado palomar sobresale en la parte del edificio que forma esquina, y de ahí el nombre que esta posada lleva: «La Torrecilla». Tal vez en esta mansión habitaba un hidalgo terrible. Esquivias es un pueblo de tradición señoril y guerrera. Consultad las «Relaciones topográficas», todavía inéditas, ordenadas por Felipe II. Esquivias—dice el Cabildo contestando al Monarca en 1576, ocho años antes del casamiento de Cervantes—. Esquivias cuenta con 250 vecinos, y entre éstos, 37 son hijosdalgo de rancia cepa. Y estos

hijosdalgo se llaman Bivares, Salazares, como el padre de la novia de Cervantes; Avalos, Mejías, Ordóñez, Barrosos, Palacios, como la madre de la novia de Cervantes, Carriazos, como uno de los héroes de «La Ilustre Fregona»; Argandoñas, Guevaras, Vozmedianos, Quijadas, como el buen don Alonso. «En letras—añaden los del Concejo—no tienen noticia de que haya habido en Esquivias personas señaladas; pero en armas ha habido muchos capitanes y alféreces y gente de valor.» De aquí eran, vosotros conoceréis sus nombres, el capitán Pedro Arnalte, «que murió en Alcalá de Benaraz y le mataron los moros»; el capitán Barrientos, el capitán Hernán Mejía, el capitán Juan de Salazar, el alférez Diego de Sobarzo, el alférez Alonso Mejía, el alférez Pero de Mendoza, que, como sabéis, «fué el primero que puso la bandera cuando se ganó la Goleta, y el emperador Carlos V le dió doscientos y cincuenta ducados por ello». «Y asimismo—concluyen en su relación los vecinos—ha habido mucha gente de armas en años pasados en servicio de los reyes, y al presente los hay en Flandes con el señor don Juan.»

Esquivias es un viejo plantel de aventureros y soldados; su suelo es pobre y seco; de sus 2.505 hectáreas de tierra laborable no cuenta ni una sola de regadío; la gente vegeta mísera en estos caserones destartalados, o huye, en busca de la vida libre, pletórica y errante, lejos de estas calles que yo recorro ahora, lejos de estas campiñas monótonas y sedientas por las que yo tiendo la vista... El día está espléndido; el cielo es de un azul intenso; una vaga somnolencia, una pesadez sedante y abrumadora se exhala de las cosas. Entro en una ancha plaza; el Ayuntamiento, con su pórtico bajo de columnas dóricas, se destaca a una banda, cerrado, silencioso.

Todo calla; todo reposa. Pasa de tarde en tarde, cruzando el ancho ámbito, con esa indolencia privativa de los perros de pueblo, un alto mastín que se detiene un momento, sin saber porqué, y luego se pierde a lo lejos por una empinada calleja; una bandada de gorriones se abate rápida sobre el suelo, picotea, salta, brinca, se levanta veloz y se aleja piando, moviendo voluptuosamente las alas sobre el azul límpido. A lo lejos, como una nota metálica, incisiva, que rasga de pronto la diafa-

nidad del ambiente, vibra el cacareo sostenido de un gallo.

Recorro las callejas y las plazas, voy de un lado para otro, aletargado por el hálito caluroso de la primavera naciente. Las puertas están abiertas y dejan ver los patizuelos empedrados de guijos, con una parra retorcida, con un evónimos pomposo. De la calle de la Fe paso a la de San Sebastián, de la de San Sebastián a la de la Palma, de la de la Palma a la de Caballeros; hay algo en los nombres de estas calles de los pueblos castizos que os atrae y os interesa sin que sepáis porqué. Un momento me detengo en la callejuela de la Daga. ¿Hay nada más ensoñador y sugestivo en una vieja casa que estos anchos corredores desmantelados, sin muebles, silenciosos, con una puerta pequeña? ¿Hay nada más sugestivo en una vieja ciudad que una de estas callejas cortas—como la de la Daga—en que no habita nadie, formada de tapias de corrales, acaso con el ancho portalón—siempre cerrado—de un patio, y que tiené por fondo el campo, tal vez una loma cubierta de sembrado?

Mi contemplación dura un instante: otra

vez camino por las callejuelas angostas. «La suerte de las casas que hay en este lugar—dicen los vecinos en 1576—son con sus patios y con alto algunas, y son de tierra tapiada y de yeso.» Las grandes rejas sobresalen adustas; los colgadizos enormes de las viejas portadas de los patios avanzan rendidos y desnivelados por los años. Yo voy leyendo los diminutos tejuelos en que, con letras chiquitas y azules, se indica el nombre de las calles. Y uno de ellos, de pronto, me sobresalta. Fijáos bien; acabo de leer: «Calle de doña Catalina»... Y luego doy la vuelta a la esquina y leo en otro azulejo: «Plazuela de Cervantes». Esto es verdaderamente estupendo y terrible; indudablemente, estoy ante la casa del novelista. Y entonces me paro ante el portal y trato de examinar esta casa extraordinaria y portentosa. Pero una anciana—una de estas ancianas de pueblo, vestidas de negro, silenciosas—surge de lo hondo y se dirige hacia mí. Acaso—pienso—yo, un forastero, un desconocido, estoy cometiendo una indiscreción enorme al meterme en una casa extraña; yo me quito el sombrero y digo inclinándome: «Perdón; yo estaba examinando esta casa». Y en-

tonces, la señora vestida de negro me invita a entrar. Y en este punto—por uno de esos fenómenos psicológicos que vosotros conocéis muy bien— si antes me pareció absurdo entrarme en una casa ajena, ahora me parece lógico, naturalísimo, el que esta dama me haya invitado a trasponer los umbrales. Todo, desde la nebulosa, estaba dispuesto para que una dama silenciosa invitara a entrar en su casa a un filósofo no menos silencioso. Y entro tranquilamente. Y luego, cuando aparecen dos mozos que me parecen cultos y discretos, los saludo y departo con ellos con la misma simplicidad y la misma lógica. La casa está avanguardada de un patio con elevadas tapias; hay en él una parra y un pozo; el piso está empedrado de menudos cantos. En el fondo se levanta la casa; tiene dos anchas puertas que dan paso a un vestíbulo, que corre de parte a parte de la fachada. El sol entra en fúlgidas oleadas; un canario canta. Y yo examino dos grandes y negruzcos lienzos, con escenas bíblicas, que penden de las paredes. Y luego, por una ancha escalera que a mano derecha se halla, con barandilla de madera labrada, subimos al piso principal. Y hétenos en un

salón de la misma traza y anchura del vestíbulo de abajo; los dos espaciosos balcones están de par en par; en el suelo, en los recuadros de viva luz que forma el sol, están colocadas simétricamente unas macetas. Adivino unas manos femeninas suaves y diligentes. Todo está limpio; todo está colocado con esa simetría ingenua, candorosa—pero tiránica, es preciso decirlo—de las casas de los pueblos. Pasamos por puertas pequeñas y grandes puertas de cuarterones; es un laberinto de salas, cuartos, pasillos, alcobas, que se suceden, irregulares y pintorescas. Este es un salón cuadrilongo, que tiene una sillería roja, y en que un señor de 1830 os mira, encuadrado en su marco, encima del sofá. Esta es una salita angosta, con un corto pasillo que va a dar a una reja, a la cual Cervantes se asomaba y veía desde ella la campiña desmesurada y solitaria, silenciosa, monótona, sombría. Esta es una alcoba con una puertecilla baja y una mampara de cristales; aquí dormían Cervantes y su esposa. Yo contemplo estas paredes rebozadas de cal, blancas, que vieron transcurrir las horas felices del ironista...

Y luego, otra vez me veo abajo, en el za-

guán, sentado al sol, entre el follaje de las macetas. El canario canta; el cielo está azul. Ya lo he dicho: todo, desde la nebulosa, estaba dispuesto para que un filósofo pudiera gozar de este minuto de satisfacción íntima en el vestíbulo de la casa en que vivió la novia de un gran hombre. Pero he aquí que un acontecimiento terrible—tal vez también dispuesto desde hace millones y millones de años—va a sobrevenir en mi vida. La cortesía de los moradores de esta casa es exquisita: unas palabras han sido pronunciadas en una estancia próxima, y yo, de pronto, veo aparecer, en dirección hacia mí, una linda y gentil muchacha; yo me levanto, un poco emocionado: es la hija de la casa. Y yo creo ver por un momento en esta joven esbelta y discreta —¿quién puede refrenar su fantasía?—a la propia hija de don Hernando Salazar, a la mismísima novia de Miguel de Cervantes. ¿Comprendéis mi emoción? Pero hay algo apremiante y tremendo, que no da lugar a que mi imaginación trafague. La joven gentilísima que ha aparecido ante mí, trae, en una mano, una bandejita con pastas, y en la otra, otra bandejita con una copa llena de dorado

vino esquivieño. Y aquí entra el pequeño y tremendo conflicto; lances de éstos ocurren todos los días en las casas de pueblo; mi experiencia de la vida provinciana—ya lo sabéis—me ha hecho salvar fácilmente el escollo. Si yo cojo—decía—una de estas pastas grandes que se hacen en provincias, mientras yo me la como, para sorber después el vino, ha de esperar esta joven lindísima, es decir, la novia de Cervantes, ante mí, es decir, un desconocido insignificante. ¿No era todo esto un poco violento? ¿No he columbrado yo acaso su rubor cuando ha aparecido por la puerta? He cogido lo menos que podía coger de una de estas anchas pastas domésticas y he trasegado precipitadamente el vino. La niña permanecía inmóvil, encendida en vivos carmines y con los ojos bajos. Y yo pensaba luego, durante los breves minutos de charla con esta familia discreta y cortesana, en Catalina Salazar Palacios—la moradora de la casa en 1584, año del casamiento de Cervantes—y en Rosita Santos Aguado—la moradora en 1904, una de las figuras más simpáticas del nuevo centenario. Mi imaginación identificaba a una y a otra. Y, cuando ha llegado el

momento de despedirme, he contemplado, por última vez, en la puerta, bajo el cielo azul, entre las flores, a la linda muchacha—la novia de Cervantes.

Y he querido ir por la tarde a la fuente de Ombídales, cerca del pueblo, donde tenía sus viñas la amada del novelista. Predicho estaba que yo había de pasear en compañía del señor cura—digno sucesor del presbítero Pérez, que casó a Cervantes—y de don Andrés el Mayorazgo. Ya no existen los viñedos que la familia Salazar poseía en estos parajes; los majuelos del Herrador, de Albillo y del Espino han sido descepados; la fuente nace en una hondonada; una delgada hebra de agua surte de un largo caño de hierro, clavado en una losa, y va a rebalsarse en dos hondos charcazos. Anchas laderas, arañadas por el arado, se alejan en suaves ondulaciones a un lado y a otro. La lejanía está cerrada por una pincelada azul de las montañas. Llegaba el crepúsculo. «Este es—ha dicho el señor cura—el paseo de los enamorados, en Esquivias.» «Por aquí—ha añadido el Mayorazgo con énfasis irónico—he visto yo, cuando los trigos están altos muchas y grandes cosas.»

La noche va llegando: por Poniente, el cielo se ilumina con suavidades nacaradas. La llanura inmensa, monótona, gris, sombría, está silenciosa: aparecen tras una loma las techumbres negruzcas del poblado. Las estrellas fulguran como anoche y como en toda la eternidad de las noches. Y yo pienso en las palabras que durante estos crepúsculos, en estas llanuras melancólicas, diría el ironista a su amada—palabras simples, palabras vulgares, palabras más grandes que todas las palabras de sus libros.

LOS TOROS

Al pintor Zuloaga.

CUANDO yo entro en la casa, un perro se pone a ladrar.

—¡Calla, «Carlín»!—dice doña Isabel.

—Buenas tardes, doña Isabel—le digo yo a doña Isabel—. ¿Y don Tomás? ¿Ha salido ya?

El perro se llega hasta mí, con la cabeza baja, gruñendo sordamente. Una voz grita desde el despacho:

—¿Es usted, Azorín? Pase usted.

Yo entro en el despacho. Don Tomás está subido en una silla, con las manos tendidas hacia la parte superior de un armario en que aparecen colocadas ocho o diez sombrereras. Don Tomás coge una y la baja; luego va bajando las otras.

—Estoy aquí buscando un sombrero—me dice.

—Pero estos son sombreros de copa—le digo examinando las sombrereras.

—Sí, estos son de copa; pero yo estaba buscando uno ancho que debe de estar por aquí.

—Y ¿todos estos sombreros son de usted?—le pregunto yo.

—Todos son míos; aquí tengo yo la historia de mi vida—dice él.

—Ya sé que ha sido usted un elegante—torno a decirle yo.

—Entonces se podía vestir—vuelve a decirme él—; pero ahora no hay ningún sastre que corte una levita como aquéllas.

Don Tomás saca de una sombrerera un sombrero de copa.

—¿Ve usted este sombrero?—me dice—. Este lo llevé yo a la reunión que celebraron los romeristas en el teatro de la Comedia el año...

Don Tomás permanece un momento pensando; después pregunta:

—¿Azorín, ¿usted no sabe en qué año se celebró la reunión de los romeristas en el teatro de la Comedia?

—Yo no sé, don Tomás—le contesto yo—; pero tengo idea de que debió de ser allá por 1898.

—¿Está usted seguro? ¿No fué antes de la otra reunión que tuvimos en la Exposición Universal de Barcelona?

Don Tomás, mientras pronuncia estas palabras, saca otro sombrero de otra sombrerera.

—Este es—dice, enseñándomelo—el sombrero que yo me puse para asistir a esa reunión de Barcelona.

—Y teniendo sombreros en casa, ¿por qué se compraba usted cada vez un sombrero?—le pregunto yo.

—Le diré a usted—contesta él—; yo iba a Madrid de tarde en tarde. Llegaba a Madrid, compraba un sombrero, luego lo traía aquí, y cuando tenía que volver, al cabo de algunos años, ya había pasado de moda y era preciso comprar otro.

Don Tomás ha sacado otro sombrero de otra sombrerera.

—Aquí tiene usted éste—dice, levantándolo a la luz—; éste casi está bien aún. Este lo compré para asistir a la última reunión que celebramos en el frontón de Jai-Alai el año...

Don Tomás torna a quedarse pensativo.

—¿Recuerda usted, Azorín, cuándo fué la reunión de Jai-Alai?

—No sé, don Tomás—le contesto—; me parece que fué en 1900 ó en 1899.

—No, no—dice don Tomás—; yo creo que fué antes. Yo estrené entonces una levita que debo de tener por aquí.

Y rápidamente don Tomás abre un ropero y comienza a revolver americanas, pantalones, gabanes, *chaquets*.

Doña Isabel aparece en la puerta.

—¡Pero, Tomás!—exclama doña Isabel—. Mira que ya va siendo tarde...

Don Tomás se vuelve con una levita colocada en el hombro.

—¡Voy, voy!—grita don Tomás—. ¿Os habéis arreglado ya? Lo malo será que el temporal siga esta tarde...

Don Tomás se pone precipitadamente un sombrero blanco. Todos salimos a la entrada. Y se oye un rumor de sedas, un taconeo ligero, rítmico, una tos fina: Juanita aparece, viva, nerviosa, tocada con una mantilla blanca y con unos claveles en la mano.

—Mamá—ha dicho Juanita dirigiéndose a

doña Isabel; pero, de repente, se ha detenido, como sintiendo reparo en decir lo que iba a decir. Juanita tiene un rostro ovalado, suavemente moreno, con transparencias e irisaciones de bronce, de un bronce delicado, pálido, que sólo se ve de tarde en tarde, por azar maravilloso, en las mujeres morenas.

Los ojos de Juanita son grandes, negros; una luz misteriosa, que parece que se enciende vivamente de pronto y de pronto se apaga, los ilumina. Los labios son carnosuelos, rojos. Los pies son pequeños, agudos, arqueados, con una curva suave sobre los altos y sutiles tacones; los puntos y calados de una media negra de seda dejan transparentar la piel blanca, sonrosada. Y como rasgo final, que completa nuestro retrato, en las sienes de Juanita aparecen unos aladares finos, sedosos, rizados, que ponen sobre la tez ambarina un trazo de negrura. Un pintor de las cosas de España juraría que Juanita no podía ser de otro modo.

—Mamá—dice Juanita por segunda vez, enseñándole los claveles a doña Isabel. Pero un trueno acaba de retumbar, lejano, apagado.

—¿Está tronando?—pregunta doña Isabel.

—Sospecho que esta tarde hay también lluvia—dice don Tomás.

—Mamá—dice por tercera vez Juanita, ya impaciente, nerviosa—, mamá, ¿cómo me pongo los claveles?

—La secretaria—dice doña Isabel sonriendo—la secretaria ha dicho que se pueden llevar en la cabeza y en el pecho.

—¡Sí, sí!—exclama Juanita riendo vivamente, en tanto que la línea de su pecho se mueve con ligeras ondulaciones.

—¿Qué secretaria es esa?—pregunto yo.

—Es la secretaria de *La Ultima Moda*, a quien consultan las suscriptoras, y ella contesta a lo que le preguntan.

—Verá usted—dice Juanita—. Y rápida, con un rumor de seda y de taconeos rítmicos, desaparece y torna a aparecer con un periódico en la mano.

—Nosotros le hemos preguntado cómo se llevaban los claveles para ir a los toros—dice doña Isabel.

—Y ella—continúa Juanita—contesta lo siguiente: «Los claveles se llevan en la cabeza; pero también pueden prenderse en el pecho. Estos claveles, generalmente, son rojos; sin

embargo, se pueden usar también blancos, haciendo con los dos colores una linda combinación.»

—¡Estamos enterados!—dice don Tomás, dando en el suelo con su bastón.

La luz comienza a disminuir; retumba otro trueno pavoroso, tremendo.

—Ya tenemos encima el chaparrón—observa don Tomás.

Todos callamos consternados y nos asomamos a la puerta para mirar las nubes plomizas que cubren el cielo. Un faetón, uno de estos faetones pesados, venerables, simpáticos, de los pueblos, acaba de detenerse ante el portal.

—Ramón—le dice don Tomás al criado que lo conduce—. Ramón, ¿qué le parece a usted? ¿Nos mojaremos esta tarde?

Ramón sonríe y contesta:

—Me parece que sí, señor.

Brilla un relámpago vivísimo; un trueno estalla con un ruido seco y formidable. Y comienza a caer una lluvia densa, cerrada. Allá abajo, en la feria, la gente corre despavorida y abre precipitadamente los paraguas.

EL BUEN JUEZ

Azorín, ¿quiere usted decir algo de las «Sentencias del presidente Magnaud»? — *Marquina.*

I

DIRÉ, con mucho gusto, algo; pero no sé si voy a escribir una página subversiva. Ello es que la casa editorial Carbonell y Esteva, de Barcelona, cuya dirección literaria tiene el poeta Marquina, ha publicado la traducción española de los fallos y veredictos del juez Magnaud. Un ejemplar de este volumen, desde la librería barcelonesa, ha pasado a la capital de una provincia manchega; aquí ha estado seis, ocho, diez días puesto en el esca-

parate de una tienda, entre una escribanía de termómetro y una Agenda con las tapas rojas. El polvo había puesto ya una sutil capa sobre la cubierta de este pequeño volumen; el sol ardiente de la estepa comenzaba ya a hacer palidecer los caracteres de su título. ¿No había nadie en la ciudad que comprase este diminuto libro? ¿Tendría que volver este diminuto libro a Barcelona después de haber visto, desde el escaparate polvoriento, entre la Agenda y la escribanía, el desfile lento, silencioso, de las devotas, de los clérigos, de las lindas mozas, de los viejos que tosen y hacen sonar sus bastones sobre la acera? No, no; un extraordinario destino le está reservado a este volumen. Ante el escaparate acaba de pararse un señor grueso, bajo, con ojuelos chiquitos y una recia cadena de plata que luce en la negrura del chaleco. Este señor mira los cachivaches expuestos en la vitrina y lee los títulos de los libros; estos títulos él los ha leído cien veces; por el título de este diminuto libro es la primera vez que entra en su espíritu.

—¡Caramba!—piensa el señor desconocido—. ¡Caramba!, las «Sentencias del presi-

dente Magnaud», ese juez tan raro de que hablaba el otro día el periódico.

Después que ha pensado tal cosa el señor grueso, sonríe con una sonrisa especial, única, y luego traspone los umbrales de la librería. Tenga en cuenta el lector que en la vida no hay nada que no revista una trascendencia incalculable y que estos pasos que acaba de dar el señor grueso, para penetrar en la tienda, son pasos históricos, pasos de una importancia extraordinaria, terrible. Porque este señor va a comprar el libro, y porque este libro ha de ir a parar al despacho de don Alonso, y porque don Alonso, leyendo las páginas de este libro, ha de sentir abrirse ante él un mundo desconocido. Pero no anticipemos los acontecimientos. Cuando el señor grueso e irónico ha salido de la librería, aún llevaba en su cabeza el mismo pensamiento que llevaba al entrar. «Se lo regalaré a don Alonso»—pensaba él, metiéndose en el bolsillo el libro. Después, llegado a la fonda, ha puesto el volumen en la maleta—admirad los destinos de los libros—entre un queso de bola y un señuelo para las codornices. Y luego, a la tarde, él y la maleta se han marcha-

do en la diligencia hacia un pueblo de la provincia.

En todos los pueblos, bien sean de esta provincia manchega, o bien de otra cualquiera, por las noches (y también por las mañanas y por las tardes) hay que ir al casino. El señor grueso ha cumplido la misma noche de su llegada con este requisito; en el Casino le esperaban los señores que forman la tertulia cotidiana; él los ha saludado a todos, todos han charlado de varias y amenas cosas, y, al fin, el señor grueso ha sacado su libro y le ha dicho a don Alonso:

—Don Alonso, he comprado ésto esta mañana en Ciudad Real para regalárselo a usted.

Don Alonso ha dicho:

—¡Hombre, muchas gracias!

Y ha tomado en sus manos el diminuto volumen. Otra vez vuelvo a recordar al lector que considere con detención el gesto de don Alonso al coger el libro, puesto que es de suma trascendencia para la historia contemporánea de nuestra patria. El gesto de don Alonso ha sido de una vaga curiosidad; acaso, en el fondo, no sentía curiosidad ninguna, y este tenue gesto era sólo una deferencia por

el presente que se le hacía. Después, don Alonso ha leído el título: «Novísimas sentencias del presidente Magnaud», y este título tampoco le ha dicho nada a don Alonso. Pero el señor grueso que ha traído el libro ha dicho:

—Este Magnaud es un juez muy raro que ha hecho en Francia algunas cosas extrañas...

—Sí, sí—ha replicado don Alonso, que no conocía a Magnaud—; sí, sí, he oído hablar mucho de este juez.

Y después que han hablado otro poco, se han separado. Don Alonso, cuando ha llegado a su casa, ha puesto el libro en la mesa de su despacho. Un vidente del alma de las cosas hubiera podido observar que ante este libro y los demás que había sobre la mesa se ha establecido súbitamente una corriente sorda y formidable de hostilidad. Los demás libros eran—tendré que decirlo—el Código civil, el Código penal, los Procedimientos judiciales, la ley Hipotecaria, comentarios a los Códigos, volúmenes de revistas jurídicas, colecciones de sentencias del Tribunal Supremo. Pero si una antipatía mutua ha nacido entre estos libros terribles, inexorables, y este dimi-

nuto libro, en cambio, en el estante de enfrente hay otros volúmenes que le han enviado un saludo cariñoso, efusivo, al pequeño volumen. Son todos historias locas, fantásticas, poesías sentimentales, novelas, ensueños de arbitristas, planes y proyectos de gentes que ansían renovar la haz del planeta. Y, entre todos estos volúmenes, aparece uno, que es el que más contento y satisfacción ha experimentado con la llegada del nuevo compañero; se titula: «El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha», y diríase que, durante el breve momento que el diminuto volumen ha estado sobre la mesa, un coloquio entusiasta, cordialísimo, se ha entablado entre él y el libro de Cervantes, y que el espíritu de Sancho Panza, nuestro juzgador insigne, daba sus parabienes al espíritu de su ilustre sucedáneo, el juez Magnaud.

Pero no divaguemos. Don Alonso, que había salido del despacho, con un periódico en una mano y una bujía en la otra, ha tornado a entrar. Y ya en él, se ha parado ante la mesa y ha cogido de ella un gran cuaderno de pliegos timbrados—que es un pleito que ha de fallar al día siguiente—y el pequeño volumen. Luego ha subido unas escaleras, ha gri-

tado, al pasar por delante de una alcoba: «¡María, mañana, a las ocho!», y se ha metido en su cuarto. Y don Alonso ha comenzado a desnudarse. Nuestro amigo es alto, cenceño, enjuto de carnes; su edad frisa en los cincuenta años...

Ya está acostado don Alonso; entonces coge un momento los anchos folios del pleito y los va hojeando; pero debe de ser un pleito fácil de decidir, porque el buen caballero deja al punto de nuevo sobre la mesilla los papelotes. El diminuto volumen está aguardando; don Alonso alarga la mano, lo atrapa y comienza su lectura. De las varias emociones que se han ido reflejando en el rostro avellanado del caballero, mientras iba leyendo el libro, no hablará el cronista, por miedo de dar excesivas proporciones a este relato. Pero sí ha de quedar consignado, para que llegue a conocimiento de los siglos venideros, que ya quebraba el alba cuando don Alonso ha terminado la lectura de este libro maravilloso, y que, luego de cerrado y colocado con tiento en la adjunta mesilla, el buen caballero—caso extraordinario—ha vuelto a coger el pleito repasado antes ligeramente y con descuido, y lo

ha estado estudiando de nuevo, con suma detención, hasta que una voz se ha oído en la puerta, que gritaba: «¡Alonso, son las ocho!»

Y aquí, lector amigo, pondremos punto a la primera parte de esta nunca oída y pasmosa historia.

II

Apenas los matinales y ambulantes vendedores de la ciudad manchega comenzaban a lanzar al aire, con sus lenguas incansables, sus pintorescos gritos, tales como «¡Carbón!», «¡El panadero!», cuando don Alonso, ya vestido y compuesto, bajó al comedor, en busca del cotidiano chocolate. Pero don Alonso no baja hoy como otros días. Doña María observa en él algo indefinible, extraño, y le pregunta:

—Alonso, ¿has dormido mal?

Lola, la cuñada, le mira también, y dice:

—Parece que has dormido mal, Alonso.

Y Carmencita observa, asimismo, el rostro

cenceño del buen caballero, y afirma en redondo:

—Papá, tú has dormido mal.

Don Alonso, que va mojando pausadamente los dorados picatostes en la aromática mixtura, se detiene un momento, mira cariñosamente a las tres mujeres y sonríe. Esta sonrisa de don Alonso es maravillosa; es una sonrisa henchida de una luz desconocida, magnética; es una de esas sonrisas históricas, que sólo le es dable contemplar a la humanidad cada dos o tres siglos. Y, cuando don Alonso ha acabado de sonreir, se ha metido en la boca la suculenta torrija, que durante un momento ha estado suspensa en el aire. Mas, ni doña María, ni Lola, ni Carmencita quedan satisfechas con la sonrisa de don Alonso; ellas no han visto la trascendencia incalculable de esta sonrisa; ellas son sencillas, ingenuas, amorosas, y no pueden sospechar que este chocolate, que esta mañana están ellas tomando en familia, figurará en los fastos de la humanidad. Pero don Alonso baja la cabeza sobre la jícara, con un gesto de profunda meditación. Doña María comienza a consternarse; Lola se pone triste; Carmencita

mueve su rubia y linda cabeza, y no sabe qué pensar.

—Alonso—dice doña María—a ti te pasa algo.

—Sé franco con nosotras, Alonso—añade Lola.

—Papá—grita Carmencita—, dínos lo que te sucede.

Don Alonso levanta la cabeza y las envuelve a las tres en una de esas miradas largas, sedosas, con las que, en los trances difíciles de la vida, parece que acariciamos a las personas que queremos.

—No os preocupéis—les dice, sonriendo de nuevo—, no os preocupéis; no me sucede nada...

Y el buen caballero se levanta y coge el bastón. Doña María, Lola y Carmencita permanecen sentadas, calladas, como anonadadas, como desconcertadas por una fuerza misteriosa, por un efluvio que ellas no aciertan a explicar, en tanto que don Alonso, erguido, gallardo, sale del comedor y aparece luego en la calle.

Don Juan está en su puerta, con las manos cruzadas sobre el chaleco.

—Buenos días, don Juan—le dice don Alonso.

—Buenos nos los dé Dios—grita don Juan.

Don Antonio está más allá, en su portal, columbrando una nubecilla que asoma por el horizonte.

—Buenos días, don Antonio—le dice también don Alonso.

—A la noche lo diremos—contesta don Antonio, que es algo observador de los fenómenos naturales y, por lo tanto, un poco escéptico.

Don Pedro aparece inmóvil en su acera, observando una moza que pasa con su cesta.

—Buenos días, don Pedro—dice por tercera vez don Alonso.

—No sería malo, no sería malo—contesta don Pedro, mirando a la mozuela y dando a entender con esto que con ella no pasaría él mal el día.

Y ya está don Alonso—después de haber saludado también a don Rafael, a don Luis, a don Leandro, a don Crisanto y a don Mateo, de los cuales no hablaremos, por no fatigar al lector—, ya está don Alonso sentado ante una mesa en que hay una escribanía de plata

y varios rimeros de folios blancos. Detrás de don Alonso, bajo un dosel, destaca un Cristo. Todo esto quiere decir—ya se habrá comprendido—que don Alonso se halla ya en funciones, o sea que ha llegado el momento en que el buen caballero va a administrar esta cosa sutilísima, invisible, casi fantástica, que se llama Justicia, y que los hombres aseguran que no existe sobre la tierra. Mas por esta vez yo afirmo que esta cosa delicada y formidable va a hacer su aparición en esta sala. Don Alonso está decidido a ello, y este es el motivo de aquella sonrisa estupenda, que ni doña María, ni Lola, ni Carmencita han comprendido. ¿Añadiré que don Alonso ha dictado ya sentencia en el pleito qne examinaba anoche? ¿Podré pintar la estupefacción, el asombro inaudito que se ha apoderado de todo el pequeño mundo judicial al conocer esta sentencia? ¿Cómo haré yo para que os figuréis la cara que ha puesto don Fructuoso, el abogado más listo de la ciudad manchega, y el ruido peculiar que ha hecho, al contraer los labios, don Joaquín, el procurador más antiguo?

Por la tarde, después de comer, en el Casi-

no, un breve silencio se ha hecho a la llegada de don Alonso. Ya conocéis estos silencios que se producen cuando se acerca a un grupo un hombre de quien a la sazón se ocupan todas las lenguas; estos silencios o son un homenaje involuntario o son una reprobación discreta. Pero, de todos modos, el silencio es prontamente roto y la charla torna a surgir entusiasta u opaca, según se trate de uno o del otro caso citado. ¿De cuál se trata ahora? En realidad, no hay motivo para abominar de don Alonso por la sentencia dictada esta mañana. Don Fructuoso y don Joaquín, que han perdido el pleito, afirman que es un disparate mayúsculo; pero en el Casino nadie llega hasta sentirse tan tremendamente indignado.

—Es una sentencia rara—dice don Luis.

—No existe precedente ninguno que la justifique—añade don Rodolfo, un viejo que estudió el año 54 Derecho civil en la Central con don Juan Manuel Montalbán y Herranz.

—Sin embargo—se atreve a decir Paco, un abogado joven, que es un poco orador y que ha leído dos o tres discursos de Santa María de Paredes—, sin embargo, si atendemos a un interés social, colectivo; un interés supe-

rior que se remonte sobre las personalidades, sobre el derecho individual, para...

Pero los señores graves no le dejan seguir.

—¡Hombre, Paco, hombre!—grita don Leopoldo, un poco indignado—. Usted saca de quicio la cuestión.

—¡Caramba, Paco!—dice don Pedro—. Está usted hoy verdaderamente terrible.

—¡Pero, por Dios, Paco!—observa con voz meliflua don Juan—. Usted pretende destruir los fundamentos del orden social...

Sin embargo, Paco no pretende destruir nada; Paco es una excelente persona. Y después de discutir un rato, Paco, que va a casarse dentro de un mes con la hija de don Luis, conviene con éste en que es una sentencia rara la dictada por don Alonso, y aun llega a afirmar con don Rodolfo que no es posible encontrarle precedentes.

¿Necesitaré decir después de esto qué género de silencio se ha producido en la tertulia a la llegada de don Alonso? ¿Diré que era algo así como un silencio entre irónico y compasivo? ¿Tendré que añadir que luego, en el curso de la conversación, han abundado las alusiones discretas, veladas, a la famosa sentencia?

Pero don Alonso no ha perdido su bella y noble tranquilidad. «El verdadero hombre honrado—dice La Rochefoucauld en una de sus máximas—es aquel que no se pica por nada.» El buen caballero ha dejado que hablasen todos; él sonreía afable y satisfecho; después, a media tarde, ha dado su paseo por la huerta.

Mas, entretanto que discurría por los escondidos senderos, apartado de la ciudad, la ciudad se iba llenando del asombro y de la extrañeza que la sentencia de por la mañana produjera primeramente entre los leguleyos. Y al anochecer, el buen caballero ha regresado a su hogar. Ya las criadas habían traído a la casa los ruidos y hablillas de la calle. Durante la cena, doña María, Lola y Carmencita han guardado silencio; pero, al final, doña María no ha podido contenerse y ha dicho:

—Alonso, ¿qué es eso que dicen por ahí que has hecho?

Lola ha insinuado:

—Las muchachas nos han contado...

Y Carmencita, poniendo unos ojos tristes, ha suplicado:

—Papá, cuéntanos lo que ha sucedido.

Don Alonso ha contestado:

—No ha sucedido nada.

Pero doña María ha insistido:

—Alonso, algo será cuando murmura la gente.

—No nos ocultes nada, Alonso—ha tornado a decir Lola.

—Papá—ha exclamado Carmencita—papá, no nos tengas así.

Y don Alonso ha sonreído y ha dicho:

—No ha sucedido nada. Esta mañana, cuando me habéis preguntado, yo me he hecho un poco el interesante, y vosotras os habéis llenado de preocupaciones; y no había más sino que yo, en vez de pasar la noche durmiendo, la había pasado trabajando. Ahora os veo también alarmadas, y no sucede otra cosa sino que yo he dictado hoy una sentencia apartándome de la ley, pero con arreglo a mi conciencia, a lo que yo creía justo en este caso. Yo no sé si vosotras entenderéis esto; pero el espíritu de la Justicia es tan sutil, tan ondulante, que al cabo de cierto tiempo los moldes que los hombres han fabricado para encerrarlo, es decir, las leyes, resultan estrechos, anticuados, y entonces, mientras otros moldes no son fabricados por los legisladores, un buen juez

debe fabricar, para su uso particular, provisionalmente, unos moldes chiquitos y modestos en la fábrica de su conciencia...

Doña María, Lola y Carmencita han tratado de sonreir; pero algo les quedaba allá dentro.

—Ya sé—ha continuado don Alonso—, ya sé que a vosotras os preocupa lo que las gentes van diciendo. No se me oculta que la ciudad está alborotada; pero esto no es extraño. Sobre la tierra hay dos cosas grandes: la Justicia y la Belleza. La Belleza nos la ofrece espontáneamente la Naturaleza y la vemos también en el ser humano; mas la Justicia, si observamos todos los seres grandes y pequeños que pueblan la tierra, la veremos perpetuamente negada por la lucha formidable que todas las criaturas, aves, peces y mamíferos mantienen entre sí. Por esto, la Justicia, la Justicia pura, limpia de egoísmo, es una cosa tan rara, tan espléndida, tan divina, que, cuando un átomo de ella desciende sobre el mundo, los hombres se llenan de asombro y se alborotan. Este es el motivo por lo que yo encuentro natural que, si hoy ha bajado acaso sobre esta ciudad manchega una partícula de

esa Justicia, anden sus habitantes escandalizados y trastornados.

Y don Alonso ha sonreído, por última vez, con esa sonrisa extraordinaria, inmensa, que sólo le es dable contemplar a la humanidad cada dos o tres siglos...

UNA ELEGIA

SEÑOR Azorín, ¿esto es una elegía?

—Amigo lector, esto es una elegía.

Se llamaba Julín. ¿Cómo os imagináis vosotros a Julín? ¿Creéis que este nombre varonil es el de algún niño rubio, vivaracho, revoltoso? No; os engañáis: Julín era Julia. Y Julia era una muchacha delgada, esbelta, con unos grandes ojos melancólicos, azules... Yo la he recordado cuando, tras largo tiempo de ausencia, he vuelto a poner los pies en esta monótona ciudad, donde ha transcurrido mi infancia. Ya bien de mañana, yo me he encaminado por las calles anchas, de casas bajas, con las puertas, a esta hora, entornadas, con los zaguanes silenciosos. El sol va bañando lentamente las blancas fachadas; de cuando en

cuando, se oyen las campanas rítmicas y cristalinas de la iglesia, y las herrerías, todas las herrerías de la ciudad, las herrerías negras, las herrerías calladas durante la noche, comienzan a cantar. Os diré que estos son los instantes supremos en que despiertan todos estos oficios seculares, venerables, de los pueblos. Y si vosotros los amáis, si vosotros sentís por ellos una profunda simpatía, podéis ver a esta hora, fresca, clara y enérgica, cómo se abren los talleres de los aperadores, de los talabarteros, de los peltreros; y de qué manera comienzan a marchar los pocos y vetustos telares que aún perduran, como sobrecogidos, como atemorizados, como ocultos en un lóbrego zaguán, allá en una callejuela empinada y silenciosa, y con qué joviales, fuertes y rítmicos tintineos entonan sus canciones las herrerías. Yo tengo predilección por estos hombres que forjan y retuercen el hierro: que mis amigos los carpinteros me dispensen esta confidencia, hasta ahora secreta; en estas palabras no hay para ellos ni el más ligero agravio; otro día dedicaré unas líneas cordiales a estos otros hombres, también excelentes y afables, que labran la madera. Ahora voy a sentarme

en una herrería. La llama de la fragua surge briosa en el hogar; el fuelle va resoplando sonoramente; en medio del taller, el viejo yunque, patriarcal, venerable, alma de la herrería, espera el rojo hierro que ha de ser martilleado. Y el hierro es sacado de entre las brasas. Y los martillos, recios, caen y tornan a caer sobre él, y van cantando alegres su canción milenaria, en tanto que el grueso yunque parece que se ensancha de satisfacción—tal vez de vanidad—, pensando que sin él no se podía hacer nada en la herrería.

Y de rato en rato, el martilleo cesa; entonces el maestro y yo hablamos de las cosas del pueblo, es decir, del mucho o poco trabajo que hay, de las casas que se están construyendo, de lo deleznables que son—no os quepa duda de esto—los trabajos de hierro que vienen de las fábricas. Yo pienso que todas estas cerraduras, estos pasadores, estas fallebas, fabricadas en grande, mecánicamente, en los enormes talleres cosmopolitas, entre la multitud rápida y atronadora de los obreros, no tienen alma, no tienen este algo misterioso e indefinible de las piezas forjadas en las viejas edades, que todavía en los pueblos se

forjan, y en que parece que el espíritu humano ha creado una polarización indestructible, perdurable...

Los martillos van cantando, cantando con sus sones claros y fuertes; el fuelle sopla y resopla ronco. Y ahora el maestro y yo ya no hablamos de las cosechas, ni de las fábricas, ni de las casas; hablamos de los amigos que han desaparecido para siempre. Si vais a vuestro pueblo después de haber estado lejos de él, pocos o muchos años, estos recuerdos serán inevitables. Ya otro día apuntaba yo en otra parte algo de esto. ¿Qué se ha hecho de don Ramón, de don Luis, de don Juan, de don Rafael, de don Antonio? ¿Cómo acabó don Pedro? ¿Es verdad que don Jenaro hizo una casa soberbia, en que él había puesto todas sus ilusiones, y murió a los ocho días de mudarse a ella? ¿Le dejó don Rafael la labor de los Tomillares a su sobrina Juanita, la hija de don Bartolomé el médico?

Y cuando yo pronuncio el nombre de Juanita, el maestro se queda un momento en suspenso, con el martillo en una mano y las tenazas en la otra, y me dice:

—¡Hombre! ¿No sabe usted que se murió

Julín? ¿Se acuerda usted? Julia, la chica de don Alberto...

Yo sí me acuerdo; yo siento al oir al maestro una tristeza honda. ¿No os encanta este contraste entre un nombre varonil y una muchacha fina, blanca, suave, con los ojos azules, soñadores, pensativos, tristes? Vosotros acaso no sabréis que en los pueblos es quizá donde las muchachas son aún románticas, es decir, donde hay niñas tristes que tocan en el piano cosas tristes, que pasan horas enteras inmóviles, que leen novelas, que saben versos de memoria, y, sobre todo, que tienen sonrisas inefables, sonrisas de una ingenuidad adorable, divina. ¿No habéis visto a estas muchachas en las ferias de los pueblos o en los bailes o paseando por el andén de la estación un día que habéis pasado en el tren y os habéis asomado soñolientos, cansados de leer un rimero de periódicos que dicen todos lo mismo?

Los martillos prosiguen con su canción alegre y fuerte; el fuelle hace «fa-fa-fa-fa...» Yo ya no puedo estar sosegado en esta herrería; una irreprimible tristeza invade mi espíritu. Cuando salgo, don Baltasar está en su puerta.

Yo le digo:

—Buenos días, don Baltasar.

El me dice:

—¡Caramba, Azorín! ¿Tanto bueno por aquí?

Don Baltasar es el fotógrafo. ¿Afirmaréis vosotros que en los pueblos hay un hombre más interesante que el fotógrafo? Que no pase jamás por vuestra imaginación tal disparate. Yo estimo también cordialmente a los fotógrafos; otro día les dedicaré también unas líneas cariñosas. Ahora voy a entrar un momento en casa de mi amigo don Baltasar. Yo quiero charlar con este hombre sencillo y ver de paso las fotografías que él tiene colocadas en anchos cuadros. Os confesaré que, siempre que yo llego a una ciudad desconocida, mi primer cuidado es contemplar los escaparates de los fotógrafos. Yo veo en ellos los retratos de los buenos señores que viven en el pueblo y a quienes no conozco—y ésto acaso me los hace simpáticos—y las caras, tan diversas, tan enigmáticas de estas muchachas de que antes hablaba. ¿Qué dicen estos rostros? ¿Qué ideas, qué ambiciones, qué esperanzas, qué desconsuelos hay detrás de todas estas frentes femeninas, juveniles? ¿Se podrá adivinar todo esto

por los ojos, por los pliegues y contracturas de la boca, por la forma y la actitud de las manos?

Yo me acerco al escaparate de mi amigo don Baltasar. Yo voy viendo estos señores, estas damas, estas muchachas. Y de pronto mis miradas caen sobre una fotografía que me causa viva y honda emoción. ¿Lo habéis sospechado ya? Es Julín. Yo la miro absorto, olvidado de todo, emocionado.

Don Baltasar me dice:

—¿Qué mira usted, Azorín?

Yo le digo:

—Miro a Julín, la hija de don Alberto.

Don Baltasar exclama:

—¡Ah, sí! Cuando yo la retraté estaba ya muy enferma...

Julín aparece sentada en un banquillo rústico; su cara es más ovalada y más fina que cuando yo la ví por última vez; su cuerpo es más delgado; sus ojos parecen más pensativos y más grandes; sus brazos caen a lo largo de la falda con un ademán supremo de cansancio y de melancolía. Y un abanico a medio abrir yace entre los dedos largos y transparentes...

En el zaguán de la casa reina un profundo silencio; un moscardón revuela en idas y venidas incongruentes, con un zumbido sonoro.

Yo me despido de mi amigo don Baltasar. Los martillos cantan sobre los yunques con sus sones alegres; unas campanadas lejanas llaman a las últimas misas de la mañana. Yo camino despacio; yo digo: «Las cosas bellas debían ser eternas»...

UN TRASNOCHADOR

ADIÓS, don Juan.

—Yo creí que ya no vendría usted esta noche.

—He cenado un poco tarde.

—¿Quiere usted que demos un paseo?

—Como usted quiera.

Don Juan se detiene un instante en el portal del Casino, apoyado en su bastón, con la cabeza baja. Parece meditar profundamente. Después, levanta su mirada, y dice:

—¿Ha estado usted esta tarde en la Fontana?

—Sí—le contesto yo.

—Le he visto a usted pasar desde lejos; no tenía seguridad de que fuese usted, porque llevaba usted sombrilla, y no la lleva ninguna tarde...

La luz de la luna, suave, plateada, baña las fachadas de las casas; de los aleros, de los balcones, caen unas sombras largas, puntiagudas, sobre los blancos muros. Las lechuzas, en la torre de la iglesia, lanzan a intervalos misteriosos resoplidos. Don Juan y yo caminamos despacio. Ya hemos marchado a lo largo de una calle; después hemos torcido a la derecha y hemos atravesado una plaza; luego hemos pasado por dos, por tres, por cuatro calles más; al fin, nos hemos encontrado otra vez en la puerta del Casino. Esto es fatal. Don Juan se detiene otra vez en la puerta, con la cabeza baja, apoyado en su bastón. Luego sale de sus meditaciones, levanta la vista y dice:

—¿Usted se aburrirá aquí soberanamente?

—No, don Juan—le contesto—; yo estoy aquí muy bien.

En el Casino, la concurrencia de prima noche se ha ido disgregando; en un ángulo, medio sumido en la penumbra, cuatro jugadores mueven ruidosamente las fichas del dominó sobre el mármol. Las lamparillas eléctricas lucen mortecinas. Hay algo en la atmósfera que es cansancio, tedio, monotonía indefinible...

—¿Subimos, Azorín?—pregunta don Juan.

—Subamos, don Juan—contesto yo.

Subimos lentamente por las escaleras que llevan al piso principal. De nuevo don Juan se para un momento en la puerta del salón. Yo comienzo a sospechar que hay una secreta afinidad entre las puertas y don Juan. Pero otra vez sale don Juan de sus profundas cavilaciones.

—Deme usted dos pesetas, Azorín.

Yo le doy dos pesetas a don Juan. Y entramos. Los reflejos verdes de una lámpara caen sobre un grupo de cráneos que se inclinan absortos; una voz grita: «¡Juego!»

—Hemos jugado al caballo—me dice don Juan—. Yo tengo fe en ese caballo.

—Transcurre un minuto de ansiedad. Luego, súbitamente, se hace un enorme respiro; las monedas tintinean.

—Hemos ganado, Azorín. ¿Le gusta a usted el siete de copas, o el dos de espadas?

—Como usted quiera; a mí me da lo mismo.

—Entonces pondremos al dos de espadas.

Yo tengo simpatías por ese dos de espadas, por más que ese siete de copas...

Don Juan apunta al dos de espadas. El ban-

quero comienza a echar lenta, suavemente las cartas; todos los ojos miran ansiosos, ávidos; la lámpara deja caer sus reflejos verdes.

—¡Juego!—grita de pronto don Juan—. Antoñico, esa postura del dos de espadas pasa al siete de copas...

Sale el siete de copas.

—¿Ve usted, Azorín?—me dice don Juan—. He tenido una inspiración. Ese siete de copas era seguro.

Don Juan sigue apuntando a estas o a las otras cartas; yo observo las miradas, los gestos, el ir y venir febril de las manos sobre el tapete. ¿Cuánto tiempo transcurre así? ¿Una hora, dos horas, tres horas?

—Azorín—oigo que me dice don Juan—, tenemos ya seis duros.

—Hay que jugarlos todos—le digo yo.

El se queda un poco asombrado.

—¿Cree usted?...

—Como usted quiera; pero yo creo que debemos intentar el último golpe y marcharnos.

—Muy bien—dice resuelto don Juan—; pues lo intentaremos... ¿En qué tiene usted más fe: en la sota de bastos, o en el cuatro de oros?

—A mí lo mismo me da—le digo yo.

—Yo creo que esa sota de bastos es de confianza; sin embargo, ese cuatro de oros...

Don Luis juega a la sota. El banquero comienza a echar lentamente las cartas.

—¡Juego!—exclama de pronto don Juan—. Antoñico, esos seis duros de la sota pasan al cuatro de oros...

Sale la sota.

—¡Caramba!—grita estupefacto, desolado, don Juan.

—Don Juan—le digo yo riendo—, no hay que hacer caso...

—Hombre, Azorín, le diré a usted: yo tenía fe en la sota; es más, tenía casi la seguridad de que iba a salir; pero ese cuatro de oros..., ese cuatro...

Y comienza una larga disertación sobre las probabilidades de la sota y las del cuatro de oros...

—¿Vamos a dar un paseo?—me dice al fin.

—Vamos donde usted quiera—le digo yo.

La luz de la luna baña suave, plateada, las anchas calles; de los aleros, de los balcones, caen unas sombras largas, puntiagudas; reina un profundo silencio en la ciudad dormida;

las lechuzas resoplan formidables, y una voz lejana canta, con una melopea plañidera: «¡Sereno, la una!»

Don Juan y yo caminamos despacio.

—Don Juan—le digo—, ¿usted se acuesta tarde todas las noches?

—Yo, Azorín—me dice él—, no puedo acostarme nunca sin ver la luz del día.

Yo me quedo mirando a don Juan. ¿Puede darse un sér más extraño y más interesante que un trasnochador de pueblo? ¿Qué hacen estos trasnochadores fantásticos durante toda la noche interminable de las ciudades muertas? ¿En qué emplean las horas monótonas, eternas, de las madrugadas invernales?

—¿Y qué hace usted, don Juan, toda la noche?—le pregunto—. Aquí, en el pueblo, será difícil encontrar algo en que entretenerse...

—Le diré a usted—contesta don Juan—; a primera hora de la noche, hasta las doce o la una, estoy en el Casino; luego nos vamos tres o cuatro amigos a alguna casa y hacemos una cena, y, al final, yo me marcho a casa y me entretengo en algo. El mes pasado hice un

globo de periódicos; cuando trataron de empapelar la Biblioteca del Casino, yo me ofrecí a hacer el trabajo, y la empapelaba de noche, así que se marchan todos los socios...

Pasamos por dos, por tres, por cuatro calles; cruzamos una plaza. Una ventana aparece iluminada en una casa.

—¿Qué estará haciendo Alfredo?—pregunta don Juan—. Y luego grita: ¡Alfredo! ¡Alfredo!

Un joven surge en el balcón.

—Buenas noches, don Juan y la compañía—dice.

—Pero, ¿tan temprano en casa?—le pregunta don Juan.

—Me he de marchar mañana, a las ocho, a los Calderones, a ver cómo marcha la uva—dice Alfredo—; quiero principiar a pisar el jueves...

Nos despedimos.

—¿Quiere usted que vayamos a casa a tomar algo?—dice don Juan.

—Como usted guste, don Juan—le digo yo.

En la puerta, don Juan se detiene otra vez un momento, meditando profundamente. Después, me dice:

—¡Caramba, Azorín! Si yo no hubiera tenido la mala idea de mudar la postura...

Cuando entramos en la casa, don Juan va encendiendo las lamparillas eléctricas, y pasamos al comedor. De una alacena saca don Juan vasos, una botella, un salchichón, un queso...

Aquí hay unas chuletas, Azorín—me dice enseñándome un plato—; ¿quiere usted que las asemos?

La cocina está cerca. Hacemos fuego y asamos las chuletas; pero no encontramos la sal. Don Juan sale y abre una puerta allá en lo hondo de la entrada.

—¡Lola! ¡Lola!—grita—. ¿Dónde habéis puesto la sal?

Luego vuelve, registra un cajón del aparador y saca el salero.

¿Cuántas horas pasan mientras comemos y charlamos? ¿Una, dos, tres, cuatro? Un reloj, uno de esos relojes terribles de las casas de los pueblos, suena cuatro metálicas campanadas; cantan los gallos a lo lejos. En los vidrios de la ventana aparece una claridad vaga, opaca...

—Don Juan, me marcho—digo yo.

—Pues vaya usted con Dios, Azorín, y hasta la tarde.

La puerta hace un ruido sordo al ser cerrada. Yo miro al Oriente, que parece encuadrado entre las dos ringlas de las casas, y lo veo teñirse de carmín, de nácar y de oro.

UNA CIUDAD

Yo quisiera expresar con palabras sencillas todo el encanto que las cosas—un palacio vetusto, una callejuela, un jardín—tienen a ciertas horas. Esta vieja ciudad cantábrica ofrece también, como las ciudades del interior, como las ciudades levantinas, momentos especiales, momentos profundos, momentos fugaces en que muestra, espontáneo y poderoso, su espíritu... Son las ocho de la mañana: si sois artista, si sois negociante, si queréis hacer una labor intensa, levantáos con el sol. A esta hora, la Naturaleza es otra distinta a la del resto del día; la luz refleja en las paredes con claridades desconocidas; los árboles poseen tonalidades de color y de líneas que no vemos en otras horas; el hori-

zonte se descubre con resplandores inusitados, y el aire que respiramos es más fino, más puro, más diáfano, más vivificador, más tónico. Esta es la hora de recorrer las callejas y las plazas de las ciudades para nosotros ignoradas. Estamos en Santander. ¿Hacia dónde dirigiremos nuestros pasos? Dejad los planos; dejad las guías; no preguntéis a nadie. Tal vez el vagar a la ventura por el laberinto de las calles es el mayor placer del viajero. Y ocurre que si visitáis Toledo, Sevilla, o Burgos, o León, insensiblemente, sin daros cuenta, llegará un momento en que os hallaréis frente a la Catedral, ante una puerta gótica en que habrá mendigos sentados que gimotean, viejas dobladas y capas parduscas, tal como Gustavo Doré los ha trasladado a sus dibujos.

En Santander también os encontráis, tras breve caminata, en los umbrales de la vetusta portalada.

Y entráis en la Catedral. La Catedral de Santander es sencilla y pequeña; mas en su misma pequeñez y austeridad tiene un poderoso atractivo, que no poseen aquellas otras suntuosas y anchas. Las tres naves están en estos instantes desiertas; un reloj, sobre el coro,

lanza nueve agudas campanadas. Y lentamente van asomando los canónigos... ¿No os interesan los canónigos? Yo os aseguro que son interesantes: hay entre ellos una variedad grande. ¿ Quién es este de la cabeza fina, pelada y de los ojos grandes, luminosos, que anda raudo, callado, con las manos sobre el pecho? ¿En qué viejo caserón vive? ¿Qué hace? ¿Cuáles son sus ideas? ¿Qué libros tiene en su estante? En una de las grandes catástrofes morales de la vida, ¿cuál sería su primera actitud, su primer ímpetu, su primer gesto? Tal vez vosotros, viéndole andar majestuoso, sigiloso, os figuráis tener delante uno de aquellos grandes psicólogos españoles — dominicos, agustinos, simples clérigos—que, como Fray Diego Murillo o Fray Antonio Arbiol, escribieron tan sutiles tratados de cosas de la conciencia, que aun hoy, entre los grandes analíticos contemporáneos, no encuentran superiores... Mas ya esta misteriosa figura se ha perdido en el coro; otra solicita vuestra atención. Y es un hombre recio, corpulento, que marcha con un tantico de movimiento a un lado y a otro y que, como el Arcipreste de Hita, tiene encendido el color, el pescuezo re-

cio y las cejas pobladas. ¿Quién es este canónigo?—os tornáis a preguntar. ¿En qué estancias hará resonar sus joviales carcajadas? ¿Amará, con franco y sano amor, como Juan Ruiz, las troteras y danzaderas? ¿Le placerá, como a Juan Ruiz, correr por las ferias de los viejos pueblos en compañía de ruidosos estudiantes nocherniegos? Y si lee, por acaso alguna vez, en los ratos de aburrimiento, ¿qué es lo que leerá? Y esta figura, como la anterior, se pierde por la puertecilla del coro. Otra aparece. Es un mozo joven, acaso un poco desgarbado, pero vivo, pronto, ligero, nervioso. ¿De qué pueblo ha salido este mozo? ¿Qué paisajes han visto sus ojos en la infancia? ¿Qué mujeres enlutadas, sollozantes, le han besuqueado y le han apretujado en sus brazos siendo niño y le han llevado luego a los largos claustros sombríos, monótonos, del seminario? Y van saliendo, saliendo todos los canónigos y refluyendo hacia el coro. De pronto, una larga y sonora melopea resuena bajo las bóvedas; los altos ventanales dejan caer suaves resplandores azules, amarillos, rojos... Y vosotros, absortos, sumidos en la penumbra, dejáis vagar libremente el espíritu.

Y pensáis que esta Catedral de Santander, junto al muelle, frente a la implacable legión de los barcos que van y vienen despreocupados por el planeta, es, en medio de tales tráfagos mundanos, como un oasis de la fe, del recogimiento, de la meditación y del dolor. Y ésta es la nota que a esta hora y en este lugar encontraréis aquí vosotros...

Cuando volvéis a trasponer la puerta, bajáis las escaleras abovedadas y os encontráis en plena calle. Ha llegado otro momento supremo. Paraos un momento; volved la vista. Esta calle se llama del Puente; es corta, pero hay a esta hora en ella una sugestión profunda. Apenas si transcurre alguien de cuando en cuando; las ventanas están abiertas de par en par, como para recibir la frescura matinal; los muros son negruzcos; oís los trinos de un canario; en los miradores de cristales veis las mecedoras en reposo, y en el fondo de la vía, cerrando la vista, como una decoración de teatro, destaca airoso sobre la escalinata el torreón de la Catedral, ancho, fornido, negro, con la redonda y blanca esfera del reloj en lo alto. Una grata sensación de íntima y profunda armonía —la armonía de las cosas—os hace

permanecer inmóviles un momento. Pero todavía una nota final, suprema, ha de acabar de completar vuestra visión. A la derecha, frente a vosotros, hay una farmacia. No pone «Farmacia» el rótulo áureo de su dintel; esto quizá desentonaría un poco. Las letras rezan castizamente: «Botica». Y dentro veis que todo está limpio, simétrico; que el piso es de azulejos diminutos, y que los botes son blancos, con sencillos dibujos pintorescos. Y observáis que no hay nadie en la botica. Y a vuestro espíritu vienen, evocadas por el recuerdo, sensaciones de niño: figuras de señores ya muertos, que habéis visto en otras boticas; cosas que habéis oído leer allí, en voz alta, en periódicos; discusiones sobre temas que entonces no comprendíais; horas plácidas, sedantes, pasadas en la trastienda sombría, húmeda, mientras en el morterico de mármol va majando un mancebo y remezclando misturas que esparcen por el aire aromas extraños...

¿Dónde ir después de haber gozado de esta sensación íntima? El día va avanzando. Yo no quiero fatigar vuestra atención con un examen minucioso del horario diurno; por fuerza hemos de condensar y sintetizar las cosas.

Saltemos al crepúsculo vespertino. ¿Habéis paseado a esta hora, en Santander, por la calle Blanca? La calle Blanca y la de San Francisco son una misma calle; le llamaremos a toda ella la calle Blanca. Y bien: vosotros conocéis la calle Blanca; vosotros, en Granada—donde se llama el Zacatín—, y en Murcia—donde lleva por nombre las Platerías—, y en otras tantas ciudades, habéis visto una calle como esta calle. En nuestras viejas urbes españolas no hay nada más típico, más original, más consubstancial con la raza y con el medio. La calle Blanca es una calle estrecha, torcida, embaldosada, formada por dos líneas de casas altas y viejas, llenas de tiendas y bazares en sus pisos bajos. No envidiéis las anchas, simétricas y mundanas vías de las grandes capitales universales; no oigáis a los modernos y terribles arquitectos, que miran con ojos furibundos las pintorescas sinuosidades, desniveles y altibajos de las calles vetustas. Si sois artista, venid aquí; paseáos por la calle Blanca, o por el Zacatín, o por las Platerías, a la hora del crepúsculo, cuando la estrecha cinta que se ve en lo alto va palideciendo y cuando comienzan a encenderse las luces de

las tiendas. A esta hora, toda la intimidad, toda la sonoridad de estas calles parece que se intensifica y que redobla. No es una calle; es el corredor de una casa. Los edificios todos diríase que se han fundido momentáneamente en un mismo pensamiento; las tiendas, ya encendidas todas, dejan escapar hacia la angosta vía su espíritu, contenido durante el día, y algo jovial, algo expansivo, algo que os hace andar como en una atmósfera de bienestar y de novedad, se difunde en el aire.

Pasead, pasead cuanto queráis por la calle Blanca. Y, cuando ya este instante en que los comercios muestran su alma vaya pasando, volved a casa. Si vivís en el Sardinero, otro espectáculo se os va a ofrecer, a las nueve, a las diez, cuando la noche vaya avanzando. Esta es la hora que podríamos llamar de «las ventanas iluminadas» y que podría dar tema para un hermoso libro a un poeta que fuese a la vez analizador y fantasista. Es la hora en que las ventanas cobran la plenitud de su vida, en que, de la inercia, del apagamiento, de la opacidad en que han estado durante el día, pasan a la acción y a la elocuencia. En el Sardinero, en el grupo formado por los cha-

lets y les hoteles, todas las ventanas irradian en estos instantes sus claridades, destacándose en vivos cuadros de luz, formando en el cielo fosco, con los múltiples y joviales resplandores, un nimbo de tenue claridad, que se va gradualmente perdiendo en las alturas. En el horizonte tenebroso, el faro del Cabo Mayor se enciende con un vivo reflejo, decrece, torna a encenderse; y el otro faro diminuto de la Magdalena, inmóvil, uniforme, aparece como un microscópico diamante en la negrura... Mas bajad a la playa; no podréis gozar de todo el misterio de este espectáculo si no contempláis las ventanas desde la fosca lejanía.

La playa está desierta; durante las primeras horas de la noche el mar se ha ido retirando lentamente. A lo lejos, en la noche negra, aparece acá y allá, casi apagada, la nota blanca de la espuma que el oleaje levanta. Se oye el rumor sonoro, incesante, ronco, pavoroso, de las ondas que llegan. Alejáos más, caminad hacia adentro; corred... Ya la claridad pálida, verde, de las luces del gas surge radiante por las ventanas henchidas de vitalidad, allá a lo lejos; delante de vosotros, la negrura se abre inmensa; a intervalos, en el

confín remoto, fulgura tenuemente un relámpago; el estrépito formidable de las olas eternas atruena el aire. Y de pronto oís un grito largo, largo, desgarrador, que os sobrecoge. Y en la ancha zona de arena encharcada véis inmóvil el vivo reflejo luminoso de las distantes ventanas verdes...

Y vosotros recogéis absortos toda esta síntesis profunda de ruidos, de claridades y de sombras. El faro del Cabo Mayor prosigue con su parpadeo lento. ¿Qué dice con su luz en este momento este faro? ¿A qué espíritus perdidos en la inmensidad habla? ¿Qué ojos le miran desde la noche infinita y qué ansiedades y conturbaciones aplaca? Acaso en las tinieblas inmensurables que se abren delante de vosotros divisáis una microscópica lucecilla. Vuestro corazón se oprime. La lucecilla imperceptible aparece, desaparece, va corriéndose poco a poco hacia la derecha. En el fondo surge la claridad leve de un relámpago; el ronco zumbido de las olas prosigue...

Y las horas han ido pasando; ha disminuído el nimbo resplandeciente de las ventanas; una tras otra van desapareciendo, apagándose. Hay durante todas estas horas de prima no-

che algo como una lucha, como una porfía, entre las ventanas, el faro y el oleaje. Pero las ventanas son más débiles; son inconstantes; son delicadas; son volubles. Y así van cediendo, como con cierta ironía, elegante y plácida, ante la tozudez indómita de las olas. Y ya todos los cuadros luminosos han desaparecido. Un profundo silencio, una densa obscuridad reina en el mar y en la costa. Y entonces, ya solos, frente a frente, en el misterio de la noche, comienza el coloquio—símbolo eterno—entre el faro—que es la fuerza del hombre—y el oleaje inquieto y perdurable—que es la fuerza de la Naturaleza.

EL GRANDE HOMBRE EN EL PUEBLO

CUÁNDO lo conocí? ¿Dónde lo vi por vez primera? Lo he contado otra vez. Fué por estos mismos días estivales, en un pueblecillo levantino. «Un carácter—ha dicho Emerson—tiene necesidad de espacio; no conviene juzgarlo cuando está rodeado de muchas personas, ni entre el apremio de los negocios, ni por pasajeras vislumbres entrevistas en raras ocasiones». El grande hombre vivió allí durante seis u ocho meses. A las seis, todos los días, ya estaba en pie. El pueblo comienza a despertar a esta hora. Aún las fuentes tienen el mismo rumor sonoro de la noche; las golondrinas cruzan raudas sobre el cielo de

intenso azul, piando voluptuosamente; acaso, por una retorcida calleja moruna, se columbran los manchones negros de dos o tres devotas con sus sillitas en las manos. Y una campana va tocando lenta, en el sosiego matinal, con golpes cristalinos, espaciados...

Todas las cosas tienen durante el día un breve instante en que irradian su verdadero espíritu, y será inútil visitarlas y contemplarlas a otra distinta hora; así los jardines, los museos, los viejos palacios, las iglesias, las tiendas, las calles, las fábricas, los obradores. En estos momentos precisos, todos los detalles, todos los elementos de la belleza—la luz, el color, el aire, los ruidos, las líneas—forman una síntesis suprema, algo como una armonía inefable, desconocida, que adquiere su máximun en un punto y que poco a poco va disipándose, fundiéndose en el ambiente vulgar del resto del tiempo, que hace que desaparezca el color propio del muro vetusto, y la penumbra de la estancia abandonada, y la claridad crepuscular que bañó una sauceda junto a un estanque, y los sones extraños de un piano que parten, a media noche, de una ventana iluminada... La hora viva, exultante, del

pueblecillo en que el insigne hombre habitaba, era esta de los primeros albores matutinos. La edificación se asienta en las laderas de un montecillo que remata en un peñón ingente, agudo, enrojecido por los siglos, coronado por un castillejo morisco; un riachuelo contornea la montaña; ancha zona de umbríos huertos destaca en sus orillas. Y las casas, agazapadas entre el peñasco y la arboleda, vueltas de espaldas a los huertos, abren sobre la verdura sus largas solanas con toscas barandillas de madera, o muestran, a través del boscaje, los negros cuadros de sus ventanas misteriosas.

Y a una de estas solanas daba el despacho del hombre ilustre. Él se asomaba un momento todas las mañanas, a las seis, y contemplaba el panorama verde, suave, de las cuencas del río. Acaso a esta hora, frente a él, al otro lado de los huertos, bordeando el hondo cauce, allá en lo alto, un agudo silbido rasgaba de pronto los aires, y una negra masa pasaba vertiginosa, con un sordo estrépito, perdiéndose a lo lejos, mientras difuminaba con un trazo fuliginoso el añil radiante. Y luego, todo volvía a quedar en silencio: una

golondrina trina, rauda; croan las ranas en el estanque; la campana sigue tocando, tocando cristalina. Y entonces, el grande hombre, desde su ventana, sólo ante la Naturaleza, acaso sentía esa repentina e inexplicable opresión de angustia que sentimos nosotros, ciudadanos, cuando en plena campiña contemplamos un tren que pasa.

Y el hombre ilustre tornaba a entrar en su despacho y se sentaba ante la mesa, cargada de libros, pruebas, cuartillas, cartas y telegramas. La estancia era pequeña: era una salita de estas casas levantinas, construídas de maciza piedra, que parecen cajas sonoras. Las paredes son blancas, estucadas, brillantes; el pavimento, de diminutos mosaicos, frotado y refrotado por la aljofifa, tiene claridades e irisaciones de espejo; el pasamanos de la escalera, de caoba pulimentada, refulge bajo la luz que cae de la alta claraboya y forma en torno a los peldaños un culebreo luminoso. A media mañana, cuando ya la limpieza se ha terminado, las puertas y las ventanas se entornan; una suave penumbra se extiende por toda la casa, y en el silencio y la semiobscuridad, mientras fuera el sol desciende cegador y ar-

doroso, las estancias—salas, alcobas, corredores—se ponen a tono, y un grito, un golpazo, una carcajada resuenan con estruendo, y los arpegios de un pájaro repercuten con matices desconocidos, y las melodías inesperadas de un piano cantan poderosas, vibrantes, y os arrebatan con desvaríos románticos. ¿Comprendéis cómo, llevados por el secreto destino de nuestra vida, un egregio panteísta no podía pasar los últimos días sosegados de su vivir, sino en esta tierra levantina—Grecia moderna—, donde las cosas hallan sus síntesis?

Pero el grande hombre está ya sentado ante su mesa. En las paredes del despacho cuelgan oleografías de Gisbert y Pradilla, un cuadro en que aparece bordado en cañamazo un perrico de lanas, un enorme calendario, que hace lucir sus negros guarismos en la blancura. En un rincón, sobre una mesa, aparecen amontonados, revueltos, desencuadernados, los libros que han sido traídos para el trabajo; libros todos sobre la Revolución francesa o sobre la época prerrevolucionaria: los *Orígenes de la Francia contempardnea*, de Taine; los estudios de los Goncourt; las obras de Blanc, de Lamartine y de Michelet; *El antiguo régi-*

men, de Tocqueville; las crónicas de Touchard-Lafosse... El grande hombre trabaja desde las seis hasta las doce; ante él, un secretario va escribiendo rápidamente sus palabras. Yo veo un abultado rimero de cuartillas con la escritura flamante, y junto a ellas—tengo vivo el recuerdo—un volumen de la colección de *Mujeres célebres*, el de la Virgen, manoseado, doblado y con tales o cuales párrafos cruzados con gruesas rayas de tinta. Ya el grande hombre, viejo, cansado, enfermo, ofrece escaso trabajo original, y sus correspondencias para Europa y América son una misma correspondencia o una misma crónica, trastocadas en su fraseología, o simples glosas e injertos de antiguas páginas.

A mediodía, cuando cae la primera grave campanada de las doce, el hombre ilustre levanta la mano con gesto de cansancio, y el trabajo queda suspendido en rédondo. Y ya la hora de la comida es llegada. Pero el grande hombre apenas come. Ante él desfilan estos manjares primarios y suculentos de la cocina provinciana, que él ama tanto, y él los contempla con ese aire, mezcla de displicencia y de ansiedad con que los enfermos miran lo

que les ha proporcionado el placer y les ha aparejado el dolor... Y ya también ha venido la hora de la siesta; pero el grande hombre tampoco duerme. Estas horas largas, abrasadoras, él las pasa anonadado en un dulce sopor, allá en el huerto, o bien escuchando la lectura monótona de los periódicos. Hay entre la fronda del arbolado, en lo más recóndito y umbrío del jardín, un cenador tapizado de enredaderas y pasionarias. Aquí se sienta el hombre ilustre. La bravía luminaria solar inunda la campiña; los matices y gradaciones del verde han desaparecido; la vega es un manchón de azul negruzco. Todo calla; el surtidor de una fuente susurra y las cigarras cantan con sus chirridos clamorosos.

Y a medida que van pasando las horas, las sombras se alargan; vienen a intervalos ráfagas de aire fresco, y los verdes, obscuros o presados, de los herrenes, del arbolado, de los maizales y de las viñas, van surgiendo y ensamblándose en un inmenso y grato mosaico. Entonces el grande hombre y sus amigos salen del huerto. El grande hombre aparece vestido sencillamente; va enfundado en una ligera levita negra de alpaca; su cabeza está cubierta

por un sencillo hongo, y la nitidez del cuello y de la pechera resalta en la nota fosca del traje. El grande hombre camina despacio, con una leve inseguridad en sus movimientos, apoyado en un alto paraguas. Su cara, antes redonda, llena, es ahora alargada, flácida; sus ojos grandes pasan por las cosas y atisban las lejanías con miradas en que hay dolor y espanto, y sus manos, finas, blancas, tenues, acarician con ademán inconsciente, de cuando en cuando, el largo bigote de plata, que cae lacio por la comisura de los labios. El grande hombre y sus amigos salen del huerto, y, una vez recorrido un angosto camino que serpentea entre la verdura pomposa y húmeda de los bancales, entran bajo un anchuroso emparrado, que entolda la portalada de una casa vetusta. Cerca, se oye el estruendo de un salto de agua; dentro, una tarabilla marcha, marcha con su eterno «tic-tac, tic-tac»... Y las gallinas revuelan y cacarean en un cercado de cañas, y una bandada de palomas se abate y picotea entre la tierra, y luego torna a remontarse y a perderse a lo lejos.

Este es el momento en que el hombre insigne, sentado bajo el ancho parral, oreado por la

brisa fresca del crepúsculo propincuo; este es el momento en que vive enteramente esta vida que se le escapa. Su alma se funde con el alma de la Naturaleza entera; una sonrisa asoma a sus labios, y de sus ojos grandes, claros, desaparece el espanto infantil que los velaba. ¿Diré que la Naturaleza no puede ser sentida en todas las épocas de nuestra vida, ni aun teniendo el ánimo propicio a ello, siempre que nosotros queremos? Un poeta o un pintor noveles pueden darnos una sensación intensa de las cosas; pero no llegaréis a sentir la completa e inexpresable fusión con la energía universal, sino sólo cuando hayáis trafagado mucho por el mundo y os hayáis saciado de sus satisfacciones, o cuando una abrumadora catástrofe moral haya caído sobre vuestro espíritu y lo haya limpiado de deseos, vanidades o concupiscencias, o acaso al salir de una larga e incierta enfermedad, que os ha mostrado abierto ante vuestras miradas el eterno vacío... El grande hombre ha pasado por todos estos trances; y he aquí cómo sus ojos contemplan ávidos los árboles verdes y las lejanas montañas zarcas y el agua que discurre con gorgoteos sonoros por ancho azarbe, y los pájaros

que cruzan aleteando presurosos. Un grupo de amigos del pueblo y admiradores, venidos para verle un instante, le rodea. Y él habla y habla y habla, mientras la tarabilla del molino tecletea con sus golpes inacababIes, y en el cielo comienzan a parpadear las primeras estrellas. Y ya las campanadas del «Angelus» han sonado; la comítiva regresa al pueblo...

Y despuès de la cena, el grande hombre pasa al diminuto salón en que destaca el piano. Un tropel de lindas muchachas acaba de entrar: Amparito, Lola, Aurelia, Carmen, Asunción, Remedios, Angustias, Clarita... todas estas muchachas que os dicen sonriendo que ellas no valen nada, puesto que viven en un pueblo, y os ruegan luego, palmoteando, que les contéis cómo son las conocidas y amigas que tenéis en Madrid. El grande hombre no les cuenta estas cosas: su fantasía exuberante les habla de las gracias y atavíos de las remotas y gráciles egipcias, de las helenas, de las romanas, o bien les pinta los paisajes de Suiza, o las noches de «la oriental y orgiástica Venecia», o los faustos pródigos de París bajo el imperio del tercer Napoleón. De rato en rato el piano sonsonea una sonata

de Beethoven, un nocturno de Chopín, una sinfonía de Rossini, o una de estas muchachas canta, después de sonrojarse un poco, una melodía de Tosti. Y a las once el salón queda desierto y el grande hombre con su paso inseguro, tardo, se retira a su alcoba.

Era ésto en el ocaso de su vida. Pocos meses después, moría. Yo tengo vivo el recuerdo de estos días agradables que el hombre ilustre—Emilio Castelar—que lo había sido todo, pasó en un pueblecillo levantino, entre estos provincianos afables—don Juan, don Fernando, Pepita, doña María, Lolita, doña Isabel, don Fernando—que no eran nada.

EN LOYOLA

La piedra gris.

La tarde está limpia, plácida, fresca. La carretera blanca serpentea, con suaves curvas, en lo hondo de las verdes gargantas; el río, inmóvil, callado, espejea, junto al camino, la silueta de los esbeltos y finos álamos. Una rana hace «croá-croá»; resuena a lo lejos el grito de un boyero: «¡aidá!, ¡aidá!» Las montañas, de un verde obscuro, cierran el horizonte y se levantan en empinados recuestos, a una y otra banda. Arriba, en las cumbres, un pedazo de peña azulina, grisácea, brillante, aparece; más bajo, entre el verdor obscuro de los castañares, se extiende un ancho cuadro de pradería, claro, suave, con redondas manchas

obscuras que en su tapiz colocan los manzanos; más bajo, destaca una ringla de nogueras que corre a lo largo de una senda; más bajo, un festón de espesos matorrales araña el cristal sosegado del río. Una rana hace «croá-croá»; se oye a intervalos el grito de un boyero: ¡aidá!, ¡aidá!» Y de la techumbre roja de una casita, colgada allá en lo alto, se escapa un humo tenue, azul, que se difluye poco a poco en el aire, mezclándose con la blanca neblina que avanza, avanza, hasta cubrir las aristas y los picachos de las montañas...

Y cruzamos Azpeitia. Las calles son estrechas, formadas de casas con enormes aleros, con balcones de anchurosa repisa, con zaguanes obscuros, negros, en cuyo fondo aparece una escalerilla lóbrega. En las puertas, las comadres trabajan en sus labores, y los alpargateros, sobre sus lustrosas mesillas enarcan a intervalos los brazos y dan sordos, golpeteos. Y nos detenemos un instante en la «Bustinzuriko plazachoa»; y luego, por una estrecha calleja, salimos otra vez al campo, Allá, en el fondo, sobre el verdor de las montañas, aparece una enorme masa grisácea, trepada por diminutos cuadros de sombra. Es el Monaste-

rio de Loyola. En los días del invierno vasco, cuando el horizonte se enfosque y la lluvia caiga perenne, toda esta mole de sillares grises se tornará negra, tenebrosa, y en todas estas espaciosas estancias y claustros largos, de paredes desnudas, ahora en estío en penumbra, se hará un lóbrego ambiente, cruzado y recruzado por sombras calladas, ligeras, cuyos pasos resonarán sonoramente en las anchas tablas de roble del pavimento...

Entremos en el monasterio. Ante la puerta principal se alza una escalinata que conduce a un pórtico de columnas jónicas; pero hay otra puertecilla lateral que es la que nosotros hemos traspuesto. Un patizuelo silencioso y limpio se ha ofrecido a nuestra vista; en el fondo, sobre una puerta, rezan las letras doradas de una lápida negra: «Casa solar de Loyola». Estamos frente a la casa en que nació el esforzado guerreador místico. Nos acercamos a la puerta, claveteada con agudos y amplios chatones; en una de las hojas pende un blanco cartel con una larga lista manuscrita. «J. H. S.»—dice ante todo a la cabeza. Y luego sigue: «Distribución del tiempo durante los santos ejercicios.—«Mañana: cinco y me-

dia, levantarse; seis, meditación; siete, misa; siete y media, desayuno, tiempo libre; ocho y media, lectura espiritual; nueve y cuarto, puntas de la meditación; nueve y media, meditación; diez y media, exámen, tiempo libre; once y tres cuartos, exámen; doce, comida». «Tarde: dos y cuarto, rosario o «Vía Crucis»; tres, lectura espiritual; tres y tres cuartos, puntos; cinco, exámen, paseo en silencio; seis, preparación para la confesión; seis y tres cuartos, puntos; siete y cuarto, tiempo libre». Y al final, en letras grandes, enérgicas, resaltantes: A. M. D. G.

La casa de San Ignacio ha sido conservada en su exterior, intacta; mas dentro, las estancias, los pasillos, las alcobas, la cocina, todas, todas las piezas se han convertido en oratorios, capillas, altares, sacristías. Grandes lienzos de una pintura infantil cubren las paredes; en los techos resalta el vigamento barroco, tallado, dorado, repleto de rostros, figuras, santos, vírgenes, soles eucarísticos, ángeles, nubes. De trecho en trecho un retablo destaca con su pesadez enorme y recargada; las lámparas titilean mortecinas; veis la figura de un jesuíta callado, recogido, en la penum-

bra de un rincón, que ora con la cabeza inmóvil sobre el breviario; oís el crugir de una falda o el tintineo de un rosario, y seguís pasando, pasando de una estancia a otra, de uno a otro altar. Y penetráis en la diminuta alcoba en que el místico torturado sintió el primer ímpetu de su sino: otro altar, igualmente pesado, igualmente recargado, cubre el paño del fondo. Ya en esta estancia no queda ni un hálito, ni un rezago lejano del hombre aquí nacido. Serán inútiles vuestros esfuerzos imaginativos; no intentéis evocar su figura. Los retablos, las columnas, las pinturas, las lámparillas, los cortinajes, las hórridas vidrieras de colores han traído un ambiente de piedad y de religiosidad femenina, blanduzca y anodina, a este paraje donde habitara un temperamento férreo, indomable, audaz, incontrastable.

Salid de estas capillas y oratorios; entrad en el convento. La piedra gris vuelve a saltaros a los ojos en la grande escalera, chata y maciza, en los largos claustros de bóvedas rechonchas, en los anchos patios de eminentes muros desnudos, en los salones vastos, pavimentados con recias tablas. Un jesuíta

pasa, a intervalos, a lo largo de las paredes, encorvado, juntas las manos. Os asomáis a una ventana y contempláis el vasto panorama de la huerta conventual. Por sus rectos caminos van, vienen las manchas negras de los ejercitantes, que en estos días limpian y sahuman sus conciencias en el retiro... Y volvéis, después de esta visión rápida, a recorrer los claustros interminables y obscuros, las salas anchas, las escaleras lóbregas. Deteneos un minuto en este patio adornado de un jardincillo: allá, enfrente, una puerta de cristales acaba de abrirse y por ella van surgiendo dos largas filas de novicios, delgados, finos, un poco pálidos, un poco inclinados, con los brazos en cruz, con la vista en el suelo. Un pedazo de cielo gris, plomizo, se columbra en lo alto, encuadrado por los muros altísimos de piedra gris...

La tarde ha ido enfoscándose. Cuando salís veis que una densa neblina vela las cercanas montañas. Los grises sillares de la inmensa edificación se han tornado negruzcos y resaltan formidables sobre el verde obscuro del monte. Va llegando el crepúsculo. El campo está en silencio. Densos y anchos vellones se

van partiendo y desgarrando en los castañares. Las aguas del río forman, bajo el ramaje corvo, anchos remansos negros. Una rana hace «croá-croá», y el grito de un boyero resuena en el valle callado: «¡aidá! ¡aidá!».

EN URBERUAGA

Los ojos de Aurelia.

Cestona es un hotel elegante, mundano, confortable; Urberuaga es una casa de enfermos. Tal vez Cestona os produzca la impresión, con sus anchos corredores simétricos, que parecen salones, de un modernísimo colegio de jesuítas; acaso Urberuaga, con sus estrechos pasillos tortuosos, encalados y de baja techumbre, os dé la idea de un convento modesto de franciscanos. La misma posición tienen uno y otro balneario en el fondo de un valle; pero en Urberuaga las vertientes se estrechan más, el riachuelo es más ramblizo, los castañares son menos amplios, y algo como un ahogo, como una leve opresión—ya inicia-

da por un prejuicio—os sobrecoge cuando llegáis ante su puerta. Mas esforzáos en ocultarla y dominarla; traspasad los umbrales del balneario. La construcción total del edificio es un ensamblaje de navadas y pabellones construídos, sucesivamente, al correr de los años. El cuerpo principal se levanta en una tenue hondonada; descendamos cuatro peldaños... Ya estamos ante la puerta; penetremos en el zaguán estrecho; en el fondo se abre un pasillo, desnudo, largo, que acaba en una espaciosidad dividida por tres columnas. Aquí hay una puertecilla que da ingreso a la gruta, de donde surte un blanco y cristalino hilo de agua vivificante. Avancemos un poco más; un diminuto salón con divanes y cajones con plantas aparece ante nuestra vista. Y luego, cruzamos por un patizuelo a otro corredor y después encontramos otra espaciosidad, donde se halla el correo, el gabinete médico, y largos mostradores con baratijas y chucherías. Caminemos un poco; otro salón y otro largo pasillo nos llevan a las salas de pulverizaciones y baños de vapor... Y luego, tornamos a descorrer lo andado; de nuevo volvemos a ver la gruta, el gabinete médico, la adminis-

tración de correos; de nuevo avanzamos por el pasillo primordial en busca de la escalera que nos conduzca al piso alto. Y ya en él, nos vemos en un estrecho corredor, lleno de puertas diminutas; el piso es de recias tablas, enceradas, brillantes; un angosto reflejo se pierde allá en la lejanía; se percibe un olor penetrante de frescas y silvestres hierbas aromáticas, de cloruro de éter. ¿Por qué no avanzar por el pasillo? ¿Hay nada más grato que la inspección de una casa desconocida para nosotros? ¿Existe sensación más agradable que la de ir sorprendiendo poco a poco las cosas y los hechos insólitos que ante nuestros ojos surgen de pronto?

Este pasillo conduce a otro pasillo. Torced a la derecha; atravesad un corto salón con un cierre acristalado; ascended por unas escaleras y os hallaréis al cabo en un ancho rellano, ante otras escaleras, por las que será preciso bajar para entrar en un salón anchuroso, bordeado de divanes, con espejos apaisados y un piano vertical, que hace, en el fondo, destacar la mancha roja de su reverso. ¿Estáis satisfechos? ¿Habéis llevado ya a vuestro espíritu ávido una sensación sintética del nuevo medio

en que acabáis de hacer irrupción? Todos estos corredores, todos estos rellanos, todas estas salas, están desiertas, silenciosas; el pavimento; brilla; las paredes aparecen enjalbegadas. Y de cuando en cuando, en el silencio, oís una tos breve, seca, o una tos larga, pertinaz. Y sentís que hay algo en este ambiente de íntima y profundamente provinciano: por el enredijo de salas y pasillos con pisos desnivelados, por la simplicidad del mueblaje, por los alterones y honduras de las camas, por la llaneza e ingenuidad de la servidumbre, por el prosaísmo castizo de la cocina... Mas vosotros, como yo, estáis en un momento en que gustáis de todas estas cosas tan españolas. Dentro de un poco, cuando llevéis una hora más en el hotel, vuestro gusto va a ser plenamente satisfecho. Porque os percataréis de que el ambiente que respiráis no sólo es hondamente provinciano sino que, por una concatenación lógica y necesaria, está también saturado de un romanticismo ensoñador y melancólico. ¿Desconoceréis, acaso, la virtualidad de estas aguas? ¿No sabéis que a estos manantiales acuden los enfermos «estéticos», en la verdadera y primitiva acepción de esta

palabra? Y ¿cómo podréis negar la íntima relación que existe entre el romanticismo y la tez pálida, las ojeras, la delgadez y la infinita desesperanza trágica? Si vosotros amáis esas muchachas románticas de pueblo, tan suaves, tan tristes, tan delicadas, tan fantaseadoras, que gimen, que lagrimean, que pasan súbitamente de una alegría a un desconsuelo, que guardan en el fondo de un cajoncito un retrato desteñido y unas cartas con timbres de un café o de una fonda, que tienen una enredadera, que tocan en el piano «La marcha fúnebre de una muñeca», que leen a Campoamor y a Bécquer en un libro forrado con un periódico, que se miran al espejo de pronto para ver si se han puesto feas, que aguardan tras los visillos, en los días foscos del invierno, el paso de un transeunte desconocido, que tal vez es un galán que puede revolucionar nuestra vida...; si vosotros amáis a estas muchachas, venid a Urberuaga. Yo he conocido estos días a Eulalia, a Juanita, a Lola, a Carmen, a María, a Enriqueta. Y he visto, sobre todo, los ojos anchos, vagos y tristes de Aurelia.

—¿Qué hace usted, Aurelia?—le dice un joven con quien la he visto bailando anoche.

—Nada—contesta ella—; miro el agua del río...

Aurelia está inclinada sobre el antepecho del puente, en una de esas actitudes de absorción, de elegancia y de abandono en que Gavarni colocaba, en la terraza de un jardín o sobre los brazos de un diván, a las finas y pálidas mujeres de 1850. Aurelia mira las aguas mansas del río; pero sus ojos, fijos, absortos, no ven las aguas mansas del río. Su silueta se recorta sobre el cielo pálido del crepúsculo.

Esta es la hora en que la carretera ejerce su tiranía sobre el bañista; pero vosotros no cumplís con esta práctica ineludible. Hay detrás del balneario, junto al riachuelo, una extensa avenida de álamos. Hacia allá dirigís vuestros pasos. La tierra está tapizada de fino césped; a un lado se levantan las laderas cubiertas de castañares; a otro se extiende una línea de manzanos bajos, achaparrados, que arquean sus ramas sobre las aguas. Tres, cuatro ringlas de álamos parten esta alameda en anchos caminos. Los troncos de los árboles son finos, rectos, gráciles; el follaje no comienza en ellos sino muy alto, de suerte que vosotros paséis

por esta fronda como por entre una sutilísima columnata que sostiene una bóveda verde. Y cuando os habéis cansado de devanear a un lado y a otro, os sentáis en la orilla del río, junto a un ancho remanso. Una multitud de girinos patina, con sus carreras intermitentes, sobre las aguas, extendidas las cuatro patas, ligeros, volubles. Ya avanzan rápidos, ya se detienen, ya dan repentinas y violentas revueltas. Y cada uno de sus movimientos forma un círculo sobre las aguas, que va a mezclarse y trabarse con infinitos otros círculos en un momentáneo y caprichoso arabesco.

Pero la noche va llegando. Es preciso que retornéis al balneario. Una campana acaba de tocar con un son persistente. Vosotros volvéis a recorrer los pasillos de la planta baja y ascendéis a los del piso principal. Las luces han sido encendidas, y el largo reflejo de la madera encerada, como una estrecha cinta de azogue, se pierde allá a lo lejos. Un rumor sonoro de voces, algo como un coro susurrante y melódico, llega a vuestros oídos: es que en la capilla próxima los bañistas rezan, como todas las tardes, el rosario. Entonces dáis un paseo por el corredor, mientras escucháis esta místi-

ca salmodia, y vuestros ojos observan por primera vez las viejas y simpáticas campanillas colocadas encima de las puertas, antecesoras venerables de los locos timbres eléctricos. Y ya este nimio detalle acaba de sumiros en un ensueño de lejanías románticas. ¿Qué más os hace falta? Aún os queda algo principalísimo. Después de la cena es preciso bajar un momento al salón. Aquí volvéis a encontrar a Juanita, a Lola, a Carmen, a Enriqueta, a Eulalia, y volvéis a ver los ojos anchos, vagos y tristes de Aurelia, que miran absortos, sin verlo, el paisaje de un abanico. El piano lanza unos notas lentas y sonoras; todas estas muchachas lindas y pálidas se levantan, salen hasta el medio de la sala, avanzan, retroceden lentamente, se traban de las manos un instante, se alejan de nuevo, haciéndose reverentes cortesías, bailan, en fin, uno de estos sosegados «lanceros» que nuestras madres o nuestras abuelas bailaban con sus anchos trajes llenos de pliegues. Y ya parece que os halláis intensamente saturados de idealidad sentimental; pero la concurrencia pide que cante María, y María protesta riendo alegremente, y luego se pone seria, y después tose un poco, y al fin

entona una canción lánguida, melancólica, plañidera...

Y os retiráis, llevando en vuestro espíritu algo que no acertáis a definir. Los pasillos están silenciosos. Acaso escucháis una tos lejana, repentina, seca o larga, pertinaz. Y cuando os acostáis, os dormís pensando en los ojos anchos y soñadores de Aurelia y creyendo sentir el mayor de los absurdos y la mayor de las ingenuidades: creyendo sentir una vaga sensación de amor.

UN HIDALGO

Las raíces de España.

Es en 1518, en 1519, en 1520, en 1521, ó en 1522. Este hidalgo vive en Toledo; el autor desconocido de *El Lazarillo del Tormes* ha contado su vida. La casa es grande, ancha; tiene un zaguán un poco obscuro, empedrado de guijos menuditos; sobre la puerta de la calle hay un enorme escudo de piedra; el balcón es espacioso, con barrotes trabajados a forja; y allá, dentro del edificio, a mano izquierda, después de pasar por una vasta sala, que tiene una puertecilla en el fondo, se ve un patizuelo claro, limpio, embaldosado con grandes losas, entre cuyas junturas crece la hierba. Y no hay en toda la casa ni tapices, ni sillas,

ni bancos, ni arcas, ni cornucopias, ni cuadros, ni mesas, ni cortinajes. Y no hay tampoco—y ésto es lo grave—ni pucheros, ni cazuelas, ni sartenes, ni platos, ni vasos, ni jarros, ni cuchillos, ni tenedores. Pero este hidalgo vive feliz; en realidad, la vida no es más que la representación que tenemos de ella. En la sala grande que encontramos a la derecha, conforme entramos, aparece un cañizo con una manta; ésta es la cama. En el patio, colocado en uno de sus ángulos, vemos un cántaro lleno de agua: éstas son las provisiones.

En la casa reina un profundo silencio; la calle es estrecha, tortuosa. Se percibe el rumor rítmico, imperceptible, tenue, que hacen con sus tornos unas hilanderas de algodón que viven al lado—estos tornos simpáticos que vosotros habréis visto en el cuadro de Velázquez—; de cuando en cuando se oye una canción, tal vez un romance vetusto—como estos que cantan los pelaires de Segovia en la novela *El Donado hablador*—; o bien, de tarde en tarde, rasga el aire el son cristalino de una campana—estas campanas que en Toledo tocan los franciscanos, o los dominicos, o los

mercenarios, o los agustinianos, o los capuchinos—; si estas campanadas es por la mañana cuando suenan, entonces nuestro hidalgo se levanta de su alfamar. Son las seis, las seis y media, las siete. En un cabo de la mísera cama están las calzas y el jubón del hidalgo, que a él le han servido de cabecera; él los toma y se los va poniendo; luego, coge el sayo, que él zarandea y limpia; después, coge la espada. Y ya, a punto de ceñirse el talabarte, la tiene un momento en sus manos, mirándola con amor, contemplándola como se contempla a un ser amado. Esta espada es toda España; esta espada es toda el alma de la raza; esta espada nos enseña la entereza, el valor, la dignidad, el desdén por lo pequeño, la audacia, el sufrimiento silencioso, altanero.

Si este hidalgo no tuviera esta espada, ¿comprendéis que pudiera vivir tranquilo, feliz, contento, en una casa sin sillas, sin mesa, sin cacharros y sin pucheros? Y él la mira, la remira, pasa su mano con cariño por la ancha taza, la blande un momento en el aire y le dice a este mozuelo que le sirve de criado y que le está observando atento: «¡Oh, si supieses, mozo, qué pieza es ésta! No hay marco

de oro en el mundo por que yo la diese.» Y a seguida la coloca a su lado siniestro. Y a seguida toma la capa de sobre el poyo donde él la puso con mucho cuidado la noche antes, después de soplar bien, y se envuelve arrogantemente en ella. «Lázaro—le dice a su criado—, cuida bien de la casa; yo me voy a oir misa.» Y sale por la calle adelante; sus pasos son lentos; su cabeza está erguida altivamente, pero sin insolencia; un cabo de la capa cruza por encima del hombro y su mano izquierda ha buscado el pomo de la espada y se ha posado en él con voluptuosidad, con satisfacción íntima. Un sordo portazo ha resonado en la calle; estas vecinas hilanderas han dejado sus tornos un instante y se han asomado al balcón. «¡Miren qué gentil va!», dice una. «¡Trazas tiene de ser galán!», exclama otra. «¡Buen caballero es!», añade una tercera. Y todas estas toledanitas menudas, traviesas—estas toledanitas, que por estos mismos días precisamente elogiaba por su viveza Brantome en sus *Vies des dames galantes*—; todas estas toledanitas ríen, acaso un poco locas, un poco despiadadas, con sus risas cristalinas, del buen hidalgo, digno y fiero, que se aleja

paso a paso, lentamente, majestuosamente, por la calleja arriba. ¿No veis en estas risas joviales acaso un símbolo? ¿No veis en estas hilanderas que trabajan en sus tornos durante todo el día y que se chancean de este hidalgo, vecino suyo, íntegro, soñador, valiente, pero que no puede comer? ¿No veis el eterno y doloroso contraste, tan duradero como el mundo, entre la realidad y el espíritu, entre los trabajos prosaicos, sin los cuales no hay vida, y el ideal, sin el cual tampoco es posible la vida?

Pero las campanas de los franciscanos, de los agustinos, de los dominicos, de los mercenarios, de los capuchinos, de los trinitarios, están llamando a misa. Nuestro hidalgo penetra en una de esas diminutas iglesias toledanas, blancas, silenciosas; tal vez en el fondo se abre una ancha reja y a través de los claros del enrejado se columbran las siluetas blancas o negras de las monjas que van y vienen. Y acabada la misa, nada más conveniente que dar un paseo por las afueras. Hace un tiempo claro, tibio, risueño; son los días del promedio del otoño; los árboles van amarilleando; comienzan a caer las hojas, y son movidas,

traídas, llevadas, con un rumor sonoro, por el viento, a lo largo de los caminos; sobre el cielo azul, radiante, destacan las cúpulas, campanarios, muros dorados, muros negruzcos, miradores altos, chapiteles, de la ciudad; a lo lejos, frente a nosotros, a la otra banda del hondo Tajo, se despliega el panorama adusto, sobrio, intenso, azul obscuro, ocre apagado, verde sombrío—los colores de «el Greco»—de los extensos cigarrales. Acaso a esta hora plácida de la mañana salen de la ciudad y pasean por las frondosas huertas estos viejos nobles—don Rodrigo, don Lope, don Gonzalo—que son llevados en sus literas y caminan luego un momento encorvados, titubeantes, cargados con el peso de sus campañas gloriosas, al lado de doña Isabel y don Fenando; o estos galanes, con sus anchas golas rizadas, que sueñan con ir a Flandes, a Italia, y escriben billetes amorosos con citas de Catulo y Ovidio; o estas lindas doncellas, ocultas en sus mantos anchos, y que sólo dejan ver, en toda su negrura, una mano blanca, suave, sedosa, larga, puntiaguda, tal vez ornada de una afiligranada sortija de oro trabajada por Alonso Núñez, Juan de Medina, Pedro

Díez, finos aurífices toledanos; o estas dueñas setentonas, ochentonas, que llevan unos grandes pantuflos, unas anchas tocas, que acaso tienen un rudimento de bigote, que van de casa en casa llevando encajes y bujerías, que conocen las virtudes curativas de las hierbas y que es posible que puedan proporcionaros un diente de un ahorcado o un pedazo de soga... Y nuestro hidalgo va paseando entre toda esta multitud de amadas y amadores. ¿No habéis visto en cierto lienzo de Velázquez—«La fuente de los Tritones»—la manera con que un galán se inclina ante una dama? Este gesto supremo, rendido y altivo al mismo tiempo, sobrio, sin extremosidad molesta, sin la puntita de afectación francesa, discreto, elegante, ligero; este gesto, único, maravilloso, sólo lo ha tenido España; este gesto, esta leve inclinación es toda la vieja y legendaria cortesía española; este gesto es Girón, Infantado, Lerma, Uceda, Alba, Villamediana; este gesto es el que hace nuestro hidalgo ante unas tapadas que pasean ante la fronda; luego, habla con ellas, discretea, ríe, sonríe, cuenta sus aventuras.

Tal vez estas damas, en el decurso de esta

charla, insinúan—ya conocéis la treta—el deseo de una merienda o tal cual refrigerio; entonces nuestro amigo siente un momento de vaga angustia, alega una urgencia inaplazable y se despide; ellas sonríen bajo sus mantos; él se aleja, lento, gallardo, apretando con leve crispación el puño de su espada. Y va pasando la mañana; doce graves, largas campanadas han sonado en la Catedral; es preciso ir a casa; ya en todos los comedores de la ciudad se tienden los blancos manteles, de lino o de damasco, sobre las mesas; nuestro hidalgo regresa hacia su caserón. Y aquí, en este punto, comienza una hora dolorosa. Vosotros, ¿no os habéis paseado por una sala de vuestra casa silenciosos, abstraídos de todo, en esos momentos en que honda contrariedad abruma vuestro espíritu? No sentís ira; no sentís indignación; no sale de vuestros labios ni un reproche, ni un lamento: es una angustia íntima, mansa, una conformidad noble con el destino lo que os embarga. Así camina este hidalgo por las estancias y corredores de su casa. Estando en estos paseos, llaman a la puerta; es Lázaro. Si antes, acaso, había en el ceño de nuestro amigo un dejo de fruncimien-

to, ahora, de pronto, su semblante se ha serenado.

—Lázaro, ¿cómo no has venido a comer?—le dice, sonriendo, a su criado—. Yo te he estado esperando, y, viendo que no venías, he comido.

Lázaro no ha comido; pero ha traído unos mendrugos y una uña de vaca que ha limosneado por la ciudad; él lo cuenta así.

—Lázaro—torna a decirle afablemente el caballero—, no quiero que demandes limosna; podrían creer que pides para mí...

Pero Lázaro se sienta en el poyo y se pone a comer; el caballero pasea y le mira.

—¡Buenas trazas tienes para comer, Lázaro!—le dice por tercera vez—. ¿Es eso uña de vaca?

—Uña de vaca es, señor—replica Lázaro.

—Yo te digo—vuelve a decir el buen hidalgo—que no hay mejor bocado en el mundo, para mi gusto.

Entonces, Lázaro—que sabe que su señor está en ayunas—le ofrece un pedazo de la vianda; él titubea un poco; al fin—perdonémosle esta abdicación magna—, al fin, come. En este instante de perplejidad, ¿qué cosas

habrán pasado por el cerebro de este hombre heroico?

Por la tarde torna de nuevo a pasear el caballero por las callejas toledanas; acaso platica con unos amigos—aunque él dice que no los tiene; recoged este otro rasgo de simpatía—o acaso, desde el acantilado, mira correr en lo profundo las ondas mansas y rojizas del río. Otra vez tocan luego las campanitas de los conventos. ¿Va a una novena, a un trisagio, a un sermón nuestro amigo? Cuando entra en su casa, de regreso, le dice a Lázaro:

—Lázaro, esta noche ya es tarde para salir a comprar mantenimientos; mañana será de día y proveeremos nuestra despensa.

Y después pone su capa con cuidado sobre el poyo—luego de soplar bien—se desnuda y se acuesta.

Esto era en 1518, en 1519, en 1520, en 1521 ó en 1522. En este mismo siglo, una mujer, gran penetradora de almas—Teresa de Jesús—, escribía lo siguiente en el libro de *Las Fundaciones*: «Hay unas personas muy honradas, que, aunque mueran de hambre, lo quieren más que no que lo sientan los de fuera.»

Esta es la grandeza española: la simplicidad, la fortaleza, el sufrimiento largo y silencioso bajo serenas apariencias; ésta es una de las raíces de la patria que ya se van secando.

EL IDEAL DE MONTAIGNE

Dice usted que era un hombre jovial?

—Completamente jovial; cuando yo le serré el cráneo...

—¿Le serró usted el cráneo?

—Lo hice como médico forense; Alejandro era uno de mis mejores amigos; este es uno de los trances más dolorosos que me han ocurrido en la vida.

—¿Cómo murió ese hombre?

—Murió como había vivido: sin tristezas ni dolores, sin causar pesadumbre a nadie.

—Ese era el ideal de otro hombre a quien yo estimo también mucho y que vivió hace tres o cuatro siglos: el filósofo Montaigne. Este filósofo quería morir en una posada. «Vivamos y riamos entre nuestras gentes, y va-

yamos a lamentarnos y morir entre las desconocidas», decía él.

—Alejandro era uno de esos hombres que llevan una alegría absurda por donde van.

—Entre todas las alegrías, la absurda es la más alegre: es la alegría de los niños, de los labriegos y de los salvajes, es decir, de todos aquellos seres que están más cerca de la Naturaleza que nosotros. ¿Cómo era Alejandro?

—Era alto, grueso, con el cuello recio y la cabeza pequeña.

—¿Era rico?

—Estaba bastante bien; pero se gastó toda su fortuna divirtiéndose y viajando. Cuando murió, ya le quedaba muy poco; la muerte vino a tiempo.

—¿No tenía hijos?

—Era soltero; él decía que no sentía ansias porque su nombre se perpetuase en el mundo.

—Ese es otro punto de semejanza con el filósofo que antes he citado. Este Montaigne tampoco deseaba ver perpetuada su estirpe. «Yo me consuelo fácilmente de lo que sucederá en el mundo después que yo me marche», escribía él. ¿Dice usted que Alejandro viajaba?

—Iba con frecuencia a Madrid; allí llegó a ser muy conocido. Un día entró en un café y mandó decir que todo lo que estaban tomando los concurrentes lo pagaba él. «¿Quién paga? ¿Quién paga?»—iban preguntando los parroquianos. Y entonces, él, cuando todos estaban mirándole, se subió a una mesa y comenzó a pronunciar un discurso con palabras incongruentes.

—Estaría alcoholizado.

—No, no se emborrachaba jamás; lo que él gustaba era comer bien y mucho. Esta fué la causa de su muerte.

—¿Murió de apoplegía?

—Sí, señor. Estábamos una noche de broma en el Casino viejo... ¿Usted no ha conocido el Casino viejo?

—No, señor.

—Desapareció hace ya muchos años. Estábamos allí una noche cenando, y Alejandro no estaba con nosotros. Todos lo echábamos de menos. Pero Alejandro no podía faltar: pronto lo vimos asomar por la puerta. Entonces comenzó la alegría... Yo recuerdo que, después de la cena, cuando trajeron el café, yo cogí una copa, la llené de ron y se la ofrecí a Ale-

jandro. Él la tomó y la tuvo un momento en la mano: luego se la bebió. Pero, cuando apartó la copa de los labios, hizo una mueca de disgusto y me dijo estas palabras, que parece que aún estoy oyendo: «Esta copa me ha sabido a veneno».

—¿Por qué dijo eso?

—No sé; tal vez era un presentimiento. El ron no tenía nada; todos bebimos de él... Cuando ocurría esto era la una de la noche. Yo me marché, porque me gusta madrugar. «Hasta mañana», le dije a Alejandro. «¿Vendrás por aquí?», me preguntó él. «Sí, después de comer», contesté yo. Conmigo se vinieron también tres o cuatro amigos, pero Alejandro se quedó allí con dos o tres más, que eran los más bullangueros.

—¿Qué hacían allí?

—Charlaban y bebían. Lo que pasó después yo lo sé porque me lo ha contado muchas veces el conserje. Alejandro, cuando asistía a estas francachelas, tenía por costumbre bailar al final una danza de su invención.

—¿La había inventado él?

—Podía muy bien haberla inventado: era una serie de saltos y de piruetas estrafalarias.

Esta noche bailó también. Los demás tocaban las palmas y cantaban, y él saltaba en medio del corro con su corpachón gordo. Pero, de repente, así que había ya bailado un gran rato, se apartó del grupo y fué a sentarse a una mesa. Ya en la mesa, puso el codo sobre el mármol, apoyó la cabeza en la palma de la mano y cerró los ojos.

—¿No les extrañó ésto a los demás?

—No, de ningún modo; los demás estaban un poco bebidos; aparte de que esto de que Alejandro se pusiera a dormir después de una comilona era cosa corriente.

—¿Y qué hicieron cuando Alejandro comenzó a dormir?

—Se marcharon. Alejandro, cuando cerró los ojos, dió unos ronquidos. «Ya está durmiendo Alejandro»—dijeron todos, y se fueron. Entonces el conserje hizo que su mujer trajera una manta y una almohada, las pusieron en el suelo y, entre los dos, cogieron a Alejandro para acostarlo. Tenga usted presente que, cuando Alejandro acabó de dar los ronquidos de que he hablado antes, ya estaba muerto. El conserje me ha referido muchas veces que, cuando él y su mujer cogieron a

Alejandro para acostarlo, él dijo: «¡Demonio, lo que pesa esta noche don Alejandro!...» Así pasó la noche Alejandro. Al día siguiente el conserje entró en el salón y vió que aún estaba tal como él lo dejara. «¡Don Alejandro! ¡Don Alejandro!»—le gritó. Pero Alejandro no se movía; entonces le tiró de un brazo, le tiró de una pierna y vió, horrorizado, que la pierna y el brazo estaban rígidos... Yo le hice la autopsia el mismo día; le serré el cráneo y creí que no llegaba nunca a la masa encefálica. ¡No he visto nunca unos huesos tan recios! Dentro no había más que una chispita de cerebro.

—De modo que, ¿será preciso no tener sesos para ver alegre la vida?

—Es posible...

LA VELADA

Don Juan, doña María, Pepita están sentados ante la chimenea; las llamas bailan, ondulan, lamen la negra losa del hogar. Han llamado allá fuera, en la puerta.

—¿Quién será?—dice doña María.

—No sé—dice don Juan—. Serán Perico y Lola...

—Hombre—replica doña María—, ¿crees que, con este tiempo que hace, se habrán atrevido a salir de casa?

Ha caído durante todo el día una espesa nevada; la inmensa llanura sembradiza, que rodea la vieja ciudad, está blanca; los olivos son penachos blancos; las cepas de las viñas, sepultadas en la nieve, son montoncillos blancos; tal vez por los caminos se ven las hondas

huellas de las ruedas de un carro y las pisadas—que cruzan a una parte, que tornan luego a la otra—de un viandante...

—Son ellos—dice doña María, oyendo hablar en el zaguán.

Y de pronto, en la puerta de la sala, se oye una voz clara, fina, de mujer, que dice:

—¡Buenas noches!

—Y otra voz sonora, recia, de hombre, que también dice:

—¡Buenas noches!

¿No habéis reparado nunca en la jovialidad en la fuerza, en la expansión íntima y profunda de esta pequeña frase? En los pueblos esta pequeña frase tiene un significado que no tiene en ningún otro paraje. Hemos estado todo el día en nuestros bancales, en nuestras viñas; hemos hablado del riego, de la poda, de la siembra; tal vez hemos leído un rato en uno de estos libros llenos de polvo que hay en un estante que nunca se abre; acaso nos hemos aburrido dos horas en el Casino; si es el tiempo de moler la aceituna, nos hemos pasado por la almazara y hemos visto cómo chorrea el aceite en los cofines, que las prensas aprietan, y por la noche, tras la cena, nos sentamos

ante la lumbre. Entonces es cuando oímos este breve grito de «buenas noches»; en las manos tenemos las tenazas con que estamos tizoneando; nosotros suspendemos nuestra tarea y volvemos la cabeza.

—¡Caramba!—exclama don Juan—. Yo creí que no vendrías esta noche.

—Y ¿qué ibamos a hacer solos en casa?—observó doña Lola.

—Yo no tengo miedo al frío—dijo jovialmente don Pedro, recogiéndose la capa y sentándose en una silla.

Y después, haciendo una transición en tono grave:

—Oye, ¿ha venido hoy a hablarte Luis?

—No; ¿Por qué lo preguntas?—replica don Juan.

—Le he visto—dice don Pedro—esta mañana en la Herrada...

—¿Has estado esta mañana en la Herrada?—le ataja don Juan.

—Sí, he ido a ver que tal marcha la aceituna; creo que el martes comenzaré a cogerla... He encontrado a Luis cuando volvía; hemos hablado sobre un cambio que quiere hacer contigo, del majuelo que tiene en la Fontana,

por el bancal tuyo de los Calderones; él me ha preguntado si a ti te parecería esto aceptable. «Hombre, no sé—le he dicho yo—; lo más que puedo yo hacer es indicárselo a Juan cuando le vea esta noche.»

Don Juan, que tiene las tenazas en la mano, se inclina sobre el fuego y remueve ligeramente los leños en silencio; acerca una brasa que se había distanciado un poco; da la vuelta, para que se queme bien, a un grueso tronco de olivera.

Y tras breve silencio, pregunta lentamente:

—¿Dices que el majuelo de la Fontana por el bancal de los Calderones?

—Eso me ha dicho—replica don Pedro.

Don Juan torna a hurgar el fuego. Doña María, doña Lola y Pepita, que cuchicheaban, han callado. El viento ruge, a intervalos, fuera; se oye de tarde en tarde, allá a lo lejos, el golpeteo de una ventana, de una de estas ventanas locas, inquietas, misteriosas, que golpean en las noches de viento en un sobrado, en una trastera, en una cámara, en uno de esos cuartos en los que no se entra casi nunca, y que en nuestra niñez nos han causado un vago

espanto. Las llamas bailan, ondulan. Se oyen unas largas, graves campanadas.

—Hombre, te diré—exclama al cabo don Juan; después se detiene un poco.

—¿Es el bancal de los Calderones?—pregunta doña María, que ha estado esperando a ver lo que decía don Juau y que ya no puede contenerse.

—Eso quiere Luis—dice don Pedro—; él tiene sólo, separado de sus labores, el majuelo de la Fontana, mientras a vosotros puede conveniros el cambio, porque al lado de él tenéis las tierras de la Solana...

—Sí—dice don Juan—; pero yo creo que el bancal de los Calderones es mucho mayor que el majuelo de la Fontana.

—No te lo niego—replicó don Pedro—; pero ten en cuenta que el majuelo tiene muy buenas cepas, que ya podrán producir bastante este año.

Se hace otro largo silencio. En las paredes hay dos, tres lienzos viejos, patinosos, negruzcos; las perdices están inmóviles, metidas en sus jaulas; de cuando en cuando, alguna abre sus ojuelos redondos, ribeteados de rojo, se remueven un poco y da unos sonoros picotazos

en los recios barrotes de mimbre. Otra vez suenan a lo lejos, en el viejo reloj de la ciudad, unas campanadas largas, graves. Las llamas corren tenues, azules, sobre los recios troncos. Don Pedro, que ha acabado de liar un cigarro, da unas ligeras palmadas y hace otra transición—del tono grave al tono jovial.

—¡Caramba, Pepita!—exclama—. Tú, ¿qué dices? ¿Te gusta más el bancal de los Calderones, o el majuelo de la Herrada?

Pepita es una muchacha delgada, blanca. rubia; su cara es finamente, suavemente ovalada; en sus ojos, anchos, grises, hay unas tenues ojeras azules. Pepita tiene sus manos, blancas, largas, cruzadas sobre las rodillas. Pepita enarca las cejas sonriendo, separa sus manos, y dice:

—Yo no sé, don Pedro; las dos cosas serán buenas...

—¡Nada, nada!—replica don Pedro con un aire de importancia cómica—; aquí no podemos dar un paso sin que tú nos digas lo que hemos de hacer...

Luego, viendo cómo asciende y se disipa el humo del cigarro, exclama de pronto en un tono más familiar, más íntimo:

—Oye, ¿a que no sabes a quien he visto esta tarde en la calle de la Abadía?

Pepita se sobresalta un poco; tal vez aparecen unos vivos carmines en sus mejillas, unos carmines que hacen que resalte el tono de oro de estos rizados, sedosos, deliciosos aladares rubios que Pepita tiene sobre las sienes. Don Pedro guarda un momento silencio; acaso se complace viendo esta leve y callada angustia de Pepita. Después dice:

—He visto a Rosarito con Antonio; dicen que han hecho ya las paces, y por lo que yo he visto, no cabe duda de que las han hecho muy bien.

La suave y armoniosa curva del pecho de Pepita ondula un poco; por fin, lo que ha dicho este malicioso y enredador don Pedro no era lo que ella temía.

—Sí, sí—exclama Pepita con esa precipitación y jovialidad con que hablamos cuando vemos pasado un peligro que se cernía sobre nosotros—. Sí, sí. ¡Anda!, pues si Rosario estaba enferma desde que la dejó Antonio y era ella la que quería volver a tener relaciones...

—Yo—dice doña Lola—los he visto esta

tarde, a las dos, en la novena de la iglesia vieja.

Se hace otro largo silencio. Fuera, en la calle, retumban, de rato en rato, los pasos precipitados, sonoros, de un transeunte. Estos pasos que oímos de noche, en la soledad, en el silencio, tienen un ruido extraño. Las calles están obscuras, desiertas; acaso allá en la remota lejanía se oye la voz plañidera, larga, de un sereno; tal vez—si estas viejas ciudades tienen ferrocarril—se percibe también el silbato apagado, imperceptible, de una locomotora. Y entonces, de todos estos ruidos—los pasos, la voz, el silbido, el golpeteo de la ventana, el crujir de los troncos en la chimenea, los picotazos rítmicos de las perdices—, entonces, de todo esto se forma como una síntesis suprema, como un coro profundo, misterioso, que es la voz eterna, incomprendida, de las cosas.

Don Pedro tizonea con las tenazas; doña María, doña Lola y Pepita charlan. ¿Será ya tarde? El viejo reloj torna a sonar. Ha llegado la hora de recogerse. Cuando todos salen a la puerta para despedirse, en la negrura de la noche destaca el blanco vago, indeciso, de la nieve que tapiza la calle; en los retablos

brillan los farolillos, que el viento hace oscilar.

Y las dos siluetas de don Pedro y de doña Lola se alejan con un ruido de pasos sonoros, se pierden a lo lejos...

EL PEZ Y EL RELOJ

He aquí una pequeña paradoja que dedico al querido humorista Luis Gabaldón... Yo estoy profundamente triste. Yo me siento en una silla liviana del balneario, frente al mar ancho; tal vez mis pensamientos divagan, frente a esta inmensidad, sobre la otra inmensidad del tiempo y del sucederse inacabable, eterno, de los hombres y de las cosas. Pero un mozuelo irrespetuoso se me apropincua y me pide diez céntimos; este es el precio de la silla. Yo doy los diez céntimos. Y otra vez, ya libre de esta momentánea impureza de la realidad, mi espíritu vuela férvido, raudo, por los espacios infinitos. Yo me levanto; un filósofo peripatético no puede estar sentado. Entre los grupos de gráciles muchachas, yo marcho si-

nuoso, aspirando la fresca brisa, viendo cómo sobre el fondo esmeralda del mar se perfilan, en bella concordancia, los bustos femeninos, henchidos, ondulosos. De cuando en cuando, un tranvía llega; tropeles de bañistas hacen irrupción en el balneario. Se ríe, se charla, se forman corros con las sillas. Allá abajo, en la arena, sobre el tapiz dorado, otras figuras negras se remueven, marchan, y entre ellas pasan y pasan los bañistas, con sus trajes menguados. Tal vez sale de las ondas una bella dama, chorreante, encogida, pegado al cuerpo el traje, y entonces un grupo se detiene, la mira ansioso, silencioso, y ella cruza sobre la fina arena despacio, con ese gesto—que ya conocéis—de quien, importándole mucho una cosa, quiere dar a entender que no le importa. Acaso el bañista que surge del piélago terrible es un varón, y entonces las gentiles muchachas de la playa le miran, sonríen, cuchichean, en tanto que él, un poco avergonzado, con su malla corta, desteñida, emprende una ligera carrera, hasta atrapar la choza.

Yo observo todo esto y torno a sentarme. ¿Por qué, siendo yo un devoto de Aristóteles, estoy siempre sentado? Otra vez este mucha-

cho inevitable se me acerca: me pide diez céntimos. Son los diez céntimos de la silla. Yo le doy los diez céntimos. Y vuelvo a divagar sobre la eternidad, sobre el tiempo, sobre el origen de la vida, sobre las causas finales y sobre el problema del conocimiento. Cuando he estado un rato inmóvil, fija la vista en las aguas glaucas, torno a levantarme. La variedad es uno de los encantos de la vida; procurad tener siempre variedad en vuestras cosas. Esta es la causa de que yo deje el salón del balneario y baje a la playa. En la playa se ven los lindos pies de las señoras, recostadas en los cestos. Los pies chiquitos, arqueados, calzados con nuevos y elegantes zapatos, son uno de los mayores atractivos de la mujer; procurad que la mujer que améis tenga los pies chiquitos. Yo los voy contemplando todos con la discreción con que un modesto observador de la vida ha de hacer estas cosas. Quizá esta espléndida señora por cuyo lado paso, se halla muy cerca de mí, para que yo pueda realizar mi observación; entonces yo—estad atentos—dejo caer mi pequeño bastón ante ella y me inclino, como es natural, a recogerlo...

Y cuando he ido de un lado para otro, yo experimento vehementes deseos de sentarme en una cesta. Estas cestas constituyen para un filósofo de mis dimensiones una novedad sorprendente; el lector ya las conoce; son a modo de diminutas hornacinas de mimbre. Pero yo declaro que no las había visto nunca sino en las fotografías, y claro está que jamás me había aposentado en ellas. Hay deseos fútiles en la vida, que tienen, sin embargo, para nosotros una excepcional importancia. ¿Os confesaré que yo, desde la infancia, cuando viajaba hacia el colegio, he sentido la secreta ansia de comer en la fonda de una estación, entre el bullicio de los viajeros, mientras suenan los timbres y los silbatos de las locomotoras? Después, siendo ya hombre, he satisfecho muchas veces mis ilusiones de muchacho, y he visto, con profundo dolor, que el comer en las estaciones es una triste cosa...

¿Iré a esperimentar también en este momento otra cruel decepción? Ante mí tengo una de estas misteriosas cestas; yo me siento, emocionado; los mimbres crujen un poco; una tenue y grata satisfacción hace vibrar mis nervios. Yo me digo a mí mismo que esto es

admirable, y considero al mismo tiempo que con las piernas extendidas, con el puño del bastón en la boca, con el sombrero un poco echado hacia la frente, debo tener cierto aspecto de hombre mundano y distinguido. Yo miro con discreción a un lado y a otro para ver si soy observado por estas damas elegantes. Pero yo compruebo que estas damas no miran y que, en cambio, un hombre vestido de blanco se adelanta hacia mí con un diminuto papel verde en la mano. Yo experimento cierto asombro. ¿Quién es este hombre? ¿Qué quiere? ¿Qué significa este papelillo que me presenta? Este hombre me reclama diez céntimos: son los diez céntimos de la cesta. El sentarse en una cesta cuesta diez céntimos. Yo los entrego. Acaso una vaga desilusión comienza a asomar en mi espíritu; la vida, ¿será una cadena de decepciones inacabables, perdurables, como estas olas que llegan presurosas a morir en la arena? Y esta consideración frívola, prosaica, me lleva a otros más hondos y desconsoladores pensamientos. Pero ¿por qué entregarse a la melancolía en un balneario rumoroso, ameno, donde las muchachas rien y sonríen? No; decididamente, esto es ab-

surdo. Y para desvanecer estos funestos desvaríos, vuelvo al salón y luego a la terraza. Las terrazas tienen una utilidad innegable; desde ellas se pueden dominar panoramas extensos y pintorescos. Una inmensa llanura azul se abre ante mi vista. La contemplo un momento de pie: ante mí hay una silla. ¿Por qué no he de sentarme en esta silla? Yo me siento. Y cuando mis ideas vuelan de nuevo por las esferas filosóficas, veo que un desconocido se va acercando a mí. De nuevo torno a sentir una extraña emoción. Este desconocido me pide diez céntimos: es lo que cuesta el sentarse en la terraza para ver el mar ancho. Yo le doy los diez céntimos. Y mi espíritu, ya contristado, ya puesto en la pendiente de la desesperanza, comienza a caer en un abatimiento hondo...

Será preciso marcharse de la playa, pasear por la costa, tomar el tranvía. Tomar el tranvía me parece una idea excelente. Yo lo tomo; yo llego a Santander y voy caminando por los muelles. Aquí veo unos pescadores. Los pescadores son seres estimables; los pescadores nos enseñan la paciencia: procurad también, si estáis un poco fatigados de vuestras mujeres,

el dar un pequeño paseo junto a los pescadores. Yo veo que a intervalos—no, por desgracia, muy breves—este excelente pescador que observo tira del implacable hililllo y saca un pescado blanco, de plata. Primero, allá en lo hondo, entre las aguas glaucas, se ve una mancha blanca, informe; rápidamente, esta mancha se va agrandando y perfilando, al mismo tiempo que traza una línea sinuosa; luego, el pez es arrancado de su elemento y vuela por el aire; por fin, llega a las manos feroces del pescador. Y éste es el momento terrible; el pescador lo desentraba del anzuelo y lo echa en un lóbrego cesto... Pero esto lo hacen así, prosaicamente, los pescadores vulgares. Este pescador que yo observo, cuando tiene en la mano uno de estos gruesos «panchos» vivos, brillantes, con escamas de plata, con irisaciones áureas en las aletas; cuando tiene en la mano uno de estos pescados, que él ha cogido tras larga y pacienzuda espera, se lo lleva al oído, finge que escucha un momento en silencio, y luego exclama, volviéndose hacia los espectadores, sonriente: «Dice que quiere volverse abajo; pero yo le he dicho que se esté aquí un rato con nosotros». Los espectadores

ríen también, en tanto que el pez brinca en la cesta. Y yo digo a mi vez y para mí mismo: «Este pescador es el mayor ironista de Santander.»

El descubrimiento me regocija, y ya voy a retirarme alegre y satisfecho, cuando en este punto ocurre el acontecimiento más considerable y emocionante de mi veraneo sentimental. Las grandes cosas han de ser relatadas con palabras sencillas. Yo tengo mi reloj en la mano, es un pequeño reloj Waltham, plano como este pez, brillante como este pez, ligero como este pez. Yo lo he sacado, naturalmente, para mirar la hora. Pero en el mismo instante en que yo estoy contemplando su blanca esfera, este pescador, que ha acabado de cebar el anzuelo, lo echa de pronto hacia atrás, con objeto de lanzarlo con más fuerza hacia delante. Yo, para evitar que este anzuelo haga presa en mi pequeño sombrero, doy un violento salto, y en el mismo instante mi pequeño reloj salta también al agua. ¿Comprendéis mi estupefacción? Yo lo miro absorto: él, ligero, desenvuelto, desciende entre las ondas tenebrosas como un pez libre, jovial, y desaparece al fin en lo profundo. Y yo, des-

pués de permanecer un rato inmóvil, me alejo de este triste paraje. Y yo torno a decirme: «Este pez, que salta y vuelve a saltar en la cesta, debería hallarse en las aguas, suelto y alegre, en vez de estar en tierra firme; y este reloj, que se ha perdido entre las ondas, debería reposar en mi bolsillo, en lugar de marcharse a convivir con salmonetes, lenguados, rodaballos, panchos y merluzas. ¿Por qué este trastrueque del orden natural de las cosas? ¿En virtud de qué misteriosas, impenetrables causas se ha producido este fenómeno? ¿No es esto algo así como cuando ponemos nuestras ilusiones en un ideal y luego la realidad triste nos lleva por distintos caminos? ¿No es esto una imagen de nuestros destinos, de nuestras vidas, de nuestros amores, de nuestras ambiciones desarregladas, trastocadas por el azar y por el infortunio?»

He aquí una pequeña paradoja que dedico al querido humorista Luis Gabaldón. Yo estoy profundamente triste.

SILUETAS DE ZALDIVAR

Canduela.

¿DÓNDE he conocido yo a Canduela? ¿En alguna novela de Galdós? ¿En *El amigo manso*, en *Lo prohibido*, en *El doctor Centeno*, en *Angel Guerra*? Canduela se halla sentado a la mesa, frente a vosotros; tiene la cabeza redonda, fina, y en ella, a los lados, sobre las sienes, dos largas y angulosas entradas; Canduela lleva un bigote que parece recortado, un bigote que os recuerda los bigotes de los oficinistas de 1850, un bigote grueso, negro, que de pronto se estrecha y acaba en dos puntas agudas; Canduela viste un traje sencillo, gris, de alpaca; Canduela luce una corbata indefinible, que creéis haber visto mil veces sobre

el pecho de un oficial quinto, de un violinista que toca en un café, de un viajante de comercio, de un estudiante de Medicina; Candueia come en silencio, como todos, lo mismo que el vecino de la derecha, y el vecino de la izquierda, y el vecino de enfrente. Y vosotros lo miráis un momento, y decís: «He aquí un hombre perfectamente vulgar; he aquí un pobre hombre; tal vez un empleado de un Ministeterio; acaso un pequeño industrial.»

Pero os engañáis. De pronto, Canduela, que está hablando con don Bernardo dice: «Yendo yo una vez en el rápido de Bruselas a París...» Entonces vosotros suspendéis en el aire el tenedor que os lleváis a la boca, y miráis asombrados a Canduela. Y Canduela sigue comiendo, correcto y sencillo. Y vosotros tornáis a decir: «Sin duda, este pobre señor ha viajado alguna vez, por casualidad, en un expreso extranjero.» Pero Canduela se ha puesto a charlar otra vez con don Emilio. Y oís que dice, hablando de un conocido: «Sí; lo conocí, porque tiene su abono en el Real al lado del mío...» Y otra vez volvéis a levantar la vista y a mirar con más sorpresa, con más asombro, a Canduela. Y así, poco a poco, os vais ente-

rando de que Canduela—sucesor de un famoso banquero—tiene una fortuna considerable, y ha viajado por países extraños, y vive en una casa soberbia, y se pasea en coche cuan-le place. Y entonces os recogéis sobre vosotros mismos, aunáis todas vuestras impresiones, y volvéis a decir: «He aquí un hombre sencillo, llano, natural; he aquí uno de estos hombres raros, excepcionales, que lo son todo, y tienen el arte exquisito de no parecer nada.»

Y cuando van pasando los días, cuando habéis hablado ya largamente con Canduela, veis que este pobre hombre es un madrileño de casta, ejemplar y resumen del verdadero madrileño, es decir, un hombre fino, flexible, irónico, un poco desencantado, cortés, diligente, intuitivo, ingenioso... Sin Canduela, la vida en Zaldívar no se concibe. Canduela viene todos los años; de aquí pasa a San Sebastián; de San Sebastián pasa a Biarritz. Canduela es amigo de todos; os entera en dos palabras sobre la vida de tal o cual bañista; os regala de cuando en cuando una frase ingeniosa. Canduela encanta a todas las señoras con su frivolidad sobria y oportuna. El les pregunta el primero qué tal lo han pasado en la ex-

cursión que acaban de realizar; él les tiende la mano en el estribo del coche; él finge con ellas un ligero enfado cómico por tales o cuales fruslerías.

—Marquesa, estoy muy incomodado con usted.

La marquesa de Peña-Fuente, esta dama discreta, un poco ingenua, que todos conocéis, le mira estupefacta.

—¿Por qué, Canduela?

—Ha pasado usted esta mañana por el parque y no me ha saludado.

—¡Por Dios, Canduela!—exclama la marquesa con esa voz un tanto llorosa que vosotros todos también recordaréis.

Y Canduela baja la cabeza sobre el plato y simula un mutismo hosco, terrible...

Don Bernardo.

Este es el reverso de la medalla, es decir, un hombre que os inspira tales o cuales fantasías, pero que en realidad no tiene nada de extraor-

dinario... Cuando estáis más tranquilos en la mesa oís una gran voz que grita enfurecida:

—Pero ¿qué escándalo es éste? Pero ¿es que vais a estar así toda la vida?

Se trata de don Bernardo, que apostrofa a una criada porque el intervalo de plato a plato se le antoja muy largo. ¿Os extrañarán estos furores de don Bernardo? ¿Creeréis que el gritar de este modo en la mesa redonda es acaso abusivo? No lo extrañéis; don Bernardo, según confesión propia, viene a Zaldívar desde hace treinta y nueve años. ¿Cómo no tener derecho a chillar? ¿Cómo no tener derecho a indignarse si transcurren cuatro minutos en inacción forzosa de las mandíbulas? Imaginad un manchón ovalado, rojo, encendido; poned en él dos diminutos granos de mostaza, trazad en la parte inferior una pincelada blanca, y luego, perpendicular a ésta, otra ancha pincelada blanca... y tendréis el retrato de don Bernardo.

—Don Bernardo—dice Canduela—, ¿sabe usted a quién ví el otro día en Solares? A Benito.

—¡Hombre!—exclama con una voz recia don Bernardo.

Y se hace un largo silencio; y cuando creéis que ya el tema de este rápido diálogo ha sido olvidado, exclama don Bernardo:

—¡Ya hace tiempo que no le he visto!

—Está muy grueso—replica Canduela.

—No—observa don Bernardo—; digo que no he visto Solares hace tiempo.

—Debe ser un edificio nuevo—dice Canduela.

—Es antiguo—contesta don Bernardo—; pero habrán hecho reformas.

No me preguntéis más sobre la vida y dichos de don Bernardo. Ya no sé más; nadie sabe más; sería absurdo saber más. Cuando os retiráis de la mesa y vais a coger vuestro sombrero en la percha, veis un tremendo rotén, que más bien semeja el tronco gigantesco de un árbol. Este es el bastón de don Bernardo; él lo ha cortado en el bosque y ha ido haciendo en su corteza, con la navaja, mil pintorescos círculos y arabescos. Y después de comer, don Bernardo se aleja por la fronda, apoyado en esta pértiga colosal, con sus ojuelos microscópicos, con su cara encendida, con su barbilla blanca como un fauno, solitario, feroz...

Merceditas.

¿Podré yo olvidar a Merceditas Arechavala? ¿Podía yo hablar de las condesitas lozanas y olvidar a Merceditas Arechavala? Merceditas no es condesa; Merceditas no tiene, acaso, un tenue y lindo mohín de desdén para con vosotros, pobres burgueses, que no poseéis un fragmento de pergamino. Merceditas es una cubana dulce, suave, inteligente, afectuosa... Merceditas es alta, llena, airosa, un poco pálida, con el pelo negro; y cuando se pone uno de esos trajes—que aman tanto las americanas—un poco fastuosos, azules, con adornos blancos, rosados, con estrechas rayas blancas, vosotros creéis tener ante los ojos una de esas antiguas fotografías que habéis visto en los álbums olvidados o en las salas cerradas desde hace largo tiempo; una de esas fotografías desteñidas, claras, de mujeres que no conocéis, qne no sabéis dónde han vivido ni cómo se han llamado, pero que os inspiran una súbita y profunda simpatía.

—Merceditas, cante usted «La Tosca», aquello del acto segundo.

Y Merceditas, de pie ante el piano, esbelta, majestuosa, va cantando, cantando la melodía admirable con voz bajita, dulce, suave, acariciadora, insinuante, mientras en un ángulo del diván las condesitas lozanas permanecen encogidas, silenciosas, como sugestionadas por esta otra aristocracia imperecedera del corazón y de la inteligencia.

María.

Hablo de María Esteban-Collantes.

—María, ¿por qué tiene usted ese gestecillo de tristeza?

Y María calla, porque no sabe qué contestar.

—María, sonría usted.

Y María sonríe. Y vosotros no podéis imaginaros la luz misteriosa, sugestionadora, que estas sonrisas de mujeres instintivamente melancólicas tienen.

De las dos hermanas—Manolita y María—.

Manolita es la vivaracha y María es la grave. A simple vista os percataréis de sus temperamentos respectivos. Manolita es fina, flexible, de líneas correctas; María está más llena y sus ademanes son más lentos. Cuando Manolita se sienta a tocar el piano y da una nota falsa, ella no se para, sino que sigue, sigue, saltando por encima de todo, loquilla, reídora; cuando María comete un lapsus, por ligero que sea, ella se detiene y torna hacia atrás, y no prosigue hasta que el error ha sido perfectamente subsanado.

María no charla a gritos ni ríe en estrepitosas carcajadas, ni ama los atavíos llamativos. A las diez, cuando el salón está más animado, María da un beso al conde—su padre—y se sube a acostarse. Pero María no duerme. Su cuarto está junto al mío. Una hora después, cuando yo subo, veo una rayita de luz bajo la puerta. ¿Qué hace María? ¿Escribe? ¿Lee? ¿Qué libro lee María? ¿A quién escribe María? No, no imaginéis que María lee un libro de versos sentimentales, ni que escribe una larga carta patética. María no es romántica. Hay mujeres que nacen para amantes, otras que nacen para monjas, otras que nacen para solteras impe-

nitentes, otras que nacen para esposas. María Esteban-Collantes ha nacido para esposa.

Vosotros os casáis con María (no tendréis tanta dicha; es un supuesto); un día, a la semana de vuestra boda, o a las dos semanas, o al mes, decís, parándoos ante ella, un poco perplejos, rascándoos mientras tanto la cabeza:

—María, esta noche no vendré a casa...

Y María, sin mostrar pesadumbre, sin sonreir, con naturalidad, contesta:

—Bien.

Otro día, al cabo de poco, volvéis a decir, también confusos, también temerosos:

—María, mañana tendré que estar fuera durante todo el día.

Y María torna a decir, con la misma naturalidad encantadora:

—Bien.

Y pasa el tiempo; vosotros tenéis vuestros agobios domésticos; hay deudas que no se pueden pagar por el momento; existen atenciones, en cambio, cuya satisfacción es imposible demorar. Vosotros estáis mohinos, apesadumbrados. María nota vuestras angustias...

—María—le decís vosotros—, nos hace falta comprar tal cosa y no tenemos ahora dinero...

Y entonces, María, se levanta en silencio, abre un armario y os presenta una cajita repleta de billetes y de monedas, que ella, poco a poco, día tras día, ha ido ahorrando.

Esta es María Esteban-Collantes.

SILUETAS DE URBERUAGA

La masa.

DON Juan, don Andrés, don Rafael, don Julián, don Félix, don Alejandro, don Pascasio, don Tomás, don Ramón, don José, don Ignacio, están sentados a la mesa. Don Juan, don Andrés, don Rafael, don Julián, don Félix, don Alejandro, don Pascasio, don Tomás, don Ramón, don José, don Ignacio, son como todos los hombres que vosotros tratáis en la calle, en el tranvía, en el teatro, en la oficina, en la redacción, en el Congreso, en el Ateneo. Tal vez don Ignacio lleva en sus labios una vaga sonrisa melancólica; acaso don Ramón tiene una ligera palidez en su rostro; quizá don Rafael os mira vagamente con ojos

apagados; es posible que don Pascasio haga un tenue visaje de tristeza ante ciertos manjares, con los que no se atreve. Pero todos ríen, charlan, fuman, beben, marchan por los pasillos, pasean por la carretera y se aventuran a salir a los montes. Don Juan, don Andrés, don Rafael, don Julián, don Félix, don Alejandro, don Pascasio, don José, don Ignacio, toman las aguas de Cestona; mas el dolor en los hepáticos es un dolor discreto, opaco, que no parece localizado en agudos y torturadores aguijonazos en una víscera tan sólo, sino extendido, difluído por todo el cuerpo en una sensación vaga de desasosiego y malestar. ¿Comprendéis por qué se puede vivir en el hotel de Cestona como en otro cualquiera confortable y mundano hotel? Mas la decoración cambia bruscamente desde Cestona a Urberuaga. Ya en Urberuaga no veis un solo niño. En Cestona atruenan con sus trapatiestas y correrías los pasillos desde la mañana hasta la noche. En Urberuaga no columbraréis ni uno tan solo. En Cestona, el veraneante toma rápidamente su baño en un cuarto elegante, claro, limpio, inodoro, y el resto del día tiénelo libre para sus tráfagos y devaneos; puede

decirse que en Cestona el bañista es un señor que por casualidad, por capricho, se mete en el agua diez minutos. En Urberuaga, un ambiente de ansiedad, de preocupación, de recelo, de sospecha trágica, de desesperanza honda y latente pesa sobre vosotros. El bañista no es un veraneante: es un enfermo. Y ya no son los diez minutos frívolos y joviales de Cestona: son horas y horas de marcha febril por los pasillos con la toalla liada al cuello. Y es la larga complicación de operaciones enojosas que es preciso realizar y sufrir todos los días: el baño, las pulverizaciones, las inhalaciones, las vaporizaciones, la toma de agua en bebida, las consultas ansiosas y desesperadoras al médico. ¿Cómo ha de quedar tiempo en Urberuaga para otras cosas? ¿Cómo ha de haber en vuestro espíritu lugar para otra preocupación que no sea esta de la eficacia de las aguas? Y, enardecidos, enervados, recogidos sobre sí mismos, puesto el pensamiento en el proceso imperceptible de un hondo mal, caminan de sala en sala en un ambiente de éter, de cloruro, de vapor escapado de las pulverizaciones, todas estas figuras pálidas, cóncavas, que tosen en largos y

profundos carraspeos, o en breves, bruscas, interminables toses...

Los dos.

Yo veo a los dos a todas horas: él está intensamente pálido; ella está intensamente pálida. El camina lento; lleva un traje claro: ella camina despacio; viste una blusa blanca y una falda azul. Los dos son delgados, altos; los dos callan, uno junto a otro; los dos se sientan bajo un árbol en la explanada de la puerta; los dos leen un libro en que sus miradas hondas se clavan durante horas. ¿Son hermanos? ¿Son marido y mujer? Yo no lo sé: yo los veo en todos los momentos juntos, caminando a lo largo de la carretera o sentados bajo los árboles. Y adivino en ellos un convivir monótono, doloroso. Y siento en mi espíritu sus largos silencios, sus actitudes de ansiedad, sus gestos de cansancio. A veces, un diálogo rápido es entablado entre los dos. ¿Qué dicen? ¿Qué palabras misteriosas son las que salen de sus labios? Él, recostado en la mecedora, ha ergui-

do su busto y habla vivamente con ella; ella replica con la misma viveza. Él guarda un momento de silencio y torna luego a dirigirle la palabra a ella... Y entonces ella se levanta y marcha, fina, esbelta, elegante, hacia la casa, de donde torna al cabo de un momento, mientras él, abatido, con el sombrero echado atrás, con un mechón negro sobre la frente, pone los codos sobre los muslos y apoya la cabeza entre las manos...

María.

María es la nota jovial del balneario.

—María, ¿me da usted un clavel?

María arranca un clavel y lo arroja a la calle. El bañista pasa: es un joven con ancho jipijapa y rojas botas lucientes.

—María, ¿me da usted un clavel?

María arranca un clavel y lo arroja a la calle. El bañista pasa: es un viejo reidor, de mostacho gris retorcido.

—María, ¿me da usted un clavel?

María arranca un clavel y lo arroja a la

calle. El bañista pasa: es un señor de barba ancha, con una gorra de visera caída.

—María, ¿me da usted un clavel?

Y María ríe, grita, protesta, jovial y ruidosa, y se retira del balcón. Porque María no tiene más claveles o—y esto es lo más seguro—no no quiere desprenderse de aquellos que le quedan.

¿Habéis ojeado los «Caprichos», del maestro Goya? ¿Recordáis aquellas figuras femeninas, esbeltas, flexibles, ondulantes, serpenteantes? Yo tengo ante los ojos uno de estos «Caprichos»: es una maja de pie, al desgaire, con el peinado bajo. con la mantilla que llega hasta los ojos, con el abanico apoyado en la boca. Detrás de ella, una mendiga se ha acercado a requerir su caridad; ella, desenvuelta, ligera, vuelve hacia ella su cara con gesto de desdén, y la leyenda dice: «Perdone por Dios..., y era su madre...»

Y bien; esta maja es María; no quiero decir yo que María sea despiadada, implacable, feroz. No, no; he citado este «Capricho» ,porque es acaso aquel en que el maestro ha puesto un tipo de mujer más esbelto, más grácil, más desenfadado, más elegante. Y María es un tipo

parejo a éste; mas, si la observáis de cerca, si examináis sus ademanes, su gesto, su manera de andar, de sentarse, de levantarse, de atravesar un salón, veréis—y éste es su encanto originalísimo—que en ella el tipo de la maja castiza se entremezcla y confunde con el tipo novísimo de la mujer bilbaína... Y vosotros, al llegar aquí, preguntaréis: pero, ¿existe, en realidad, un tipo de mujer bilbaína? ¿No es esto una ficción? ¿No es esto, tal vez, una galantería? No, no, lector. Hace pocas tardes yo contemplaba, desde el pórtico de un café, allá en Bilbao, frente al puente, a prima tarde, el desfile ligero e incesante de las lindas mujeres.

El cielo estaba gris; el ambiente era fresco.

Pasaban, corrían, cruzaban, se entrecruzaban coches, camiones, automóviles, tranvías; a la izquierda, un denso humacho negro se elevaba ante la arcada—hierro y cristal—de la estación de la Robla; a la derecha, la fronda de los árboles del paseo ponía su telón claro. Se oían silbatos agudos, resoplidos de locomotoras, gritos de conductores, trotes de caballos, chirridos de «troleys»... Y por el centro de la ancha vía, encaminadas hacia el puente o de regreso del puente, iban y venían, entre

el estrépito, las bilbaínitas con sus tocados estivales, blancos, rosa, azules, un poco inclinadas hacia adelante, un poco rígidas, nudosas, fuertes, tal vez con los pies un tantico grandes, pero calzadas todas, todas—y este es un detalle indefectible— con botas irreprochables, con botas negras, con botas brilladoras, con botas elegantes...

Y he aquí ya expuestas a la ligera, en dos palabras, las características de la mujer bilbaína; acaso, si pertenece a las clases altas, notaréis en ella—crecida y educada en una época de enriquecimiento precipitado—un tenue matiz de ostentación y de ingenuidad en su atavío. Mas, bien pronto, todo lo olvidaréis ante su belleza fuerte y severa, ante sus ademanes decididos, ante el ímpetu y el imperio de su persona...

María es también fuerte, nudosa, y tiene una barbilla suave, que se repliega con un encanto extraordinario sobre el enhiesto cuello planchado. María marcha también con el busto un poco inclinado, y sus brazos caen sueltos a lo largo del cuerpo. María anda asimismo—característica acaso la más notoria de la mujer bilbaína—, no rauda, no seguida, no con un

paso uniforme y simétrico, sino con una serie armónica de rápidos e intermitentes avances, que concuerda en maravillosa sincronia con el ademán y con el tipo. Por la mañana, María se pone sobre la blusa blanca una mantilla, y así, medio arrebozada la cara, al regreso de misa, se asoma al balcón de los claveles. Entonces creéis ver esta maja de Goya de que os he hablado, o bien esas otras manolas de la ermita de San Antonio, que el maestro ha pintado, sobre un barandal recostadas.

Por la noche, tras la cena, María canta un zortzico al piano, o baila valses o rigodones... El joven marqués de Pestagua, derecho, juntos los pies, se inclina ante ella con un rígido movimiento de «gentleman». «María, ¿me hace usted el honor de este vals?» Y María se levanta, y los dos giran y giran rápidos por el salón, sobre las tablas lustrosas, resbaladizas. Y como María es viuda, veis en ella, mientras baila, mientras camina, mientras se sienta, mientras se levanta, cierta placidez, cierta majestad, cierto sosiego en que se trasluce tal vez desencanto infinito...

LA ANDALUCÍA TRÁGICA

I

En Sevilla.

No os habéis despertado una mañana, al romper el día, de una noche de tren, cansados, enervados, llenos aún los ojos del austero paisaje de la Mancha, frente a este pueblo que un mozo de estación con voz lenta, plañidera, melódica, acaba de llamar Lora del Río? Asomáos a la ventanilla del coche; tended vuestras miradas por la campiña; el paisaje es suave, claro, plácido, confortador, de una dulzura imponderable. Ya no estamos en las estepas yermas, grises, bermejas, gualdas, del

interior de España; y a el cielo no se extiende sobre nosotros uniforme, de un añil intenso, desesperante; ya las lejanías no irradian inaccesibles, abrumadoras. Son las primeras horas del día; una luz sutil, opaca, cae sobre el campo; el horizonte es de un color violeta nacarado; cierra la vista una neblina tenue. Y sobre este fondo difuso, dulce, sedante, destacan las casas blancas del poblado y se perfila pina, gallarda, aérea, la torre de una iglesia, y emergen, acá y allá, solitarias, unas ramas curvadas, unas palmeras. ¿Qué hay en este paisaje que os invita a soñar un momento y trae a nuestro espíritu un encanto y una sugestión honda? ¿Es el pueblo que se columbra a lo lejos, bañado por esta luz difusa de la mañana? ¿Son las paredes blancas que irradian iluminadas por el sol que ahora nace? ¿Es este hálito profundo de sosiego que en este punto respiramos? Pero la voz plañidera de antes ha vuelto a resonar en los andenes; el tren torna a ponerse en marcha; poco a poco, va perdiéndose, esfumándose a lo lejos el pueblo; apenas si las fachadas diminutas refulgen blanquecinas. Y vemos extensas praderías verdes, caminos que se alejan serpenteando en amplios

recodos, cuadros de olivos cenicientos, tablares de habas, piezas de sembradura amarillentas. Y en el fondo, limitando el paisaje, haciendo resaltar toda la gama de los verdes, desde el obscuro hasta el presado, un amplio telón de un azul sombrío, grisáceo, plomizo, negruzco, se levanta. Y ante él van pasando y perfilándose durante unos momentos los cortijos blancos, los pueblecillos con sus torres sutiles, las ringleras de álamos apartados, los anchurosos rodales de alcacel tierno. El tren corre vertiginoso. Ahora aparece un pedazo de río que hace un corvo y hondo meandro, bordeado de arbustos que se inclinan sobre sus aguas; ahora surge un huertecillo con una vieja añora rodeado de frutales en flor; ahora unos inmensos trigos aparecen y desaparecen rápidos, cuajados de florecillas rojas, de florecillas gualdas, de florecillas azules. El tren corre, corre veloz. Nuestras miradas descubren otro pueblo: es Cantillana. Abajo, en primer término, paralela a la vía, corre una línea de piteras grisáceas; más arriba, se extiende un inmenso ámbito de un verde claro; más arriba destaca una línea de álamos; por entre los claros del ramaje asoman las casas blancas del

poblado; y más lejos aún, por lo alto del caserío, la serranía adusta, hosca, pone su fondo zarco. Y en sus laderas, rompiendo a trechos la austeridad del azul negro, aparecen cuadrilongos manchones de un verde claro.

Ya la mañana ha ido avanzando. El cielo, pálido, suave, se muestra rasgado en la lejanía por largas y paralelas fajas blancas. Ya nos acercamos al término del viaje; torna a aparecer en lontananza otro poblado por entre los espacios del ramaje: es Brenes. Luego vemos de nuevo el río en otra sinuosidad callada, con sus aguas terrosas; después volvemos a contemplar otro camino que se pierde allá en los montes; más tarde, viene por centésima vez otro ancho prado, llano, aterciopelado, por el que los toros caminan lentos y levantan un instante sus cabezas al paso del convoy...

El tren sigue corriendo. Allá, en la línea del horizonte, imperceptible, velada ante la bruma, aparece la silueta de una torre. Nos detenemos de pronto ante una estación rumorosa. ¿No veis aquí ya, en los andenes, yendo y viniendo, los tipos castizos, pintorescos de la tierra sevillana? ¿No observáis ya estos gestos, estos ademanes, estos movimientos tan pecu-

liarės, ton privativos de estos hombras? ¿No archiváis, para vuestros recuerdos, esta manera de comenzar a andar, lentamente, mirando de cuando en cuando las puntas de los pies? ¿Y este modo, cuando se camina de prisa, de zarandear los brazos, tendidos a lo largo del cuerpo, rítmicamente, sin chabacanismo, con elegancia? ¿Y esta suerte de permanecer arrimados a una pared o a un árbol, con un aire de resignación suprema y mundana? ¿Y el desgaire y gallardía con que un labriego o un obrero llevan la chaquetilla al hombro? ¿Y esta mirada, esta mirada de una profunda y súbita comprensión, que se os lanza y que os coge desde los pies a la cabeza? ¿Y este encorvamiento de espaldas y de hombros que se hace después de haber apurado una copa? La gente va, viene, grita, gesticula a lo largo de los andenes. «¡Manué! ¡Rafaé! ¡Migué!», dicen las voces; retumban los golpazos de las portezuelas; silba la locomotora; el tren se pone en marcha. Y entonces, la distante silueta de la torre gallarda va rápidamente destacándose con más fuerza, creciendo, surgiendo limpia, esbelta, por encima de una espesa arboleda, entre unos cipreses negros, sobre el fondo de

un delicado, maravilloso cielo violeta. Y ya comienzan a desfilar los almacenes, las fábricas, los talleres que rodean a las grandes ciudades. Estamos en Sevilla. El tren acaba de detenerse. Cuando salís de la estación, un tropel de mozos, de intérpretes, de maleteros, os coge el equipaje; un turbión de nombres de hoteles entra en vuestros oídos. Mas vosotros sabéis que estos hoteles son iguales en todas las latitudes; vosotros tenéis ansia de conocer cuanto antes, en tal cual viejo mesón, en este o en el otro castizo parador, a todas estas netas sevillanas, a las cuales el poeta Musset quería dar unas terribles serenatas «que hiciesen rabiar a todos los alcaldes, desde Tolosa al Guadalete».

A faire damner les alcaldes
de Tolose au Guadaleté.

Y estos empecatados mozos y caleseros no os entienden; tal vez se han acabado ya los mesones y paradores clásicos en Sevilla. Y así, os conducen rápidos, frívolos, a una fonda que tiene un blanco y limpio patio en el centro y en que hay unas mecedoras y un

piano. Esto os place, sin duda; mas vosotros no tardáis en dejar este patio, estas mecedoras y este piano y en saltar sobre el primer tranvía que pasa por la puerta. Las calles son estrechas, empedradas, limpias, sonoras; parece que hay en ellas una ráfaga de alegría, de voluptuosidad, de vida desenvuelta e intensa. Veis los patios nítidos y callados de las casas a través de cancelas y vidrieras; en las fachadas de vetustos casones destaca la simbólica madeja; pasan raudas, rítmicas, las sevillanas, con flores rojas o amarillas en la cabeza; leéis en los esquinazos de torcidas callejas estos nombres tan nobles, tan sonoros, de Mañara, de Andueza, de Rodríguez Zapata; en los balcones cuelgan ringlas de macetas, por las que desborda un raudal de verdura. El tranvía corta vías angostas, cruza plazas, corre a lo largo de anchas avenidas con árboles.

—¿Y Salú?—le grita al cobrador una mujer desde la acera.

El cobrador es un sevillano menudito, airoso, que lleva colgada sobre el hombro la bolsa con una elegancia principesca.

—¡Hoy tá mehó!—contesta a la pregunta con una voz sonora.

Hemos pasado junto a la catedral; atrás queda la cuadrada y gentil Giralda; cruzamos frente a la puerta de San Bernardo; a dos pasos de aquí se columbra el matadero. ¿No son estos mozos que platican en estos corros los célebres y terribles giferos sevilanos de que nos habla Cervantes en *Los perros de Maudes*?

Y después, por las afueras de la ciudad, bordeamos las viejas dentelleadas murallas y tornamos a internarnos en las callejas serpenteantes; los vendedores lanzan sus salmodias interminables y melancólicas; en un mercado, un viejo hace subir y bajar por largas cañas unas figurillas de cartón. ¿No veis en este hombre un filósofo auténtico? ¿No os agradaría tener una amena conversación con este sevillano?

Mas todavía existen otros seres más filosóficos en Sevilla; pensad en estos barberos enciclopédicos que vemos al pasar frente a sus barberías; pensad también en estos increíbles pajareros que hacen maravillas estupendas con sus pájaros, de todos tamaños y colores. ¿No hay en el ambiente de esta ciudad algo como un sentido de la vida absurdo, loco, jovial, irónico y ligero? ¿No es esta misma lige-

reza, rítmica y enérgica a la par, una modalidad de una elegancia insuperable? Las ideas se suceden rápidamente; la vida se desliza en pleno sol; todas las casas están abiertas; todos los balcones se hallan de par en par; gorjean los canarios; tocan los organillos; los mozos marcan sobre las aceras cadenciosos pases de vals; se camina arriba y abajo por las callejas; se grita con largas voces melodiosas; los músculos juegan libremente en un aire sutil y templado; livianos trajes ceñidos cubren los cuerpos. Y así, en este medio de enervación, de voluptuosidad, nacen las actitudes gallardas, señoriles, y un descuido y una despreocupación aristocrática nos hacen pasar agradablemente entre las cosas, lejos de las quimeras y los ensueños hórridos de los pueblos del Norte... (1).

Mas nuestro paseo ha terminado; se va acercando la hora de dejar a Sevilla. Hay otros moradores en tierras andaluzas para quienes la vida es angustiosa. Esa es la Andalucía trágica que ha venido por lo pronto a buscar

---

(1) ¡Eh, cuidado, señor Azorín, con esto, escrito en 1905! Fíjese usted.—(Nota de Azorín en 1914.)

el cronista. Aquí queda nuestra ilusión de un momento por todas estas sevillanas que caminan airosas por las callejas con la flor escarlata en sus cabellos de ébano.

II

En Lebrija.

Ya estoy en Lebrija. Yo no quiero engañar al lector; yo no soy un sociólogo, ni un periodista ilustre, ni un diligente *reporter*; yo soy un hombre vulgar a quien no le acontece nada. «Lo que a mí me ocurre—decía Montaigne—es toda mi física y toda mi metafísica.» Yo ni aun estas palabras del maestro puedo hacer mías.

Ya me encuentro en Lebrija.

—¿Cómo se llama usted?—le he preguntado yo a este mozuelo.

—Benito López Cano—ha contestado él.

Y yo he replicado:

—Pues bien, Benito López Cano, yo le doy a usted las gracias y, además, dos reales.

Este lebrijanito, descalzo, tostado por el sol, con unos ojos vivarachos, ha traído desde la estación, sobre los hombros, mi vieja y raída capa de hidalgo. A las once, el tren ha llegado a Lebrija; desde la estación se veía el pueblo a lo lejos; una torre fina, grácil, resaltaba por encima de las blancas fachadas y de los tejados negruzcos. El cielo era de un azul pálido, mate, suave; caía el sol ardoroso, cegador, sobre la campiña. Y los sembrados, que ondulan sobre las lomas y se extienden sobre la llanada entre cuadros grises de olivos, amarillean acá y allá, mustios, casi agostados, casi secos. Y vamos caminando por un ancho camino polvoriento bordeado por dos ringlas de áloes.

—¿Hay muchas fondas en Lebrija, Benito?—le pregunto yo a mi flamante amigo.

Él se detiene un poco, vuelve la cabeza, abre anchos los ojos y contesta:

—¡Ca, no zeñó; no hay má que una!

Y es preciso ir a esta única fonda. Ya comenzamos a caminar por las calles de Lebrija. Las casas son blancas, anchas, de dos pisos; las puertas y los balcones aparecen cerrados.

Surge a trechos, entre las viviendas modernas, un viejo caserón con su escudo enjalbegado de cal nítida. Y las rejas, estas vetustas rejas de Lebrija, estas rejas anchas, estas rejas nobles, estas rejas soberbias, sobresalen todas sobre la acera un gran espacio y forman como diminutas estancias cerradas con cristales interiormente. Y no se oye en todo el pueblo ni un grito, ni un ruido, ni una canción; de cuando en cuando, por las calles espaciosas cruza un labriego, con su ancho sombrero blanco, grasiento, que se para un instante, os mira con su mirada atenta y torna a proseguir en su marcha indolente, melancólica, resignada, tal vez sin rumbo.

Y así llegamos a la plaza; unas palmeras doblan en ella sus ramas inmóviles, brillantes; entre sus troncos surge el follaje obscuro de los naranjos. Y en el centro, sobre un pedestal de granito, un busto en bronce de Lebrija destaca con su cara rapada y sus guedejas. El sol reverbera fulgurante en las blancas paredes; el aire es caliginoso; hay en un costado de la plaza unas sombras anchas y gratas, y en ellas, sentados con gestos de tedio, de estupor, reposan quince, treinta labriegos, con

los sombreros caídos sobre las frentes. En lo alto, por el cielo pálido, implacablemente diáfano, pasan lentas, con sonoros aleteos, unas palomas; una campana deja caer unas vibraciones cristalinas, largas.

—Benito—le digo yo a mi guía—, ¿dónde para esa fonda?

—¡Ya etamo!—dice él, señalando una casa.

La fonda está en un recodo de la ancha plaza.

—¡A la paz de Dios!—grito yo cuando pongo los pies en el zaguán.

Nadie contesta. Yo repito con voz más recia:

—¿No hay nadie aquí?

—¡Consolación, Consolación!—se oye gritar allá en una pieza remota.

Yo he pasado por un zaguán largo y estrecho; luego he visto una puerta recia y me he aventurado a atravesarla; por fin, he llegado a un patizuelo blanco, claro, limpio, sosegado, donde un gato ceniciento duerme al sol y un canario trina voluptuoso. En las paredes penden unos paisajes rudimentarios, chillones, ingenuos; hay también un retrato de Castelar, encuadrado en uno de sus discursos de las Cortes Constituyentes; hay, asimismo, una

lámina de las que se reparten a los suscriptores de *La Educación Política*, con efigies de Serrano, de Prim, de Méndez Núñez, de Espartero y de López Domínguez. En los ángulos del patio aparecen macetas de evónimus y aligustres; el pavimento es de losetas rojas; una barandilla pintada de verde corre por lo alto, en el piso de arriba...

Y Consolación no parece. Yo vuelvo a llamar, dando unas recias palmadas. Todo está en silencio; oigo de pronto un taconeo rítmico, ligero, y veo luego ante mí, en el umbral de una puerta, una moza alta, gallarda, con unos ojos anchos, negros, y una flor roja, encendida, puesta sobre la frente. Esta moza es, sin duda, Consolación.

—Perdone usted, Consolación—la digo yo—he venido a ver si había cuarto en esta fonda.

Es muy bonita Consolación. ¿Por qué no he de contar yo estas cosas pequeñas? En la fonda hay, en efecto, un cuarto.

—¿Ha almorzado usted ya?—me pregunta la moza.

—No, Consolación—le digo yo sonriendo—no he almorzado todavía.

Y Consolación me hace pasar al comedor;

si no temiera yo ser impertinente, volvería a decir que Consolación anda con una gallardía, con una gracia extraordinaria, y, sobre todo, que, cuando sirve a la mesa, cuando os quita un plato de delante para llevárselo, da una vuelta rápida y elegante, que hace que su vestido revuele un poco y aparezca un pie breve, agudo, enarcado sobre un tacón enhiesto. Yo voy comiendo, y, mientras tanto, miro a Consolación; así, la comida transcurre rápidamente, como un soplo. Y de que he despachado las viandas, pienso que es necesario hacer lo que mil veces he hecho en los pueblos y haré otras tantas veces. Ya sospecháis que aludo a la ida al Casino. El Casino está en la plaza; la plaza permanece desierta, silenciosa; allá, en la sombra ancha y grata, los labriegos siguen sentados, inmóviles, cabizbajos, con sus sombreros sobre la frente.

—¿No se llama usted Antonio?—le pregunto yo al mozo del Casino.

—No—dice él—; me llamo Juan.

—Juan—torno yo a decirle—, ¿cómo marcha este pueblo?

Juan da un hondo suspiro, enarca la ceja, aprieta los labios y, al cabo, dice:

—Má, mú má; no hay d'aquí...

Y al decir ésto, hace ante la boca con su mano derecha un movimiento con que quiere indicar el acto de comer. Yo estoy solo en el Casino; no he visto nunca un casino de pueblo con un mayor ambiente de familiaridad, de sosiego, de intimidad. Es un salón espacioso y cuadrado de una vieja casa solariega; la luz entra a raudales por cuatro anchos balcones; cuando se cierran las persianas, un claror verde y suave se difluye por la vetusta estancia y deja en una vaga penumbra a las dos camillas—tan agradables—y los dos viejos sofás negros, de gutapercha, tan simpáticos. Una columna de piedra sostiene el techo, una estera limpia se extiende por el piso...

Y no hay nadie en este Casino; son las dos de la tarde.

—Juan, ¿no viene nadie a este Casino?—pregunto yo.

—No, señor, no viene nadie—contesta Juan, tristemente.

—Pero, ¿y los socios? ¿Y los señores del pueblo?—digo yo.

—Los señores, no vienen ninguno—dice él, con el mismo aire melancólico.

Los señores no salen de sus casas, no ponen sus plantas en la calle. «Hace pocos días—me decía en Sevilla un prestigioso periodista—, hace pocos días tuve que ir a un pueblo de la provincia a ver a un amigo, y me aseguró que hacía dos meses que no salía a la calle.» La muchedumbre campesina no es mala; tiene, sencillamente, hambre. La sequía asoladora que reina ha destruído los sembrados; las viñas están desvastadas por la filoxera. ¿Cómo van a salir del tremendo conflicto que se avecina propietarios y labriegos? Lebrija es una población de 14.000 almas; hay en ella unos 3.000 jornaleros. De estos 3.000, unos 1.500 son pequeños terratenientes; tienen su pejugar, tienen su borrica. Los otros no cuentan más que con el producto de su trabajo; mas todos, unos y otros, están ya en igual situación angustiosa. Existía antes para estos braceros un recurso: casi todos ellos encontraban trabajo en los viñedos cercanos de Jerez. Pero Jerez atraviesa por honda crisis; no puede dar trabajo; los jornaleros de Lebrija no salen ya de este término. Todos están parados, inactivos. «Es un dolor—me dicen los propietarios—ver cómo estos buenos trabaja-

dores entran en nuestras casas y nos dicen que no pueden comer, que sus mujeres y sus hijos tienen hambre.» Desde el 18 de Febrero los propietarios están facilitando medios de vida a los labriegos; el Ayuntamiento reparte entre ellos lo que recauda en consumos. Pero estos recursos van agotándose; lo que a cada labriego toca apenas si puede hacerle tolerable la vida; la crisis se va acentuando de día en día; la paciencia se va acabando; hace pocas noches la muchedumbre, exasperada, entró a saco en una tienda de comcstibles. ¿Qué sucederá dentro de ocho, de diez, de veinte días? ¿No hay acaso ninguna solución por el momento?

Hay, lector, un medio de conjurar, por lo pronto, el conflicto; pero es preciso no olvidar que estamos en España.

Todos estos obreros de Lebrija, el año pasado, en circunstancias análogas a éstas—pero menos apremiantes—encontraron trabajo en las obras del camino vecinal a Montellano; hoy se lograría aplacar la crisis con la construcción de la carretera a Trebujena. La carretera está ya concedida; mas la orden para que comiencen las obras no acaba de llegar.

¿Por qué oficinas será preciso andar para lograr tal orden? ¿Qué cúmulo de firmas habrá que conseguir? ¿Qué gruesos y terribles cartapacios será necesario abrir y cerrar? ¿Cuántos y cuántos ordenanzas galoneados tendrán que ir arriba o abajo por los sombríos pasillos de los ministerios? ¿Qué conferencias tendrán que celebrar el jefe de este negociado, el director de tal ramo, el oficial tercero de esta oficina y el oficial segundo de la otra?

En tanto, estos buenos labriegos caminan lentos, entristecidos, hoscos, por las calles de Lebrija; se sientan en la plaza anonadados; tornan a levantarse; entran en su casa; oyen los lamentos de sus mujeres, de sus hijos; vuelven a salir; tornan a recorrer, exasperados, enardecidos, por centésima vez, las calles...

Hè aquí las dos Españas. No hagáis, vosotros, los que llenáis las Cámaras y los ministerios, que los que viven en las fábricas y en los campos vean en vosotros la causa de sus dolores...

III

Los obreros de Lebrija.

En el artículo anterior hemos tratado de bosquejar el fondo; ahora vamos a apuntar las figuras. Estamos todos reunidos en torno de una mesa anchurosa, en el Casino, metidos en un cuarto cerrado, frente a frente, mano a mano, dispuestos a charlar con espacio.

—Vamos a ver—digo yo, dirigiéndome a Pedro, que se encuentra a mi izquierda—. Vamos a ver; yo deseo que ustedes me digan lo que piensan con franqueza sobre esta situación.

Pedro considera con rápida mirada a los demás; los demás son Juan, Pepe Luis, Manuel, Ginés y Antonio. Todos van vestidos con sus chaquetillas ceñidas, livianas, sutiles, de blanco lienzo; todos tienen las caras tostadas, escuálidas, flácidas, con los ojos hundi-

dos; todos se hallan sentados con posturas un poco rígidas, con los sombreros puestos sobre los muslos. Y Pedro—un viejo de ojos claros, vivos, elocuentes—se ha vuelto hacia mí, ha dado una vuelta entre sus manos a su chapeo, y ha dicho:

—Esto, ya lo ve usted, no puede estar peor...

—Lo he visto—replico yo—; lo estoy viendo; pero yo quiero que me digan cómo viven en la presente situación; ustedes tienen mujer; tienen hijos. ¿De qué manera se gobiernan en sus casas en este trance?

Pedro ha callado otro breve momento.

—Hoy—ha replicado—no tenemos jornal; los trabajadores de Lebrija estamos repartidos entre los propietarios; estos propietarios dan diariamente a cada jornalero 60 céntimos. Con estos 60 céntimos ya supondrá usted que no podemos pasar; con estos 60 céntimos compramos pan, lo cocemos en agua, y eso es lo que comemos.

—Sí—observo yo—; de este modo es imposible continuar. Ustedes necesitan un jornal. ¿Que jornal ganan ustedes en tiempos normales en Lebrija?

—En tiempos normales—replica Pepe Luis —ganamos tres reales y una telera de pan.

—¿Una telera de pan?—pregunto yo—. ¿Qué es una telera?

—Una telera—dice Manuel—son tres libras.

—Además—añade Pedro—, nos dan media panilla de aceite y un poco de vinagre.

—¿Cuánto es una panilla?—torno a preguntar yo.

—Una panilla—dice Pedro—es la centésima parte de una arroba.

—¿Cuántas libras tiene la arroba de aquí?

—La arroba de aquí tiene 25 libras.

—Perfectamente—digo yo—, perfectamente; pero con tres reales, una telera de pan, media panilla de aceite y un poco de vinagre creo que no se puede vivir.

—Y tenga usted en cuenta—añade Pedro— que no tenemos este jornal durante todo el año; muy afortunado puede considerarse el que de los doce meses trabaja seis.

—Entonces—digo—, ¿cuánto creen ustedes que debe ser el jornal mínimo diario? Pedro, Juan, Pepe Luis, Manuel, Ginés, Antonio, ¿quieren ustedes que hagamos la cuenta por

la menuda de lo que ustedes necesitan para comer?

Todos sonríen un poco.

—¡Vamos allá!—exclama Pedro.

—¡Ea, lo va uté a vé!—gritan Juan, Pepe Luis, Ginés, Manuel y Antonio.

—Ante todo—digo yo—supongamos que la familia de usted, Pedro, se compone de usted, de su mujer y de tres chicos.

—¡Esa es la familia que tengo precisamente!—exclama Pedro.

—En este caso—replico yo—, no tenemos que imaginar nada. Usted, Pedro, necesita pan. ¿Cuánto pan necesita usted todos los días?

—Necesitaré tres kilos. ¿Le parece a usted mucho?

Yo me apresuro a protestar.

—No, no, Pedro; de ningún modo; me parecen muy bien tres kilos.

—Tres kilos los contaremos a 36 céntimos el kilo.

—¡Y ha de ser morenito, morenito pa no exageralo!—observa Pepe Luis.

—Aceite, ¿cuánto?

—Dos panillas, o sea un real.

—Habichuelas, ¿cuántas?

—Un kilo, que cuesta 36 céntimos.

—¿Patatas?

—Patatatas le pondremos 10 céntimos.

—¿Carne?

Pedro se detuvo un momento; Juan, Pepe Luis, Manuel, Ginés y Antonio sonríen.

—Carne—dice al fin lentamente Pedro—, carne, no la probamos.

—¿Vino?

Se hace un nuevo silencio y surgen nuevas sonrisas.

—Vino—dice Pepe Luis—, de cá tré mese un vasillo.

—Pues pasemos al alquiler de la casa—digo yo.

—Los alquileres suben a 14, 16 y 18 reales mensuales—prosigue Pedro—. Pongamos por la casa 15 céntimos diarios.

—Veamos ahora la ropa. ¿Qué gastan ustedes en ropa?

—Ya lo está usté viendo.

Yo veo las chaquetillas ligeras, astrosas, los pantalones raídos, las botas despedazadas, los sombreros grasientos, agujereados.

—¿Cuánto quiere usted que pongamos para la ropa?—vuelvo yo a preguntar.

—Pongamos—dice Pedro—30 céntimos diarios.

—¿Y tabaco?

—De tabaco, 10 céntimos.

—¿Está ya todo? ¿No queda el gasto de la barbería y el de la limpieza de la ropa?

—Por la barbería no pondremos nada; nos afeitamos nosotros mismos. En cuanto al lavado de la ropa, le parece a usté que destinemos 5 céntimos para jabón y que añadamos otros 10 para leña con que guisar?

—Está bien—agrego yo—; vamos ahora a sumar.

Y la suma arroja un total de 2 pesetas 49 céntimos.

—Pedro, Juan, Pepe Luis, Manuel, Ginés, Antonio—les digo a mis amigos—; las cuentas que acabamos de echar no pueden ser tachadas de escandalosas; están calculados todos los gastos con bastante modestia. Y bien: si ustedes ganan 3 reales de jornal y necesitan, tirando por lo bajo, 9 reales y 24 céntimos, ¿qué hemos de hacer? ¿Cómo vamos a resolver este conflicto? ¿Qué ideas son las de ustedes? Yo agradecería que ustedes me hablaran con entera confianza, como a un

compañero. Las obras de la carretera que todos esperamos no harán sino aplacar esta angustia presente; el problema tornará a resurgir. Ustedes han pensado muchas veces sobre él: ¿qué creen ustedes que debemos hacer?

Pedro, Juan, Pepe, Antonio, Ginés, Manuel y Pepe Luis se han mirado en silencio. ¿Tenían reparo en exponer su escondido criterio ante un desconocido? Y de pronto, este Antonio, que ha permanecido callado durante toda la conferencia, ha levantado la cabeza y ha comenzado a hablar. Antonio es uno de estos hombres tímidos, apocados, encogidos, que callan, que conllevan todo resignado, pacientes, y que, de pronto, cuando menos lo esperamos, se yerguen en actitudes bravías y tienen en sus palabras y en sus obras una audacia y un ímpetu estupendos. Yo quiero que temáis y respetéis a estos hombres, que a vosotros os parecen insignificantes y opacos, a estos hombres que pasan inadvertidos por la vida: ellos hacen las cosas grandes, ellos son tremendos, ellos guían e inspiran a las muchedumbres en las revoluciones.

—En Lebrija —ha dicho Antonio—existen

grandes extensiones de terrenos incultos; esos terrenos son los que creemos nosotros que el Estado debe expropiar a sus propietarios y vendérnoslos a nosotros a largos plazos. Hoy hay en el pueblo pequeñas parcelas de tierra arrendadas a los labriegos; pero estos arrendamientos no sirven sino para enriquecer a los intermediarios. Yo, por ejemplo, llevo una fanega de tierra arrendada; yo pago por ella 31 pesetas y 25 céntimos. La persona a quien yo entrego esta cantidad no es el dueño de la tierra; esta persona a su vez tiene arrendado este pedazo y entrega por él al verdadero propietario tan sólo 11 pesetas. Y así, lo que va de diferencia entre lo que yo entrego y lo que él entrega es lo que yo creo que se me cobra a mí injustamente. Y éste no es un caso extraordinario; he de advertir a usted que ya en Lebrija se va generalizando este sistema, y que los propietarios van arrendando sus tierras a unos pocos acaparadores, que, a su vez, las subarriendan a los pequeños terratenientes. Y no es esto lo más grave de todo; lo más grave, y fíjese usted bien en ello, es que, cuando se rotura una dehesa y es arrendada a un jornalero una parcela, este jornalero

la cultiva con todo esmero, la limpia con cuidado, la hace producir lo más posible, y entonces, cuando se halla en este estado, el dueño se la quita al jornalero para arrendarla en un precio mayor a otro solicitante; es decir, que el labriego ha trabajado durante unos años para mejorar unas tierras y que, cuando esta mejora se ha realizado, resulta que sólo sirve para que el dueño de la tierra se enriquezca...

Antonio ha callado un instante.

—Pero, Antonio—le digo yo—, aun cuando esos terrenos incultos se expropiaran y repartieran, ¿qué iban ustedes a hacer con ellos? ¿No necesitarían ustedes medios para comenzar a cultivarlos?

—No se nos oculta—contesta Antonio—; nosotros sabemos que el Estado no puede acometer esta reforma sin fomentar a la par el crédito agrícola. Faltan cajas y bancos que suministren a bajo precio dinero al labrador. Hoy, en Lebrija, por ejemplo, no hay ni un propietario que facilite un duro a un jornalero, fiado en sólo la persona de éste; el crédito directo no existe; el trabajador necesita que le abone una persona de capital; para tomar

25 pesetas es preciso que tenga, por lo menos, bienes por valor de 500 el que ha firmado. Y después hay que contar con que la tasa del préstamo asciende, como regla general, a un 25 por 100, y que hay que pagar al corredor y convidarlo, y que es preciso gastar también los 25 céntimos del documento.

Yo oigo atentamente cuanto me dice Antonio; sus compañeros asienten a sus palabras.

—Y esto que ustedes me dicen a mí ahora—resumo yo—, ¿lo han pedido ustedes alguna vez en público?

—¡Mil veces, mil veces!—gritan todos.

Y Antonio, más vehemente, más exaltado:

—Cuando nosotros pedimos esto, cuando nosotros solicitamos un permiso para celebrar una reunión, se nos mandan cuarenta o cincuenta guardias civiles. El Gobierno no conoce otro medio de solucionar la cuestión social. No se escuchan nuestros razonamientos; no se contesta a ellos; se nos enseñan los cañones de los fusiles, y con eso creen haber cumplido su misión ante la sociedad los ministros.

Y luego, con voz más queda, más tranquila:

—Nosotros estamos ya cansados.

Ya están cansados los buenos labriegos de

Lebrija; ya están cansados los labriegos de toda Andalucía; ya están cansados los labriegos, los obreros, los comerciantes, los industriales de toda España. Ya estamos cansados los que movemos la pluma para pedir un poco de sinceridad, de buena fe, de amor, de reflexión a los hombres que nos gobiernan. ¿Qué va a venir después de este cansancio?

¿No es ésta una interrogación formidable?

IV

Los sostenes de la patria.

Esta mañana, a las ocho, don Luis ha venido a buscarme. ¿No conocéis a don Luis? ¿No conocéis a este hombre tan inteligente, tan discreto, tan bueno, tan abnegado, tan afable? Don Luis es alto, cenceño, delgado; está un poco pálido; anda un poco encorvado; tose de rato en rato un poco. Y cuando se detiene en un corro de convecinos, en su marcha rápida, afanosa, febril, a través de las calles del pue-

blo, don Luis da unos fuertes resoplidos, se pasa la mano por la frente, atusa ligeramente su tupé y comienza a hablar con voz regia, imperativa, pintoresca, que poco a poco va apagándose, apagándose, hasta que don Luis calla de pronto, se lleva la mano al pecho y suspira con un leve suspiro.

—Señor Azorín, ¿estamos ya?

—Estamos ya, señor don Luis.

Y entonces comenzamos a andar por las calles anchas del pueblo; las saledizas, espaciosas rejas verdes, sobresalen en las aceras.

Luego nos internamos en las calles de los barrios obreros. Y hemos penetrado en un patizuelo blanco, empedrado, en que resonaban nuestros pasos.

—¡Gente!—ha gritado don Luis—. ¡El médico!

Seis u ocho puertas se abren en torno de todo el patio; levantamos la cortina que pende ante una de ellas. Y en este punto, por todas las demás puertas han ido saliendo los moradores de la casa. Y yo he visto estos rostros flácidos, exangües, distendidos, negrosos de los labriegos. Y estas mozas escuálidas, encogidas en un rincón, como acobardadas, tal vez

con una flor mustia entre el cabello crespo. Y estas viejecitas, acartonadas, avellanadas; estas viejecitas andaluzas que no comen nada jamás, jamás, jamás; estas viejecitas que juntan sus manos sarmentosas y suspiran «¡Vigen de Came! ¡Vigen de Came!». Don Luis, rápido, afectuoso, va viéndolos, examinándolos a todos: entra en un cuchitril; sale de otro; da a un mozo una palmada sobre el hombro; pasa la mano por la barbilla de un niño. Y después, cuando hemos salido de esta casa, ya en la calle, el buen doctor se quita su sombrero, se pasa la mano por la frente, se la lleva después al pecho y da un hondo suspiro.

—Señor doctor—le digo yo—. esto es verdaderamente terrible.

—Amigo Azorín—me dice él, mirándome con sus anchos ojos entristecidos—, esto no puede ser.

Y ya hemos puesto nuestras plantas en otro patio blanco y empedrado.

—¡Gente!—grita don Luis—. ¡El médico!

Y otra vez vemos las caras angustiadas, trágicas y percibimos las respiraciones fatigosas, y oímos los plañidos sordos del dolor, y con-

templamos las viejecitas acurrucadas en un rincón, que exclaman: «¡Vigen de Came! ¡Vigen de Came!» Don Luis parece que entre esta gente, durante un breve momento, hace un esfuerzo supremo, enorme: diríase que trata de iluminarse a sí mismo; su charla es ligera, amable; va presto de una parte a otra; sonríe; da esperanzas. Mas, a poco, otra vez fuera, toda su energía cae súbitamente; sus ojos se apagan; su palabra se torna lenta y opaca. ¿Qué hay en este excelente, en este discretísimo don Luis que os hace pensar en un esfuerzo que fracasa, que no llega a su máximum? ¿Qué hay en este hombre que os recuerda esas vidas que han debido tener otros más anchos y luminosos destinos y que viven, sin embargo, obscurecidas, decaídas en un ambiente que no es el suyo?

—Don Luis—grito yo—, esto es terrible.

—Señor Azorín—me dice don Luis—, yo ya no puedo más; yo estoy enfermo. Yo no puedo continuar haciendo por más tiempo este esfuerzo que hago cada vez que entro en una de estas casas.

Y después, tras una breve pausa:

—Todos estos hombres, todos estos enfer-

mos que hemos visto, son pobres: necesitan carne, caldo, leche. ¿Ve usted la ironía aterradora que hay en recomendar estas cosas a quien no dispone ni aun para comprar pan del más negro? Y esto ha de repetirse todos los días en todas las casas forzosamente, fatalmente... Y la miseria va creciendo, extendiéndose, invadiéndolo todo: las ciudades, los campos, las aldeas. Casi todos los enfermos que acabamos de ver, señor Azorín, son tuberculosos: éste es el mal de Andalucía. No se come; la falta de nutrición trae la anemia; la anemia acarrea la tisis. En Madrid la mortalidad es del 34 por 100; en Sevilla rebasa esta cifra; en este pueblo donde yo ejerzo, en Lebrija, pasa del 40 por 100.

Hemos salido en nuestro paseo a las afueras de la ciudad; ante nosotros se extiende una llanura sembradiza de un color verde mustio, apagado, amarillento a trechos; en la línea del horizonte, un vapor que recorre el Guadalquivir pone sus sutiles manchones negros sobre el cielo radiante.

—Yo no sé—prosigue el buen doctor—qué solución tendrá a la larga este problema: lo cierto, lo innegable, es que de este modo es

imposible vivir. No vivimos: morimos. Le he dado a usted el promedio de la mortalidad en este pueblo; ahora quiero especificar un poco más.

En 1899 ocurrieron aquí 461 fallecimientos. ¿Sabe usted de éstos cuántos corresponden a la tuberculosis? Cuarenta y seis, a más de 161 causados por enfermedades del aparato digestivo, es decir, por escasa o malsana alimentación. En 1900, entre 450 muertos, 44 son tuberculosos y 164 de las demás enfermedades citadas.

En 1901 las cifras son de 355, 38 y 82. En 1902 el horror sube de punto, puesto que de 431 fallecimientos, 60 son tísicos y 219 de miseria fisiológica. Y en 1903 mueren 384, entre los que se cuentan 55 tuberculosos y 133 de las demás enfermedades dichas...

—Señor doctor—le digo yo a don Luis—, esto es un verdadero espanto.

—Señor Azorín—me dice el doctor—, esta es la realidad, que yo me veo obligado a contemplar todos los días. Y sobre este dolor, en un medio tal de muerte y de ruina, ponga usted este antagonismo, este odio, cada día más poderoso, más terrible, entre el obrero y el pa-

trono. Una honda diferencia separa a unos y a otros: el patrono rebaja y escatima en el jornal cuanto puede; el obrero dilata cuanto puede los descansos en el trabajo y hace éste con la mayor desgana. Las tierras son cultivadas someramente. Enormes extensiones permanecen incultas, en tanto que los brazos están parados. Los señores viven hoscamente, metidos en sus casas; no quieren saber nada de los trabajadores; no tienen trato ni comunicación con ellos. Y el odio de estos labriegos acorralados, exasperados, va creciendo, creciendo. En 1903, cuando la huelga famosa de Lebrija, todos los sirvientes de la ciudad se pusieron de parte de los huelguistas. Las mozas, instigadas y amenazadas por los novios, abandonaron las casas; las abandonaron también estas criadas viejas que llevan a nuestro lado quince o veinte años; las abandonaron asimismo las amas que amamantaban a los niños de los señores...

—Es increíble lo que usted me cuenta, señor doctor.

—Es la verdad escueta, señor Azorín. No hay tregua ni piedad en esta lucha, de momento en momento más enconada. Este obre-

ro andaluz es bueno, es sencillo, es sumiso; pero en su cerebro se han metido dos ideas únicas, fundamentales, que constituyen a la hora presente toda su psicología; estas dos ideas son las siguientes: primera, «el amo es el enemigo»; segunda, «las leyes se hacen para los ricos». No busque usted más; será completamente inútil. Esta no es una demagogía razonada, libresca, literaria; es un nihilismo instintivo, natural, espontáneo. Y es un nihilismo que fomenta el desvío de los señores, el desamparo del Estado, la inanición, la muerte lenta y angustiosa que la tuberculosis trae a estos cuerpos exangües...

—Doctor, cuando tocan de cerca estas realidades, todas las esperanzas que pudiéramos alimentar sobre una reconstrucción próxima de España, desaparecen. Yo no he nacido en esta tierra; yo conozco, detalle por detalle, sus claros y rientes pueblos de Levante. Y en estos pueblos yo oigo lamentarse también todos los días a los compañeros de usted de los estragos que la tuberculosis hace entre los labriegos.

El doctor ha tornado a mirarme un momento fijamente con sus ojos ensoñadores, me-

lancólicos. Después ha dicho, tendiéndome la mano:

—Y este es el corolario desconsolador de nuestra charla. España es una nación agrícola: la poca o mucha consistencia de nuestro pueblo está en los campos; consideramos, entre todas las regiones españolas, como las más florecientes las del Mediodía y las de Levante. Y los labriegos de estas regiones, sostenes de la patria, hambrientos, consumidos, son diezmados por la tuberculosis.

Yo no he contestado nada al buen doctor, que, alto, cenceño, un poco echado hacia delante, se ha alejado rápidamente, afanoso, tosiendo, dando grandes zancadas, como huyendo de un espanto, de una angustia invisible.

V

Arcos y su filósofo.

¿Qué es lo que más cautiva vuestra sensibilidad de artistas: los llanos uniformes o los montes abruptos? ¿Cuáles son los pueblos que más os placen: los extendidos en la llanada clara o los alzados en los picachos de las montañas? Arcos de la Frontera es uno de estos postreros pueblos: imaginad la meseta plana, angosta, larga, que sube, que baja, que ondula, de una montaña; poned sobre ella casitas blancas y vetustos caserones negruzcos; haced que uno y otro flanco del monte se hallen rectamente cortados a pico, como un murallón eminente: colocad al pie de esta muralla un río callado, lento, de aguas terrosas, que lame la piedra amarillenta, que la va sovacando poco a poco, insidiosamente, y que se aleja, hecha su obra destructora, por la campiña adelante, en pronunciados serpenteos, entre

terreros y lomas verdes, ornado de gavanzos en flor y de mantos de matricarias gualdas... Y cuando hayáis imaginado todo ésto, entonces tendréis una pálida imagen de lo que es Arcos.

No hay en esta serranía pueblo más pintoresco. Sobre la cumbre de la montaña, la muchedumbre de casitas moriscas se apretuja y hacina en una larga línea de cuatro o más kilómetros. El poblado comienza ya en la ladera suave de una colina; después baja a lo hondo; luego comienza a subir en pendiente escarpada por la alta montaña; más tarde baja otra vez, se extiende un breve trecho por el llano y llega hasta morir en la falda de otro altozano. Y hay en lo alto, en el centro, en lo más viejo y castizo de la ciudad, unas callejuelas angostas, que se retuercen, que se quiebran súbitamente en ángulos rectos, pavimentadas de guijos relucientes, resbaladizos; al pasar, allá en lo hondo, bajo vuestros pies, veis un rodal de prado verde o un pedazo de río que espejea al sol. El ruido de los pasos de un transeunte resuena de tarde en tarde suavemente. Pasáis ante el obscuro zaguán de una casa solariega: por la puerta entreabierta, dentro, en el estrecho patio sombrío, penumbro-

so, un naranjo destaca su follaje esmaltado de doradas esferas.

Flota en el aire un vago olor a azahar; el cielo azul se muestra, como una estrecha cinta, en lo alto, entre las dos filas de casas de la vía. Y vosotros proseguís en vuestro paseo: las callejuelas se enredan en una maraña inextricable; ya suben a lo alto, ya bajan a lo hondo en cuestas por las que podéis rodar rápidamente a cada paso. Ahora, a vuestra mano izquierda, ha aparecido un largo muro: en él, a largos intervalos, vénse abiertos anchos portillos. Asomáos a uno de ellos: dejad reposar sobre el pretil vuestro cuerpo cansado: un panorama como no lo habréis visto jamás se descubre ante vuestros ojos. Nos hallamos sobre un elevado tajo de doscientos, de trescientos metros de altura; la campiña verde se pierde en lontananza en suaves ondulaciones; millares y millares de olivos cenicientos marcan en el gayo tapiz sus copas rotundas, hoscas; limita el horizonte una línea azul de montañas, dominadas por un picacho soberbio, casi esfumado en el cielo, de un violeta suave. Y abajo, al pie de la muralla, en primer término, el Guadalete trágico, infausto,

se acerca hasta lamer la roca, forma una ancha herradura, vuelve a alejarse, tranquilo y cauteloso. En las quiebras y salientes de las rocas, las ortigas y las higueras silvestres extienden su follaje; van dando vueltas y más vueltas en el aire, bajo nuestras miradas, los gavilanes y los buitres con sus plumajes pardos; desde un remanso de la corriente, un molino nos envía el rumor incesante de su presa, por la que el agua se desparrama en borbotones de blanca espuma...

Y pasan los minutos rápidos, insensibles; pasan tal vez las horas. Un sosiego, una nobleza, una majestad extraordinarias se exhalan del vasto panorama. A nuestra espalda, en las altas callejas, tal vez tintinea una herrería, con sus sones joviales, o acaso un gallo vigilante lanza al aire su canto. Y es preciso continuar en nuestra marcha para escudriñar la ciudad toda. ¿No os encantan a vosotros —como al cronista—los viejos y venerables oficios de los pueblos? ¿No he hablado mil veces, y he de hablar otras tantas, de estos herreros, de estos carpinteros, de estos peltreros, de estos alfayates morunos, de estos talabarteros? En Arcos, vosotros, al par que ca-

mináis por calles y por plazas, vais registrando con vuestra vista los interiores de tiendas y talleres. Tal vez vuestros pasos os conduzcan allá al final de una calleja serpenteante, solitaria; a la izquierda está el pretil que corre sobre el tajo, a la derecha recomienza otra vez la peña, manchada por las plantas bravías, coronada por blancas casas. Al cabo de la calle, en un recodo, os detenéis ante una puertecilla. Estáis ante la casa del hombre más eminente de Arcos; no os estremezcáis; no busquéis entre vuestros recuerdos ninguna remembranza; vosotros no conocéis a este hombre. Y, sin embargo, él, que os ha visto contemplar un momento las enjalmas, las jáquimas, los ataharres, los preteles que penden en su chiquita tienda, os invita a pasar. Y él—¿cómo podéis dudarlo de un andaluz?—os va contando toda su vida, año por año, día por día, hora por hora. ¿Sospecháis acaso que este hombre ilustre se llama sencilla y afctuosamente el tío Joaquinito?

El tío Joaquinito es bajo, gordo, con una boca ancha y expresiva, irónica, y una nariz redonda. El no sale de su taller; él es un filósofo; él ve pasar arriba, pasar abajo a todos

los vecinos; él tiene en su tiendecilla hierros viejos, relojes descompuestos, pistolones mohosos, llaves sin cerraduras, cerraduras sin llaves, trébedes, trampas para los pájaros; él no pule vidrios, como Spinoza, mas posee una larga y sutil aguja, con la que va cosiendo los albardones, lentamente, dando suspiros, levantándose de rato en rato para ir a una camareja contigua, de donde torna exhalando un hálito de vino...

—Tío Joaquinito—le decís vosotros, encantados con su charla, con el afecto con que hablaríais a un viejo conocido—. Tío Joaquinito, malos están los tiempos.

El tío Joaquinito da unos golpes sobre la albarda, y dice:

—Pésimo, pésimo, pésimo...

Y luego, tras de pasarse el pulgar y el índice por la comisura de los labios:

—Usté es un hombre de rasón; yo he nasío en er jariná de un molino, y por eso tengo la cabeza branca. Yo he corrío muncho, muncho. ¿Sabe usté en qué nos paresemo nosotro a Nuetro Zeñó Jesucrito?

Vosotros os quedáis mirando un poco atónitos al gran filósofo. El continúa:

—Nosotro, lo españole, etamo pasando la Pasió como Nuetro Zeñó Jesucrito. Lo tré clavo son lo tré trimestre de la contribusió; er lansaso é er cuarto trimestre; la corona de epina é la sédula personá, y lo asotaso que no están dando son lo consumo.

Y después el tío Joaquinito da otros ligeros golpes sobre la albarda, suspira y resume:

—Pero Nuetro Zeñó Jesucrito tomó pronto la angariya y se fué ar Sielo, y nosotro etamo aquí sufriendo a lo Gobierno que no asotan...

He aquí—decís para vosotros—el pensamiento de toda España, que palpita en el editorial de un gran periódico, en el discurso pronunciado en el «meeting» y en las palabras de un talabartero filósofo perdido en una serranía abrupta. Y os disponéis a desandar la maraña de callejuelas enredadas. Un momento tornáis a asomaros por el boquete de la muralla: el río, infausto, trágico (1), se desliza callado allá en lo hondo; los gavilanes pardos giran y giran en el aire, lentos, con sus aleteos blandos.

Abril, 1905.

---

(1) Sr. Azorín; otra vez en este capítulo lo de «trágico e injusto» aplicado al Guadalete. Advierto a usted que...—(Nota de Azorín en 1914.)

—¿Qué quiere decir esto de «Azorín»?

Rafael ha cogido un libro del estante, ha leído en el tejuelo: La Bruyere. *Les caracteres*, y luego bajo: Azorín, y se ha vuelto hacia don Pascual, para preguntarle qué significa esta palabra.

—Es—dice don Pascual—un escritor que hubo aquí hace cincuenta o sesenta años. Yo no le conocí; pero se lo he oído contar a los viejos.

—¿Era de aquí ese escritor?—pregunta Rafael.

—No sé—contesta don Pascual—; creo que sí; este libro debió de ser de él.

—Y ¿cómo lo tiene usted?

—Probablemente, él tendría alguna biblioteca que, con el tiempo, se desharía, y este libro vino a parar aquí.

—Y ¿dice usted que se llamaba Azorín?

—No; el nombre era otro; esto era un pseudónimo. Se llamaba...

Don Pascual permanece silencioso, absorto, un momento, tratando de sacar de los escondrijos de su cerebro el nombre de este escritor, pero no lo consigue.

—No recuerdo—dice al fin, cansado de pensar—; pero este nombre es el que usaba siempre en sus escritos.

Rafael, que es un poco aficionado a la literatura, se queda pensativo.

—Es extraño—dice—. ¿De modo que en este pueblo hemos tenido un escritor?

—Yo creo que tenía antes por aquí uno de los libros que publicó—dice don Pascual.

—¡Hombre!—exclama Rafael—. ¿Conque publicaba libros? Entonces era un escritor de consideración.

Don Pascual se sube a una silla y va registrando los volúmenes del estante. Rafael también se sube a otra silla y revuelve libros grandes y chicos. De pronto, entra don Andrés, se para un momento en el centro del despacho, mira a don Pascual, mira a Rafael, sonríe, da unos golpecitos con el bastón en el suelo, y dice:

—¡Bravo! ¡Bravo! Hoy están ustedes entregados a la literatura...

—¡Hola, don Andrés!—dice Rafael.

—Estábamos buscando un libro de aquel escritor, que hubo aquí, que se llamaba Azorín—añade don Pascual.

—¿Azorín? ¿Azorín?—pregunta don Andrés, que no ha oído hablar sino muy vagamente de este personaje—. Sí, sí, un escritor que vivió aquí muchos años. Sí, señor; sí, sí...

Y da tres o cuatro golpecitos más en el suelo con el bastón.

—¿Usted recuerda don, Andrés, qué libros son los que publicó este escritor?—pregunta don Pascual.

—¿Dice usted libros? — replica don Andrés—. Pero ese Azorín, ¿no fué autor dramático?

—No—contesta don Pascual—; yo aseguraría que fué novelista. Años atrás andaba por aquí un libro de él, que yo le ví leer algunas veces a mi padre; pero debe de haberse perdido.

—Sí, sí—afirma don Andrés—; yo recuerdo haber visto aquí algunas veces ese libro. Su

padre de usted decía que él había conocido a Azorín...

—Mi padre era de su misma edad—dice don Pascual—; él me decía que había hablado con él muchas veces en el jardín del Casino viejo.

— Pero ¿vivía aquí siempre? — pregunta Rafael.

—No—contesta don Pascual—; su familia sí vivía aquí; pero él pasaba largas temporadas en Madrid y solía venir al pueblo los veranos.

—Yo tengo idea—observa don Andrés—de que vivía en la calle de la Fuente, en la casa que hace esquina a la del Espejo.

—No, no—contesta don Pascual—; no, él vivía en la calle de los Huertos, en la casa que es hoy de don Leandro...

—No es eso lo que yo le oí a don Frutos, que le trató también mucho—replica don Andrés—. Don Frutos decía que él vivió en la calle de la Fuente, donde hoy vive don Bartolomé, el médico.

Don Fulgencio entra.

—¡Caramba! — exclama don Fulgencio —. Les veo a ustedes discutiendo terriblemente.

—¿Usted sabe don Fulgencio dónde vivió Azorín?—le pregunta don Pascual.

—¡Orden, orden!—exclama don Fulgencio, asegurándose las gafas sobre la nariz—. Ante todo, ¿se refieren ustedes a un escritor que hubo en este pueblo que se llamaba así?

—Sí, señor—contesta don Pascual—; estábamos aquí diciendo si este Azorín era novelista o autor dramático.

—¡Orden, orden!—torna a repetir don Fulgencio—. Conviene no confundir a este escritor, que se firmaba así, con otro que hubo años después y que escribió algunas obras para el teatro. Yo tengo entendido que Azorín estuvo en algunos periódicos de Madrid y que, además, publicó un libro de versos.

—¿Dice usted de versos?—pregunta Rafael que ha escrito algunas poesías en un semanario de la provincia.

—Sí, señor, de versos—afirma con una profunda convicción don Fulgencio.

—Entonces, ¿ese libro de versos será el que andamos buscando aquí?

—Perdón—dice sonriendo don Pascual—; yo respeto las opiniones de ustedes, pero creo

que el libro que yo he visto años atrás era de prosa.

—No, señor, no—afirma con la misma convicción de antes don Fulgencio—. Ese libro es de versos; yo le he tenido muchas veces en mis manos.

—Mire usted don Fulgencio, que yo me acuerdo muy bien de lo que he visto—se atreve a decir don Pascual.

—¡Caramba!—exclama don Fulgencio, dolido de que se pongan en duda sus palabras—. ¡Si estaré yo seguro de que eran versos, cuando llegué a aprenderme algunos de memoria!

Si le aprietan un poco a don Fulgencio, este señor es capaz de hacer un esfuerzo y recitar una poesía de Azorín; pero don Pascual, que le respeta, no llega a ponerlo en este trance. Don Pascual se contenta con volverse hacia don Andrés y preguntarle:

—Y ¿usted qué opina? ¿Recuerda usted si era de versos o de prosa el libro de Azorín?

—¡Hombre!—exclama don Andrés, que no quiere disgustar a don Pascual ni ponerse a mal con don Fulgencio, y que en definitiva no ha visto nunca la obra de Azorín—. ¡Hombre! Yo tengo un cierto recuerdo de que era prosa;

pero al mismo tiempo recuerdo también haber oído recitar algo de Azorín así como versos...

Rafaël, durante esta breve discusión, ha continuado buscando el libro en los estantes.

—¿No lo encuentra usted?—le pregunta don Pascual.

Y se guarda un libro en el bolsillo, para desquitarse de este modo de sus pesquisas infructuosas.

Un reloj suena las cuatro.

—¿Dónde vamos esta tarde?—dice don Fulgencio—. ¿A la Solana o al huerto del Herrador?

—Iremos al huerto y veremos cómo marchan los membrillos—contesta don Andrés.

Y todos salen.

EPILOGO EN 1960

—'T is for high-treason— quoth a very little man, whispering as low as he could to a very tall man that stood next him.

—Or else for murder— quoth the tall man.

—Well thrown, Sice-ace! —quoth I.

—Es algún reo de alta traición—dijo lo más bajo que pudo un hombrecillo al oído de un hombre recio.

—O acaso—replicó éste— algún asesino.

—¡Bien acertado, señores! —exclamé yo.

Sterne, *Tristram Shandy.* capítulo CCVIII.

INDICE

OBRAS DE PIO BAROJA

PUBLICADAS POR ESTA CASA

Paradox, Rey.
La feria de los discretos.
Nuevo tablado de Arlequín.
La busca.
Mala hierba.
Aurora roja.
Juventud, egolatría.
Las horas solitarias.
El árbol de la ciencia.
La veleta de Gastizar.
Los caudillos de 1830.
La Isabelina.
Idilios y fantasías.
Momentum catastrophicum.
El cura Santa Cruz (folleto).
Las tragedias grotescas.
Los últimos románticos.
El Mayorazgo de Labraz.
La casa de Aizgorri.
Zalacaín el aventurero.

BIBLIOTECA «ERASMO»

CUENTOS DE PÍO BAROJA
COLECCIÓN ILUSTRADA

TOMO I.

TOMO II.

TOMO III.

TOMO IV.

COLECCION SELECTA

VOLÚMENES PUBLICADOS

JULIO VALLÉS.—**El Niño.** (Vida de Jaime Vigntras).
ENRIQUE BARBUSSE.—**El fuego en las trincheras.**
» » —**Claridad.**
CARLOS RIVET.—**El último Romanof.** (Historia del Tsar de Rusia y su corte).
STENDHAL.—I. **Un oficial enamorado.** (Luciano Leuwen).
» —II. **Un oficial enamorado.** (Luciano Leuwen).
HENRY KISTEMAECKERS.—**El relevo galante.** (Novela).
RUDYARD KIPLING.—**Capitanes valientes.**
JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA.—**Los conquistadores.** (El origen heroico de América).
» » » —**En la Vorágine.**
JUAN GUALBERTO NESSI.—**Aventuras del submarino alemán U...**
» » » —**De tobillera a "cocotte".**
ABEL BOTELHO.—I. **El libro de Alda.**
» » —II. **El libro de Alda.**
A. S. PUSHKIN.—**El bandido Dubrovsky.**
» —**La casita solitaria de la isla Basilio.**
ABEL HERMANT.—**Los amores de Fanfán.**
A. GUILMAIN.—**La condesa busca un amante.**
» —**Margot peca siete veces.**
» —**Frou-frou, vendedora de caricias.**
AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA.—**Resurgimiento.**

JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ (AZORÍN)

COLECCIÓN DE OBRAS COMPLETAS

I.—El alma castellana.
II.—La voluntad.
III.—Antonio Azorín.
IV.—Las confesiones de un pequeño filósofo (Aumentada.)
V.—España.
VI.—Los pueblos.
VII.—Fantasías y devaneos.
VIII.—El político.
IX.—La ruta de Don Quijote.
X.—Lecturas españolas.
XI.—Los valores literarios.
XII.—Clásicos y modernos.
XIII.—Castilla.
XIV.—Un discurso de La Cierva.
XV.—Al margen de los clásicos.
XVI.—El licenciado Vidriera.
XVII.—Un pueblecito.
XVIII.—Rivas y Larra.
XIX.—El paisaje de España visto por los españoles.
XX.—Entre España y Francia.
XXI.—Parlamentarismo español.
XXII.—París, bombardeado y Madrid sentimental.

OTRAS PUBLICACIONES

Lorenzo Gallego Carranza.—**Lecciones de Topografía.** 9 ptas.

» » » —**Sistema de acotaciones.** 3,50 ptas.

